

¿qué pintura tan odiosa no haceis de su dichosa mudanza? ¿Cuántas censuras contra su nuevo tenor de vida? ¿Cuántas murmuraciones, cuántas sátiras, cuántas ironías disfrazadas con el aire de moderacion y de prudencia?

Y no penseis, Católicos, que hablo yo ahora de las burlas y desprecios que los impíos hacen de la virtud y penitencia de los Justos; porque no respetando estos á Dios ¿cómo quereis que respeten á los hombres? Hablo de aquellos Cristianos que son tenidos en el mundo por prudentes, y que sin blasfemar contra el Espíritu Santo, como el incrédulo, juzgan de las profundidades de la gracia por la ciencia vana del siglo. Estos prudentes, segun la carne, quisieran en los Justos una virtud á su modo; quisieran una virtud que no llamase la atencion, que no diese golpe, que contemporizase con el siglo; en suma, quisieran una virtud que no fuese virtud, sino una apariencia ó simulacro de virtud. Por eso les desagradan y ponen de mal humor el retiro, las penitencias y las austeridades de los Justos, como desagradaron y pusieron de mal humor á los judíos las penitencias y austeridades del Bautista.

Pero ¿os figurais vosotros, Católicos, que una virtud que se manifestase mas suave y mas comun, hallaria en estos prudentes del siglo mas indulgencia? Pues os equivocais y muy mucho. Estospreciados de discretos, que tanto predicán moderacion y prudencia á los Justos, si llegan á descubrir en ellos unas costumbres mas comunes y suaves, ú observan que se permiten algunos desahogos inocentes; entonces, aqui es la suya. Entonces insultan su virtud de fácil y cómoda, ponderan la severidad del Evangelio, se hacen de repente unos doctores severos, y cuando se estan permitiendo á sí mismos los mayores excesos, condenan en los Justos, como imperdonables, los mas pequeños desahogos.

Segun esto ¿qué hareis, Justos, para contentar al mundo? ¿para no enojar al mundo? Nada, porque este Señor voluntarioso con nada se contenta. Lo que á vosotros importa es caminar con firmeza y perseverancia por la senda de la virtud hasta llegar al suspirado termino de la Gloria, sin hacer caso de un mundo, á quien nunca agradareis, sea cual fuere vuestro porte. Vino Juan, dice el Sagrado Evangelista, vino Juan, que ni comia ni bebia, para dar á los hombres el ejemplo de una virtud austera y penitente, y dijeron: este hombre se mantiene por arte de Satanás, este hombre tiene demonio. *Venit Joannes non manducans, neque bibens, et dicunt: Daemonium habet.* Vino el Hijo del hombre, Jesucristo, que comia y bebia, para dar á los hombres el

ejemplo de una virtud mas suave y mas comun, y dijeron: Hé aqui un hombre voraz y bebedor de vino. *Ecce homo vorax, et potator vini*. No hay que esperarlo, Cristianos. Tome la virtud el semblante que quiera, nunca será del agrado del mundo. Por eso tampoco lo fué la del Bautista á pesar de ser tan asombrosa; y si este Angel del desierto condenó al mundo con su virtud y vida austera, tambien el mundo condenó al Bautista, despreciando su virtud y austera vida; que fué lo que os propuse manifestar en la primera parte. Veamos en la segunda, como el Bautista condena al mundo con su zelo, y como el mundo condena á muerte al Bautista por causa de su zelo. Continúad, pues, dispensándome vuestra preciosa atencion.

## SEGUNDA PARTE.

No, Católicos, no fué un zelo impetuoso el del Bautista como el de los Boanerges. Fué para decirlo asi, un zelo pacífico. Mas no por eso evitó el golpe del alfange que derribó su santa cabeza; porque asi como ninguna clase de virtud agrada al mundo, asi tampoco le agrada ninguna clase de zelo. El de el Bautista estaba lleno de suavidad para con todos. A cada uno proponia sencillamente las obligaciones de su estado y les exortaba á cumplirlas. A los Sacerdotes encargaba que fuesen desinteresados y caritativos; á los Fariseos que huyesen de la hipocresía; á los soldados que estuviesen contentos con sus estipendios; y á todos que cumpliesen sus deberes; pero como era un zelo, no solo suave, sino firme al mismo tiempo, y sin aceptacion de personas, ni distincion de estados ni de clases, llegó á los pies del trono. No te es lícito, dijo al Rey Herodes, y repitió muchas veces con el debido respeto. No te es lícito vivir con Herodías, porque es muger de tu hermano. *Non licet tibi habere eam*.

Por otra parte: ¿Dónde podia encontrarse un zelo mas respetable que el de el Bautista, si el mundo respetase el zelo? Los prodigios que Dios habia obrado en la concepcion y nacimiento de este hombre extraordinario; los santos excesos de sus austeridades, la fama de sus virtudes, la grandeza de su ministerio, el espíritu de todos los Profetas, que parecia haberse reunido en él solo... Todo esto hacia sumamente respetable su zelo; pero el mundo nada respeta. El zelo del Bautista, suave y firme al mismo tiempo, tuvo la santa osadía de reprender el crimen hasta en el trono y era preciso que pagase este santo atrevimiento. Ni la

justicia de su reprension, ni la dignidad de su ministerio, ni las circunstancias de un festin, donde la misma barbarie jamás pensó en presentar platos de sangre humana en las mesas del banquete, nada le libraré ya de la venganza de Herodías, y esta muger adúltera no se dará por satisfecha hasta ver en un plato sobre las mesas del convite la cabeza del Bautista, nadando en su propia sangre. ¡O lujuria! ¡pasion infame y cruel! ¡para ti estaba reservado presentar al mundo esta horrible escena!

Si, Cristianos, las demas pasiones parece que observan algun género de miramientos, parece que guardan algunos otros respetos; pero la pasion de la lujuria, cuando se halla contrariada en sus infames deseos, es inexorable. Entonces para ella nada hay sagrado. La naturaleza, la religion, el parentesco, la amistad, la santidad... todo lo atropella; nada respeta. No repara en los mas infames delitos, cuando los juzga necesarios para saciar su brutal apetito. Es una furia que á nada perdona de cuanto se la opone ó la incomoda. El Bautista contraría la pasion de Herodías; reprende con santa libertad el escándalo de su incesto y su adulterio; pues no hay remedio, es preciso que expie con su cabeza esta santa libertad; es preciso que se sacrifique al furor lujurioso de Herodías esta noble y santa víctima.

¡Cristianos! Si fuera lícito mezclar con esta solemnidad la relacion de los espectáculos lúgubres que todos los dias está presentando á la tierra esta pasion infame, veriais que el furor y la traicion han sido en todos tiempos el carácter mas propio de este vicio. Le veriais con el hierro y el veneno en las manos, deramando el luto entre las familias y llevando la desolacion por los reinos. Le veriais armando al esposo contra la esposa, y á la esposa contra el esposo, al amigo contra el amigo, y al vecino contra el vecino. Le veriais abriendo camino por medio de unos secretos los mas indignos del hombre para llegar al cumplimiento de sus inmundos deseos. Veriais en la ternura aparente de un corazon lascivo las mas viles infamias y las tiranías mas crueles. Veriais... pero echemos aqui un velo sobre semejantes horrores. Bastante han afligido y afligen á los que pasan por ellos, y á los que tienen noticia de semejantes maldades. Y ved ahí, Católicos, digámoslo aunque horrorizados. Ved ahí la pasion á quien hombres podridos en ella, adornan y hermocean, llamandola: ternura del corazon humano. Tal es la pasion á quien los tratos impuros prodigan sus elogios y ofrecen sus inciensos. Tal es la pasion á quien se fomenta con poesías y canciones lascivas, con pinturas escandalosas, con modas desenvueltas, con mesas rega-

ladas con banquetes esplendidos... En una palabra, con todo lo que la enciende y provoca. ¿Y es posible, Cristianos, que á una pasion tan expuesta á arder por sí misma, se la ha de rodear de combustibles para obligarla á que abrasa y consume á cuanto se la ponga delante? ¡O Católicos! Para huir de todo lo que fomenta á esta pasion violenta, y sujetarla, bastaria contemplar la tiranía con que trata al pobre corazon humano, cuando se apodera de él y los horrores en que le precipita.

Herodes, cuyo corazon ha ocupado, no tiene ya valor para negar la cabeza del Bautista. Se entristece, cuando se la piden, dice el Santo Evangelio. *Contristatus est Rex*. Contempla la fama y la santidad de este hombre, el mayor entre todos los nacidos de mugeres; se estremece al considerar la horrible injusticia que va á cometer si condesciende; se asombra, se horroriza, y no obstante se determina y mancha sus torpes manos con aquella sangre inocente. Pero no hay que estrañarlo, fieles. Lo ha pedido la lujuria, y á esta pasion infame nada puede negarse, cuando llega á dominar el corazon. Por más que clamen el honor, la justicia, la razon, la religion, la misma humanidad, nada basta, todo se desoye, y solo á la pasion es á quien se escucha. Cielo y tierra clamaban en favor del Bautista, pero nada bastó para que no cayese su santa cabeza, derribada por el alfange, á los pies del ídolo cruel de la lujuria.

Asi se verificó que el Bautista condenó al mundo con su zelo, reprendiendo el crimen hasta en el trono, y que el mundo condenó á muerte al Bautista por causa de su zelo. Habeis visto en la primera parte de mi discurso que el Justo debe caminar con paso firme y constante por la senda de la virtud hasta conseguir el triunfo y la corona de la Gloria sin hacer caso de un mundo, á quien nunca agrada, sea cual fuere su porte y su conducta. Acabais de ver en la segunda que el zelo del Justo debe ser constante y firme al mismo tiempo, aunque sea necesario presentar el cuello al alfange, como el Bautista. Visteis en la primera el desprecio que merecen las censuras del mundo cuando trata de satirizar la virtud. Acabais de ver en la segunda los precipicios á que arrastran las pasiones si no se las refrena, y particularmente la ciega y violenta pasion de la lujuria. Estas y otras mil lecciones nos dá la vida del Bautista. Procuremos tomarlas é imitarle. A este obsequio de imitacion será, como decia en el principio, al que el Bautista se mostrará mas agradecido.

Santo glorioso. ¡Portento de inocencia y penitencia al mismo tiempo! ¡Prodigio de santidad que rodeado de resplandores repo-

sas ya en el seno del Señor! Alcanzadnos de su inmensa caridad aquel espíritu de penitencia que Vos solo necesitasteis para dar ejemplo al mundo, y que necesitamos nosotros para castigar nuestras culpas y sujetar nuestras pasiones. Alcanzadnos aquel espíritu de zelo que Vos solo necesitasteis para edificar al mundo y que nosotros necesitamos para vencer al mundo. Alcanzadnos en fin, el don de la perseverancia en la gracia para llegar á acompañaros algun dia en las mansiones eternas de la Gloria por los siglos de los siglos. AMEN.

Simon hijo de Juan, hermano de Juan y  
San Pedro delante de sus Apóstoles y  
discípulos, Simon hijo de Juan, en aquel  
momento que el Señor le dijo: Tú eres  
Petrus, sobre quien edificaré mi Iglesia,  
y tú serás la piedra angular. Y todo lo que  
tú ligares sobre la tierra, será ligado en  
el cielo. Y todo lo que tú ligares sobre la  
tierra, será ligado en el cielo. Y yo te  
entregaré las llaves del Reino de los  
Cielos. Y lo que tú ligares sobre la tierra,  
será ligado en el cielo. Y lo que tú  
desligares sobre la tierra, será desligado  
en el cielo. Y yo te entregaré las llaves  
del Reino de los Cielos. Y lo que tú  
ligares sobre la tierra, será ligado en  
el cielo. Y lo que tú desligares sobre la  
tierra, será desligado en el cielo.

En estos días, cuando el mundo se  
prepara para recibir al Señor, es necesario  
que cada uno de nosotros se prepare  
por sí mismo. Y para esto, es necesario  
que nos arrepintamos de nuestros pecados,  
y que nos entreguemos a Dios con  
fidelidad y confianza. Y para esto, es  
necesario que nos alimentemos con la  
Palabra de Dios, y que nos comuniquemos  
con los hermanos. Y para esto, es necesario  
que nos ayudemos mutuamente, y que  
nos amemos como nosotros mismos. Y para  
esto, es necesario que nos sometamos a  
Dios, y que nos sometamos a los  
hombres, como al Señor. Y para esto,  
es necesario que nos guardemos de  
caer en tentación, y que nos guardemos  
de ser seducidos. Y para esto, es necesario  
que nos guardemos de ser envidiosos,  
y que nos guardemos de ser orgullosos.  
Y para esto, es necesario que nos  
guardemos de ser iracundos, y que nos  
guardemos de ser envidiosos. Y para esto,  
es necesario que nos guardemos de ser  
incontinentes, y que nos guardemos de  
ser incontinentes. Y para esto, es necesario  
que nos guardemos de ser incontinentes,  
y que nos guardemos de ser incontinentes.

# SERMON

## DE SAN PEDRO APÓSTOL.

609

*¿Simon Joannis, diligis me plus his?  
Etiam Domine, tu scis quia amo te. Pasce  
agnos meos; pasce oves meas. Joan 21.  
Y Y. 16. et 17.*

Simon hijo de Juan, preguntó Jesucristo á San Pedro delante de sus Apóstoles y Discípulos, Simon hijo de Juan ¿me amas mas que estos? Sí, Señor, dijo San Pedro, Vos, Señor, sabeis que os amo. Pues apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.

**C**atólicos: en estas breves palabras está contenido el mas glorioso y magnífico elogio de San Pedro. Nada puede añadir á este panegirico toda la retórica, y despues de tantos años que se repiten y escuchan en toda la Iglesia sus virtudes y sus hazañas heroicas, nada ha dicho la elocuencia mas feliz en adornar y ensalzar las virtudes de los Santos que pueda compararse con el elogio que acabais de oir. Porque despues de este elogio ¿qué puede ya decir un Ministro del Evangelio, sea quien fuere, ni que idea podreis formar vosotros que cuadre á un hombre elegido por el mismo Hijo de Dios para apacientar sus ovejas y sus corderos, esto es, para pastor universal de aquel amado rebaño que compró á precio y costa de su sangre y de su vida?

Juntad, si quereis, en vuestra imaginacion, todas aquellas prendas que forman un grande hombre á los ojos del mundo y un grande Santo á los de Dios. Representaos un hombre intrépido, que por ninguna cosa se detiene, que á nada cede, que nada teme... un hombre que combate los errores, que disipa las tinieblas, que cautiva los ingenios... un hombre que, si puedo expre-

sarme así, es mas que hombre, mas que héroe, mas que Santo... ¿y qué habréis hecho con esto? dar la idea de un Apóstol; porque esto fué cada uno de los Apóstoles; pero Pedro es mas que Apóstol, porque es el Principe de los Apóstoles, y por consiguiente su panegírico es todavía mas grande. Pedro es á un mismo tiempo la piedra sobre la cual está edificada la Iglesia, y la cabeza visible de la Iglesia; es el oráculo del mundo y el pastor del mundo. ¡Qué títulos mas augustos! ¡mas gloriosos! ¿Pues qué? me preguntareis aquí admirados, ¿qué vió el Hijo de Dios en este mortal dichoso para elevarle á tan alta dignidad y tanta gloria? ¿Sabéis qué? su amor. *Tu scis, Domine, quia amo te.*

Y puesto que el amor de Pedro fué el motivo de tanta elevación, tambien el amor de Pedro será la materia de mi discurso. Procuraré hacer ver, recorriendo los principales pasajes de su vida, que Pedro fué, como dice San Agustin, el primero en la dignidad, porque lo fué en el amor. *Primus in dignitate, quia in amore primus.* Este será todo mi asunto.

Para desempeñarle con acierto y con fruto, necesito los auxilios de la divina gracia. Ayudadme á pedirla á Dios por la intercesion de la Santísima Virgen. AVE MARIA.

*¿Simon Joannis, diligis me plus his?...*

Rara vez parecen los hombres en el principio de su carrera, lo que pueden llegar á ser con el tiempo. Los ríos mas caudalosos no son otra cosa en sus primeras corrientes que unos pobres arroyuelos, y los cedros mas altos del libano en sus primeros años tampoco son otra cosa que unos tiernos arbolitos que apenas salen de la tierra. Esto sucedió en San Pedro.

Nacido en Betsaida, pueblo reducido de la Galilea, se ocupaba desde su primera edad en manejar las redes de su padre, que era un pobre pescador. Este humilde ejercicio llenaba todos los deseos y esperanzas de Pedro, cuando el Salvador del mundo le llamó para que le siguiese y fuese algun día el primer depositario de su celestial doctrina, el primer pastor de su amado rebaño y la primera piedra para edificar su Iglesia.

¡Quién viese á Pedro pescando en el mar de Tiberiades, podría imaginar que este hombre, que nada significaba en el mundo, estaba destinado para un ministerio tan alto! Pero adoremos aquí los caminos investigables de la divina sabiduría, y admire-

mos la grandeza con que este pobre pescador corresponde á tan alto llamamiento. Desde el momento en que Jesucristo llama á Pedro, Pedro lo deja todo por seguir á Jesucristo. Intereses, inclinaciones, tiernos y entrañables afectos, todo lo renuncia. Padres, patria, dulces lazos de la carne y de la sangre, todo lo rompe, de todo se desprende. Redes, barco, medios de subsistencia, todo lo abandona para unirse enteramente á Jesucristo. Compañero inseparable en sus peregrinaciones, pendiente siempre de sus divinos lábios, y siempre embriagado de su celestial doctrina; ni el hambre, ni la sed, ni el cansancio, ni los desprecios, ni las persecuciones... nada es capaz de apartarle de su dulce objeto. El amor á Jesucristo es el carácter particular y la pasión dominante de Pedro. Entremos en pruebas.

Dos son, dice Santo Tomás, las verdaderas señales que manifiestan lo mas vivo del amor, á saber: emprender cosas difíciles por la persona amada, y sufrir constantemente por su amor. *Audere vehementer, et sustinere infatigabiliter.* ¿Y adónde hallaremos estampadas con mas vivos colores estas señales de amor á Jesucristo, que en las acciones de Pedro? ¡Qué fé! ¡Qué zelo! ¡Qué intrepidez! ¡Qué valentía! ¡Qué amor! Yo confieso que los demas Apóstoles practicaron tambien estas virtudes, pero, si me es permitido decirlo así, ninguno con la vehemencia que Pedro. Es verdad que en el momento que son llamados por Jesucristo, todos se desprenden de lo que poseen por seguirle; pero ¿quién, por el mas tierno asimiento á su divina persona, se olvida tan generosamente, como Pedro, hasta de su misma vida? Cuando los demas Apóstoles navegan á vela y remo por llegar á Jesucristo, que viene hácia ellos andando sobre las aguas, Pedro impaciente porque la barca no vuela, se arroja de la barca al mar, y formando alas de sus pies, vuela á abrazarse con los de su amado Dueño. Cuando los discípulos, escandalizados de una doctrina que entienden mal, dejan á Jesucristo, y Jesucristo pregunta á sus Apóstoles, si quieren tambien dejarle, Pedro es el primero que contesta con un grito de dolor: ¿Y á quien iremos, Señor, si Vos, que sois la vida eterna, llegais á desampararnos? ¿*Ad quem ibimus?* Deja el Señor traslucir algunos resplandores de su gloria en el Tabor y solo Pedro es quien exclama enagenado: ¡Qué felicidad! ¡Qué dicha! ¿Queréis Señor que hagamos tres tabernáculos y nos estemos aqui siempre? Hablales en otra ocasion de sus oprobios, sus tormentos y su muerte: todos quedan traspasados de dolor, pero todos callan; solo Pedro no puede llevar en paciencia que se le hable de ultrajes á su Divina per-

sona, y exclama horrorizado: ¡No mi querido Maestro! ¡Jamás permitan los Cielos que eso suceda con Vos! *Non erit tibi hoc.*

Representaos, Católicos, aquella espantosa noche, que no ha tenido ni ha de tener semejante. Aquella noche, cuyas pavorosas sombras abrigaron tantas maldades. Aquella noche de horror, en que el Hijo de Dios fué preso y conducido á la muerte. En esta espantosa noche se presenta Judas al frente de los enemigos de Jesus, se le acerca, estampa el beso de su traicion en su Divino rostro, y al momento los soldados y ministros rodean su Divina persona. ¡Pero nadie sale á su defensa! ¿Pues qué se han hecho? ¿Dónde estan aquellos Apóstoles que con tanta resolucion protestaban en aquella misma noche morir antes que desamparar á su Divino Maestro? Mas hecbemos un velo sobre este lastimoso desamparo. Volved los ojos á Pedro. Él solo se encarga de la defensa. Desnuda su espada, y se arroja con intrepidez en medio de los enemigos. Su número, la desigualdad del combate, tantas lanzas y espadas que relumbran á sus ojos, nada le intimida, nada le detiene; porque nada ve mas que el peligro de su Divino Maestro, y si este Dueño de su alma no le mandára cesar, antes exhalaría el último aliento que envainar su acero. ¡O Apóstol valeroso! Tú serás el primero en la dignidad, porque lo eres en las pruebas del amor. *Primus in dignitate, quia in amore primus.*

Pero estremezcámonos aqui, mis amados, al ver el abismo de nuestra miseria. La flaqueza del pescador se apodera de la valentía del Apóstol. Pedro se acobarda, teme, tiembla, y temblando niega á su amado. ¡Qué negacion! ¡Dios Eterno! ¡Qué caida! Pero su amado le mira. ¡Qué mirada, Santos Cielos! ¡Qué dardo para Pedro! Da un vuelco su corazon y queda sumergido en un mar de amargura. Vuelve en sí, se horroriza de sí mismo, huye de aquel funesto lugar, y sus ojos ya no son sino dos fuentes de lágrimas. *Et egressus foras, flevit amaré.*

Yo confieso, Católicos, que la vida de Pedro sin este desgraciado instante, habria sido mas gloriosa para el Apóstol, pero si, me atrevo á decir tanto, no habria sido tan provechosa para nosotros. Sin esta caida, Pedro, este primer encargado de la conversion de los pecadores, no seria el primer modelo de los penitentes. En efecto, el dolor de Pedro era tan amargo cuanto era tierno su amor; su alma se anegaba en un mar de lágrimas; Pedro estaba inconsolable. ¡Qué ejemplar de verdaderos penitentes! pero ¡y qué prueba tambien de los frutos de la verdadera penitencia! La misericordia del Maestro recibe el dolor y las lá-

grimas del discípulo, se olvida de su negacion, y se olvida tanto que no parece que sale del sepulcro, sino á darle señales de su perdon y nuevas pruebas de su estimacion y preferencia. Pedro es el primero á quien anuncia Magdalena la abertura y vacío del sepulcro. Pedro es el primero á quien van las Marías, por orden de los Ángeles, á dar noticia de la resurreccion de su querido Maestro. Pedro es el primero de los Apóstoles á quien se presenta resucitado y cuando este Hijo del Altísimo trata de volverse al Cielo de donde habia venido, y de dejar sobre la tierra un vicario que haga sus veces, y un pastor universal que apaciente su rebaño ¿á quién es á quien prefiere para este encargo el mas glorioso del mundo? Prefiere á Pedro. Apacienta mis corderos, le dice, apacienta mis ovejas. *Pasce agnos meos. Pasce oves meas.* ¡Cuántas pruebas de estimacion y preferencia por parte de Jesucristo! pero ¡y cuántas pruebas de amor y reconocimiento por parte de Pedro! Continuada me vuestra atencion y las vereis en el resto de su vida.

Sube Jesus triunfante al Cielo y envia sobre sus Apóstoles el Espíritu Consolador que les habia prometido. Reposa en forma de lenguas de fuego este Espíritu Soberano sobre cada una de sus cabezas, inflama sus corazones, y desde este feliz momento ya los doce Apóstoles son doce astros brillantes que van á iluminar todo el mundo: son doce héroes que van á conquistar á Jesucristo todo el universo. Pero ¿quién dará principio á esta conquista, la mas famosa que jamás vieron los siglos? ¡Quién sino su capitán Pedro! Habia entonces en Jerusalem, con motivo de la Pascua, Israelitas de todas las naciones del mundo. Oyese la voz de Pedro en medio de esta multitud, y Jerusalem mas corrompida que Nínive pecadora, principia á ser mas ejemplar que Nínive penitente. Tres mil personas se convierten en el primer Sermon de Pedro y cinco mil en el segundo. ¡Qué principios! Pero el zelo de Pedro no se limita á Jerusalem; recorre la Palestina entera, predicando el reino de Dios y obrando portentos en todas partes. Cura al paralítico Eneas en Lida, resucita á la limosñera Tabita en Jope, y consigue en todas partes asombrosas conversiones.

Aun no se habia declarado el Cielo sobre el tiempo de la predicacion á los Gentiles, pero estando Pedro en Jope, tiene una vision maravillosa, en que se le hace entender, que habiendo muerto el Hijo de Dios por la salud de todo el mundo, era llegado el tiempo de predicar el reino de Dios en todo el mundo, y desde aqui ya el plan de Pedro no reconoce otros limites que los mismos del universo.

Considerémosle presidiendo á los demas Apóstoles y repartiéndose entre sí la conquista del Orbe. ¡Qué empresa, Dios Eterno! ¡Convertir el universo doce pobres pescadores! ¡Hacer que á los errores mas groseros y arraigados sucedan las verdades mas sublimes y profundas, á los vicios mas infames las virtudes mas heroicas, á la multitud de los ídolos el culto de un solo Dios y á la soberbia del mundo la humillacion de la cruz! ¡Qué empresa!

¡Hé!!! ¡Espíritus frívolos! ¡admiradores perpetuos de las empresas de los hombres y frios espectadores de las maravillas de Dios! ¡Qué tienen que ver las proezas de Alejandro en las orillas del Granico, ni los triunfos de Cesar en las márgenes del Rubicon, comparados con las hazañas de estos doce pescadores? Es verdad que Alejandro va á pelear contra la tercera parte del mundo, y Cesar contra la dominadora de las naciones, pero ¡qué! ¿No lleva el primero las tropas mas aguerridas de Grecia, y el segundo los ejércitos mas disciplinados del Orbe? ¿Y qué ejércitos lleva Pedro para conquistar el mundo? Once pescadores. Estas son todas sus tropas; aqui estan todos sus ejércitos. Sin embargo, con ellos emprende humillar la soberbia y altivez de las escuelas de Alejandria, de Atenas y de Roma, trastornar los Templos de una idolatria universal, confundir la sabiduria del siglo de Augusto, y someter al imperio de la cruz los cetros y las coronas, las naciones y los reinos. Esta si que es empresa, ponderadores empalagosos de las grandezas injustas y ensangrentadas de las republicas paganas de Roma y Grecia.

En efecto, Católicos, los Apóstoles corren á la conquista de las diversas regiones que les ha destinado el Cielo. Predican el reino de Dios hasta en los mas remotos climas, y los pueblos, las Ciudades y los reinos ven nacer repentinamente de su seno otros hombres, otra religion y otras costumbres. Pero sobre todo Pedro, este Gefe del Apostolado, á manera de un Gigante que, con cada paso, salva grandes distancias, en todas partes se encuentra. Ponto y Galacia, Capadocia y Bitinia, Judea y Galilea, Asia y África, tantas y tan vastas regiones, todas ocupan la actividad de su zelo; pero asombraos, Cristianos, aun no la llenan. Haber predicado á Jesucristo en todo el Oriente es poco para Pedro, y su zelo no queda satisfecho sino le predica tambien en todo el Occidente.

Figuraosle, Católicos, avanzando hácia la capital del mundo, y preguntadle con San Juan Crisóstomo: ¿Adónde vas, Pedro? ¿qué intentas? ¡O Cristianos! Camina á Roma, centro de todos los errores y de todos los ídolos, y nada menos intenta que com-

batir todos los errores, derribar todos los ídolos y colocar sobre sus Templos el estandarte de la cruz. Intenta predicar las humillaciones del calvario á los Señores del mundo, y postrar á los pies del Crucificado á unos hombres que se tienen por superiores á los mismos Dioses que adoran. Intenta vencer á Roma, vencedora de las naciones, y colocar en ella el trono de su apostólico imperio. Intenta, en fin, alumbrar con la antorcha de la fe desde este eminente alcázar á todo el universo. ¡Qué intentos, gran Dios! ¡qué intentos! Mas Pedro sale con ellos. Se coloca sobre esta sagrada altura, y desde ella ilumina á todos los pueblos de la tierra. Escribe á unos; dirige á otros obreros llenos del Espíritu Santo, que han recibido por la imposición de sus manos, y él mismo baja de tiempo en tiempo de esta sagrada montaña á visitar los campamento de Israel y dilatar el imperio de Jesucristo. ¡O portentos de la gracia! ¡O poderío de Pedro!

Pero el zelo intrépido y triunfador de este Príncipe de los Apóstoles, la santidad de su vida y su doctrina, las ruidosas conquistas que hace todos los dias para Jesucristo, la multitud de discípulos que se adquiere hasta en los palacios del Cesar... Todo esto llama la atención del hombre que imperaba á la sazón en Roma, ó por decirlo mejor, que destruía entonces á Roma. Era este un Príncipe famoso por sus atrocidades, un Príncipe que hacía el mal por hacerle, que incendiaba á Roma por verla arder, que sentía que fuese otro peor que él... Era un monstruo, que deseaba que todo el género humano no tuviese mas que una cabeza para derribarla de un solo golpe... era Nerón. Pues este hombre, este monstruo es quien decreta el esterminio de la Iglesia, dando principio por la prisión de Pedro, su augusta cabeza. ¡Santos Cielos! ¡Qué temerosa! ¡qué cruel no será la persecución de un hombre semejante!

Mas no temas Iglesia Santa, tierna Esposa del Cordero, no temas. Las potestades del infierno no prevalecerán contra tí. Morirá tu cabeza visible. Atada está ya con cadenas esta preciosa víctima y no tardará en ser sacrificada, pero su sacrificio fijará tu Trono en la capital del mundo, el calabozo de Pedro será tu primer Santuario, el suplicio en que exhale su último aliento, tu primer Altar... pero el momento llega. Nerón condena al discípulo al mismo género de muerte que terminó la vida del Maestro; ¡qué gloria para Pedro! ¡Morir en una cruz como su adorado Dueño! Mas Pedro no puede sufrir que se le iguale al Hijo Eterno de Dios en las glorias de la cruz. Suplica y consigue de sus verdugos ser crucificado con la cabeza hácia el suelo. En esta

postura muere Pedro y su grande alma vuela al Cielo á recibir el premio de sus inmensos méritos. Con su sangre sella la religion en la capital del mundo, y de su suplicio deja formado un trono sobre el que reinarán sus sucesores hasta la consumacion de los siglos. Asi concluye su agigantada carrera el Pescador de Tiberiades; aquel hombre que nada significaba en el mundo cuando manejaba las redes al lado de su padre.

¡O mi Divino Jesus! Vos exigiais de Pedro en otro tiempo el testimonio de su amor, preguntandole: ¿Pedro me amas? Pues ahí teneis, Señor, ese testimonio. El muere por vuestro amor, muere en una cruz como Vos, y muere crucificado de modo que pueda tener al morir su cabeza á vuestros pies. *Tu scis Domine quia amo te.*

Y bien ahora, Católicos, si el Señor nos preguntase á nosotros en este instante: ¿Alma cristiana, me amas? podríamos responder como Pedro: Si Señor. ¿Vos sabéis que os amo? *Etiam Domine, ¿Tu scis quia amo te?* ¡Ah! ¡Cuántas pruebas no se agolparian al momento á contradecir nuestra respuesta y desmentirnos! Nuestra indiferencia por la honra y gloria de Dios; nuestra tibieza á la vista de la mas espantosa corrupcion de costumbres, que acaso jamás vió la España desde que alumbró en ella la fé; nuestra frialdad en medio de ese fuego infernal, que con tanto ahinco enciende y atiza entre nosotros la heregia... ¡Ah! ¿Son estas las pruebas que damos á Jesucristo de nuestro amor? ¡Es posible que haya en el dia tantos Cristianos, preciados de serlo, que miren con tanta indiferencia la persecucion de la fé y el trastorno de las costumbres! ¡Cuándo los impíos para adornar los delirios que les dicta su entendimiento rebelde y su corazon corrompido... Cuando los incrédulos para comunicar su funesta incredulidad y sus detestables máximas... Cuando estos Apóstoles del error y la mentira trabajan infatigables por conseguir sus malvados intentos, ¿podrémos mirar nosotros con indiferencia esta persecucion atroz contra el Señor y su Cristo? ¡Qué! ¿Tendrá el infierno discípulos incansables y no tendrá Jesucristo quien vuelva por su causa? Y despues de todo esto, nos atreveremos á decirle, como San Pedro: ¿Vos, Señor, sabeis que os amo? *¿Tu scis Domine quia amo te?* ¡Es posible que la mayoría inmensa de la nacion, la nacion entera, tenga miedo á un puñado de impíos, que, para usar la metáfora de Isaías, han devastado esta hija predilecta de Sion, y quieren dejarla como cabaña en viña vendimiada, como choza en melonar disfrutado, y como Ciudad arrasada por mano hostil!

¡Oh Apóstol Santo, que desde el alto Cielo en que reinais, estáis viendo la culpable indiferencia con que miramos la causa de Jesucristo, vuestro adorado Maestro, volved Vos por ella, y para defenderla, pedid á los pies de su Trono Soberano, no que castigue nuestra culpable indiferencia, sino que envíe sobre nosotros aquel espíritu de santidad, de zelo y de fortaleza que derramó sobre Vos, para que la defendamos como Vos, hasta derramar la última gota de nuestra sangre, si fuere necesaria.

¡Redentor adorable! ¡querido Salvador de nuestras almas! yo me atrevo á protestar por mí, y en nombre de todo este piadoso auditorio y de todos los verdaderos Españoles, que antes espiraremos en una cruz, como Pedro, que permitir que triunfe la impiedad, ni halle asiento la heregía en este piadoso y católico reino, que ha sido por tantos siglos el objeto de vuestras complacencias. Sostened, Triunfador Omnipotente, estos sentimientos del pueblo español, de esta nacion clásica del cristianismo, para que triunfando de vuestros enemigos, de nuestras pasiones y de nosotros mismos, merezcamos pasar algun día á reinar y triunfar con Vos en la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

¡Oh Apóstol Santo, que desde el alto Cielo en que reinais, estáis viendo la culpable indiferencia con que miramos la causa de Jesucristo, vuestro adorado Maestro, volved Vos por ella, y para defenderla, pedid á los pies de su Trono Soberano, no que castigue nuestra culpable indiferencia, sino que envíe sobre nosotros aquel espíritu de santidad, de zelo y de fortaleza que derramó sobre Vos, para que la defendamos como Vos, hasta derramar la última gota de nuestra sangre, si fuere necesaria.

¡Redentor adorable! ¡querido Salvador de nuestras almas! yo me atrevo á protestar por mí, y en nombre de todo este piadoso auditorio y de todos los verdaderos Españoles, que antes espiraremos en una cruz, como Pedro, que permitir que triunfe la impiedad, ni halle asiento la heregía en este piadoso y católico reino, que ha sido por tantos siglos el objeto de vuestras complacencias. Sostened, Triunfador Omnipotente, estos sentimientos del pueblo español, de esta nacion clásica del cristianismo, para que triunfando de vuestros enemigos, de nuestras pasiones y de nosotros mismos, merezcamos pasar algun día á reinar y triunfar con Vos en la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

# SERMON

## DE SANTIAGO EL MAYOR.

*Vidit (Jesus) Jacobum Zebedoei,  
et Joannem fratrem ejus... et statim  
vocavit illos. Marc. 1. y 19. et 20...*

Vió Jesus á Santiago, hijo del  
Zebedeo, y á Juan su hermano, y  
al instante los llamó...

**C**atólicos: En estas breves palabras está compendiado el elogio del Apóstol cuya festividad celebramos. Con una sola expresion, hace el Espíritu Santo el panegirico de un Justo. Jesucristo llama á Santiago al ministerio mas sublime que jamás se vió en la tierra, á ser uno de sus Apóstoles. Aqui está ya todo su elogio. Porque... ¿qué pensais que es un Apóstol? Para formar alguna idea, juntad en vuestra imaginacion todas las preudas que constituyen los hombres grandes á los ojos del mundo, y los grandes Santos á los ojos de Dios. Grandes talentos y grandes empresas, grandes acontecimientos y grandes sucesos, grandes calamidades y grandes virtudes... pues todo esto y mucho mas entra á formar un Apóstol. Contad con un corazon intrépido, que arrostra los peligros, que sale al encuentro á los riesgos, que á todo se atreve, sin esperar nada, que nadateme, teniendo que temerlo todo, que reputa sus grandes trabajos por grandes virtudes... pues todo esto y mucho mas entra á formar un Apóstol.

Contad con una razon tan clara, que disipa todas las sombras, que destierra todos los errores, que humilla toda altanería y cautiva todo entendimiento... pues todo esto y mucho mas entra á formar un Apóstol. Contad con un hombre que obra juntamente con Jesucristo, y que entra en lugar de Jesucristo á ser el maes-

tro, el ejemplar, el oráculo, el Juez del mundo... pues todo esto y mucho mas entra á formar un Apóstol. Contad, en fin, con un hombre tan grande, tan justo, tan virtuoso, tan santo, que sea mas que hombre, mas que héroe, mas que Santo; que sea un Apóstol; porque sin estas cualidades ninguno puede ser Apóstol. Pues ved aqui lo que es Santiago en el hecho de llamarle Jesucristo á ser su Apóstol.

Pero acaso me diréis ¿pues qué, estas portentosas cualidades no son comunes á todos los Apóstoles? Asi es verdad, Cristianos. ¿Y qué? ¿Contribuyen menos á formar la gloria de nuestro Apóstol, porque formen la gloria de los otros? Pero yo doy un paso mas adelante, y digo con el Crisóstomo, que podemos aplicar á nuestro Apóstol un mérito particular fuera del que le es comun con los demas Apóstoles. ¿Y cuál es este? La fogosidad de su amor y la intrepidez de su zelo. Esto es lo que forma el carácter y el mérito particular de Santiago, y lo que tambien hará la materia de mi discurso, dividido en dos partes. Primera. *El amor ardiente de Santiago.* Segunda. *Su intrépido zelo.*

Para que Dios me conceda el acierto y el fruto, pidamos los auxilios de su divina gracia por la intercesion de la Santísima Virgen. AVE MARIA.

**PRIMERA PARTE.**

Aunque el Cristiano debe gloriarse siempre de este incomparable título, una falsa prudencia le dicta mil veces lo contrario. Decia, que aunque el Cristiano está obligado á ser siempre un fiel discípulo de Jesucristo, y un decidido defensor de su celestial doctrina, la falsa prudencia del mundo, que procura conciliar la verdad con la mentira, hace que se conforme mil veces con las erradas máximas que aprueba la multitud, y que sacrifique cobardemente al respeto humano su conciencia. Pero esta prudencia carnal reprobada por Jesucristo, estas condescendencias vergonzosas, estas deserciones criminales no tuvieron cabida en el corazón de Santiago.

Era hijo del Zebedeo y de María Salomé, y hermano de San Juan Evangelista. Habia nacido en Betsaida, Ciudad de Galilea, y una de las mas frecuentadas por Jesucristo, y ejercía el oficio de pescador como su padre y hermano. Imbuido desde su niñez en las ideas lisonjeras de una nacion fastuosa, esperaba como los demas judíos, sus compatriotas, un Mesías conquistador, que le-

vántase las ruinas de Jerusalem, restabléciese el trono de David, y encadenase á su imperio todas las naciones del mundo. Apesar de estas ideas, alimentadas desde la cuna, llamar Jesucristo á Santiago y seguir Santiago á Jesucristo, rendirle su entendimiento y entregarle su corazón, todo fué uno. Desde este momento las Ciudades y los pueblos de Israel y de Judá, los mares de Galilea, y los campos de Samaría, todos le vieron y admiraron inseparable ya de Jesucristo.

¡Qué generosidad de corazón! ¡Qué grandeza de espíritu! Se declara por todas partes y delante de todos discípulo de Jesús; atropella por las amargas censuras que le prodigan con abundancia sus paisanos, y cuando la multitud de los prodigios aun no ha manifestado en el humilde Hijo de María al Príncipe de la Gloria, Santiago ya le confiesa verdadero Hijo de Dios. Lleno este zeloso discípulo de un amor todo de fuego; cuanto ofende á su Divino Maestro, enciende una hoguera en su amante corazón que le consume; y si una Ciudad ingrata cierra las puertas al Señor, vivamente picado de este ultraje, quiere pedir al Cielo que despida rayos contra ella; no pudiendo sufrir que en donde fué castigada pronta y ejemplarmente la injuria hecha á un Profeta, no fuese castigada en el momento la injuria hecha al Hijo del Dios de los Profetas. Intrépido y generoso, nada le para ni impone, y si su Divino Maestro le dice: ¿Podrás beber el cáliz de amarguras, de tormentos y de muerte que yo tengo de beber? Sí, Señor, responde con prontitud; yo bien puedo. *Possum.*

¡Cuán diferente es, Católicos, la conducta de nuestro Apóstol de la que generalmente se observa entre nosotros! Como si nos avergonzáramos del título mas glorioso que hay bajo de las estrellas, que es el de *Cristiano*, apenas nos atrevemos á declarar por Jesucristo. El mundo no teme seguir públicamente sus máximas de muerte, y nosotros tememos seguir públicamente las máximas de vida. Los mundanos hacen alarde y se glorían de seguir al mundo, sus pompas, sus vanidades y sus locuras; y nosotros nos avergonzamos de seguir á Jesucristo, y su celestial doctrina. Nosotros en nuestro porte abandonamos las máximas de Jesucristo, y seguimos ¡qué vergüenza! las máximas del mundo. ¿Y por qué esto en un Cristiano? porque así lo pide el mundo.

A pesar de la relajacion de costumbres, una semilla de pudor, que se conserva en el fondo de nuestro corazón, está exigiendo de nosotros, moderacion en los trajes y decencia en los vestidos; pero es necesario usar un lujo devorador, llevar una moda es-

candalosa y adornarse de unos aires que vayan arruinando la pureza por donde pasen. ¿Y por qué esto en un Cristiano? Porque así lo pide el mundo. Nada mas recomendado en los libros santos que una crianza recatada, honesta y pudorosa; pero es necesario acostumbrar á la desgraciada niñez á que pierda la vergüenza antes que llegue á conocer su valor; y para conseguirlo, convienen unos vestidos de tal forma, que en las niñas particularmente dejen descubiertas gran parte de sus inocentes carnes. ¿Y por qué esto en un Cristiano? Porque así lo pide el estilo, la moda... Pero digámoslo mejor. Porque así lo pide la desenvoltura del mundo. Una inclinacion piadosa nos llama á frecuentar los Templos para tributar en ellos los cultos y adoraciones debidas al Dios de nuestro corazon: pero es necesario contentarse con oír una misa de tiempo en tiempo con precipitacion irreverente, una misa de concurrencia, y si se sufre esta expresion, una misa de escándalo. ¿Pues que no basta ¡ó Dios mio! mirar con indiferencia y tibieza el soberano sacrificio del altar! ¡Es necesario tambien que este sacrificio de vida, se convierta en un sacrificio de muerte! ¿Y por qué esto en un Cristiano? Porque así se practica comúnmente entre las personas que llaman del gran mundo. Los gritos de una conciencia lastimada con el crimen; el temor de una muerte repentina, y el horror de una condenacion eterna causan en un alma pecadora frecuentes deseos de mudar de conducta, y de entregarse á una vida penitente y virtuosa, que es la verdadera vida. Pero es necesario ahogar estos sentimientos de conversion en lo hondo del alma, y resistir á los llamamientos del Cielo. ¿Y por qué esto en un Cristiano? Porque no sepa el mundo su mudanza; porque no se burle de ella, porque sus frecuentes confesiones y comuniones, tan necesarias para remediar la mala vida pasada, como para sostener la buena vida presente, no la adquiera el nombre de *Devota* que tanto desprecia el mundo.

¡O Cristiano, indigno de este sagrado nombre! Tu te afrentas de confesar y seguir á Jesucristo delante de los hombres ¿y tienes atrevimiento para llamarte su discípulo? Quitate enteramente la máscara. Sigue con libertad las banderas del mundo, á quien ámas, á quien temes y á quien sirves: pero acercate á tu Parroquia, y advierte que te borren del libro del Bautismo. Dí que te causa vergüenza practicar la virtud á la vista del mundo; que no te atreves á seguir las máximas del Evangelio delante de los mundanos; dí que te da vergüenza ser discípulo de Jesucristo...  
-23- ¡Amados de mi alma! ¿Qué fuego tan activo no consumiría

el amante corazón de nuestro Apóstol si hubiera presenciado alguna vez este vergonzoso porte en sus discípulos! ¿Cuál habría sido en este caso la intrepidez de su zelo? Pero esto ya corresponde á la segunda parte de mi discurso. Continúad, auditorio respetable, dispensándome vuestra preciosa atención.

## SEGUNDA PARTE.

Jamás se habia visto un zelo, ni mas ardiente ni mas libre de respetos humanos, que el zelo de Santiago. Para manifestar esta verdad, no hablaré de sus peregrinaciones evangélicas por las Ciudades de Israel y de Judá, y por las aldeas de Jerusalen y Samaría, unas veces en compañía de Jesucristo, aprendiendo en la escuela de este Divino Maestro el modo de traer á los hombres al camino de la verdad, y otras sin su divina compañía, acostumbrándose á trabajar por sí solo en la obra del Evangelio. Paso desde luego á presentarle en un teatro mas vasto:

Consumada sobre el árbol de la cruz la obra de la redencion; triunfante el Divino Salvador de la muerte y del sepulcro; aleccionados los Apóstoles por espacio de cuarenta dias en repetidas apariciones de su Divino Maestro, y llenos al fin del Espíritu Santo, que vino sobre ellos, tratan de repartirse entre sí la conquista del universo.

Pero ¿qué porcion, os parece que desea y de hecho cabe al zelo de Santiago? ¿Sabeis cuál? Aquella que pide, por decirlo asi, un Apostolado mas valiente. Los pueblos de mas dura cerviz, y los pueblos mas terribles. Aquel ciego y obstinado Israel, que, despues de haber derramado la sangre de los Profetas, derramó la de Jesus en el calvario; y aquel pueblo español, tan terrible y tan fuertemente adherido al culto de sus dioses. Estos son los reinos que prefiere nuestro Apóstol y que le son destinados para ejercitar en ellos su intrépido zelo.

En efecto, desde el momento que emprende su conquista, se deja ver como un hombre que lleva en sus manos la honra de Jesucristo, su adorable religion y la salvacion de las almas. Constituido por Dios este Boanerges, como otro invencible Jeremías, cuya firmeza era como una columna de hierro y un muro de bronce, segun la metáfora de la Sagrada Escritura; establecido, repito, este hijo del trueno, como aquel admirable Profeta, sobre las gentes y sobre los reinos para arrancar y destruir los vicios, y para plantar y cultivar las virtudes, se presenta en medio de

Jerusalen, llevando impresa en su frente la intrepidez. Predica en ella al Judío y al Gentil, al Bárbaro y al Escita. Relampaguea, truena, y hace temblar á los Escribas y á los Fariseos, á los Principes de la Sinagoga, y á los Magistrados del Templo; y si una furiosa borrasca, que se levanta contra la naciente Iglesia, hace que se dispersen los Apóstoles para no morir antes de tiempo, Santiago, el Padre de nuestra fé, el Apóstol de la famosa Hesperia: Nuestro Patron Santiago aprovecha esta ocasion para visitar por primera vez una region que le ha sido destinada para su ministerio.

Se embarca, surca el Mediterráneo, mar lleno de peligros, particularmente en aquellos tiempos; llega á nuestras playas, y venciendo su intrepidez todo género de dificultades, se interna en el reino; le corre de oriente á poniente, y de medio dia á norte; predica, enseña, exhorta, evangeliza y siembra por todas partes la semilla de la palabra de Dios; y si el terrible carácter del valiente Español resiste con teson, el zelo firme y valiente del Apóstol triunfa al fin, y vence. No sabemos en particular, ni la multitud, ni las circunstancias de sus prodigiosas conquistas; pero sí que plantó en este reino la religion del Hijo de Dios, y la fijó tan hondamente que ningun reino del mundo la ha conservado con tanta firmeza y constancia.

Contento, pues, nuestro Apóstol con haber plantado el árbol de la vida en esta preciosa region, que le habia cabido en parte de su Apóstolado, y que habia de ser con el tiempo la heredad predilecta de su Divino Maestro, se vuelve á Jerusalen, llevando consigo las primicias de sus trabajos Apostólicos en siete de sus principales discípulos, que fueron: Torcuato, Ctesifonte, Segundo, Indalecio, Cecilio, Hesichio y Eufrasio; que ordenados de Obispos por San Pedro y San Pablo, volvieron á España á continuar la predicacion del Santo Evangelio, que habia predicado su querido Maestro, y fundaron en ella las principales sillas Episcopales.

Luégo que Santiago llegó á Jerusalen, volvió á continuar sus tareas Apostólicas en aquella Ciudad deicida con el mismo ardor que lo habia hecho antes de venir á traer á nuestra España la buena nueva de la fé en la predicacion del Evangelio eterno. Seguramente, Españoles, nuestro Apóstol no pensaba en dejar de hacer nuevas visitas á su predilecta conquista, pero la fogosidad de su zelo apresuró su carrera, é hizo que en lo mejor de su vida terminase su ministerio. No pudiendo tolerar la Sinagoga el zelo iatrépido con que nuestro Apóstol ha vuelto á predicar á Jesucristo

crucificado por ella, se conjura contra este fogoso Apóstol, persuadida de que solo derribando su Santa cabeza podria detener los admirables progresos que hacia su predicacion; y asi como habia acudido al presidente Pilato, cuando pedia la muerte del Redentor, porque no la era permitido (decia ella) matar á ninguno; asi ahora se presentó al Rey Herodes, pidiendo la muerte de los Apóstoles; y Herodes condescendiendo con su peticion, como lo habia hecho Pilato, principió á afligir á la Iglesia.

¿Mas por dónde pensáis que va á dar principio? ¡Ah! por aquel Apóstol que mas aborrece la Sinagoga; por aquel, cuya vida la es mas amarga; por la víctima mas valiente; por Santiago. Contemplemos ya á nuestro querido Apóstol preso, encadenado y arrastrado por el odio á la plaza mas pública de Jerusalem. ¡O amados de mi alma! ¡O qué víctima tan hermosa! Con el ánimo mas tranquilo, con el semblante mas sereno, con un espíritu excelso vió, como dice Isaías, los últimos momentos. *Spiritu magno vidit última.* Mira en su rededor los aparatos de su muerte; ve al verdugo y el alfange que va á derribar su cabeza; contempla la tierra que se ha de empapar de su sangre, y ofrece su sacrificio á el amante de la cruz. Alarga su precioso cuello, presenta su cerviz, y recibe el golpe mortal. Separa el hierro aquella hermosa cabeza de su cuerpo virginal, y los raudales de sangre que brotan del tronco decapitado, quieren subir hasta el Cielo á decir á su Divino Maestro: He cumplido, Señor, la palabra de beber el cáliz prometido. *Promissum calicem bibi.* ¡Muere Santiago! ¡Muere nuestro querido Apóstol! ¡O Dios mio! Yo adoro vuestros inescrutables decretos; pero si es permitido quejarme amorosamente, mi corazón se resiente de este golpe. ¡Qué muerte tan temprana! ¡qué vida tan corta! ¡qué carrera tan abreviada! ¡Mas para qué me lamento! Santiago en una vida tan breve, ha corrido espacios inmensos y ha llenado su ministerio. ¡O mi amado Apóstol! ¡O mi querido Santiago, con cuyo precioso nombre fuí dichosamente apuntado el dia de mi Bautismo en los registros de la Iglesia! ¡O Apóstol venturoso! ¡Quién os disputará ya la gloria de ser el primero que bebeis el cáliz de vuestro Divino Maestro, el primero que os reunís á El en el reino de los Cielos y el primero que os sentais en uno de los doce tronos de gloria prometidos al Apostolado! ¡Cristianos! ¿Qué elogio puede hacerse mayor de este glorioso Apóstol que el que resulta del mayor odio que le profesan sus enemigos? ¿Qué vida reputaremos por mas preciosa que aquella, cuyo curso tuvo por necesario cortar el primero la Sinagoga? ¡Qué! ¿No nos le dan á

conocer sus enemigos por el primero de los Apóstoles en el zelo, cuando le escogen por su primera víctima? Sea enhorabuena, Pedro el primero en la dignidad y el poder, Andrés en la vocacion, Juan en el amor, que Santiago siempre será el primero en el zelo y el martirio, dice San Juan Crisóstomo. *Primus omnium Apostolorum subiit martyrium.*

Y bien ahora, Españoles. ¿Se parece en algo nuestro zelo al zelo del Padre de nuestra fé? Nuestro Apóstol ardientemente enamorado de Jesucristo, no puede sufrir que se le toque en su honor; y nosotros por el contrario, ardientemente enamorados del mundo, miramos con indiferencia los ultrajes que diariamente se hacen á Jesucristo. Nuestro Apóstol deseoso de estender y dilatar por todas partes su religion adorable; predica, exhorta, arguye, evangeliza en las Ciudades y aldeas, igualmente que en las cárceles y las cadenas. Nada le impone silencio; y nosotros frios expectadores de la rapidez con que desaparece de nuestro suelo esta religion divina, no desplegamos siquiera nuestros lábios. Nuestro Apóstol, con Jesus en el corazon, y su Evangelio eterno en la mano, cruza mares, emprende la conversion de nuestros padres, y unce al dulce yugo de la fé esta nacion valiente, que no habia podido sujetar todo el poder romano; y nosotros ¡qué iniquidad! ¡qué vergüenza! Nosotros vemos sin sentimiento deslizarse de nuestras manos este sagrado tesoro de la fé, que recibieron y trasladaron á nosotros fielmente nuestros queridos padres. Nosotros ¡quién lo creyera! nosotros los Católicos Españoles estamos presenciando con la mas criminal indiferencia las persecuciones, los golpes, las heridas que por todas partes y de todos modos está recibiendo la fé. Sociedades oscuras, que con el especioso título de benéficas minan sordamente la fé; reuniones y conversaciones impías, que propagan sin cesar las máximas de la incredulidad; una corrupcion general de costumbres estendida por toda la España; esas horribles blasfemias, esa desvergüenza pública, ese lenguaje espantoso, ese escándalo universal... ¡O religion santa y divina! ¿Podrás habitar mucho tiempo entre tantos y tan horribles monstruos? ¿Podrás sufrir sin ausentarte esta especie de persecuciones? ¿Este género de crueldades? Ese diluvio de libros pésimos, que derramados por todo el reino, circulan de casa en casa, de tienda en tienda, de oficina en oficina, de taller en taller, y hasta de choza en choza y de cabaña en cabaña... que se hallan en las manos del jóven y de la doncella, del oficial y del soldado, del aldeano y la aldeana... ¡O Dios mio! Los Neronés y Domicianos nada fueron comparados

con estos formidables enemigos de la fé. Esa multitud de libros inmorales, obscenos, impíos, sacrilegos... que han entrado en nuestro Católico reino por puertos y fronteras, que se han multiplicado en él espantosamente por el mas fatal abuso de la imprenta, y que no han iluminado, como debian, con sus hogueras nuestras plazas... ¡O Cristianos! ¡Pensáis acaso que esta infinidad de libretes de faltriquera que contienen en pocas páginas las heregías é impiedades de todos los tiempos... pensáis, repito, que reposan cubiertos de polvo sobre nuestros estantes, como los libros en folio que encierran la fé y la sana moral? Nada menos que eso. Ellos estan encendiendo sin cesar y atizando por todas partes un fuego que abrasa y no alumbrá, y si no se corta y apaga este fuego infernal... ¡O mi querida pátria! ¡Tierra clásica de la religion de Jesus! ¡Qué vendrás á ser dentro de poco! ¡Amados Españoles! mi corazon se estremece al fijar la consideracion en este porvenir espantoso.

Apóstol glorioso, Padre de nuestra fé y Defensor de nuestra pátria, compadeceos de vuestra querida España. ¡Dios Eterno! Conservad por vuestra misericordia infinita nuestra fé. Reformad con el poderío de vuestra divina gracia nuestras costumbres. Ayudadnos ¡Dios piadoso! para que triunfemos de los enemigos de nuestra religion sacrosanta, para que venzamos nuestras pasiones desordenadas, para que guardemos vuestra ley adorable; para que os amemos con toda nuestra alma, con todas nuestras potencias, y con todas nuestras fuerzas en esta vida y pasemos despues de ella á gozaros eternamente en la gloria. AMEN.

# SERMON

## DE SANTIAGO EL MAYOR.

Predicado en esta Santa Iglesia de Valladolid el día del Santo Apóstol del año de 1828 (1), delante de los Señores DON FERNANDO VII DE BORBON y su Esposa DOÑA MARIA JOSEFA AMALIA DE SAJONIA, Reyes de España y de las Indias, cuya Real piedad quiso contribuir con su asistencia á aumentar la solemnidad de la fiesta de nuestro patron Santiago.

---

*¿Potestis bibere calicem quem ego  
bibiturus sum? Dicunt ei, possumus.  
Math. 20. 22.*

**Señor:**

**A**costumbrado á anunciar la divina palabra en el discurso de mas de treinta años, sabiendo que un Predicador del Evangelio ejerce el ministerio de embajador de Jesucristo, á quien dará el Espíritu Santo lo que ha de hablar delante de los Reyes; y sobre todo, teniendo que tratar continuamente con la magestad del Cielo á los pies de sus altares... á pesar de esto, Señor, confieso mi flaqueza. La magestad de la tierra ha turbado mi espíritu. ¡Dios mio! fortalecedme en esta hora para que pueda anunciar vuestra divina palabra en presencia de los Reyes.

Señor: yo lo he visto en estos días de gloria; lo estoy viendo en este feliz momento. Nada hay en la tierra que pueda representar mejor la dicha eterna del hombre que la magestad del trono. Nada mas parece que puede apeteer el corazon humano;

---

(1) El Sermon anterior se predicó el año de 1825.

y si los hombres hubieramos sido criados para ser dichosos en el mundo, en ninguna otra parte podriamos hallar una felicidad mas cumplida que bajo del sólio: pero no, los grandes y piadosos Monarcas que me oyen, no se dejan deslumbrar de los encantos del trono. Apesar de la elevacion en que se hallan colocados y de la grandeza que les rodea, no se olvidan de que son hombres, y caminan como todos los demas hombres á buscar en Dios la perfecta y eterna felicidad. Mas ¡ay! Señor ¡qué camino tan difícil y penoso! ¡cuántos precipicios! ¡cuántos obstáculos! ¡cuántos resvaladeros! ¡qué oscuridad! ¡qué tinieblas! ¿Quién podrá arribar al puerto de salvacion sino le conduce una guia fiel, y le lleva de la mano? ¿Y dónde hallaremos esta indispensable guia? ¡Ah! no contemos con hallarla entre los sábios del mundo. Estos podran conducirnos en los caminos que terminan en la tierra; pero toda la sabiduria humana no bastará á conducirnos por aquella única y preciosa senda que termina en el reino del Cielo. Pues ¿quién nos conducirá? ¿Quién? la fé y solamente la fé. ¡O fé! ¡O soberano don de la fé! ¡Quién acertará á apreciarte dignamente!

Señor: bien podrá ser que prosperen los reinos sin fé, porque Dios, infinitamente justo, suele pagar con este género de felicidades aquellas obras buenas que no merecen el Cielo; pero un reino sin fé no es otra cosa que un conjunto de hombres sin luz y sin guia, que van cayendo precipitadamente los unos sobre los otros en el infierno. La fé, Señor, la fé es el primer bien de los hombres y de los reinos. Y tal es el don soberano que nuestro Apóstol Santiago el mayor trajo á la España.

Santiago, pues, es el padre de nuestra fé. En esta atencion no buscaré yo hoy otra materia para su elogio; porque para conocer la grandeza de sus méritos, basta saber la grandeza de sus conquistas evangélicas; y para excitar en los corazones españoles el amor y gratitud que le debemos, basta saber que es el padre de nuestra fé. Ni yo pretendo hoy otra cosa; pues contra mi costumbre vengo resuelto á predicar por esta vez un Sermon enteramente panegírico. No siempre se ha de mezclar la relacion de nuestros vicios con la relacion de las virtudes de los Santos. Alguna vez ha de ser puro el incienso que se ofrezca en este lugar Santo. Algun dia ha de ser enteramente alegre. ¿Y cuál mejor que el presente?

Señor: en un dia tan memorable para esta muy noble y muy leal Ciudad, cuna de vuestros abuelos; para este ilustre Cabildo, tau amante de sus Reyes; y para este Santo Templo, que con-

tiene hoy en su recinto al augusto descendiente de aquel gran Monarca que mandó echar sus asombrosos cimientos. (¡Ah! ¡Pluguiese al Cielo, Señor, que este monumento de gloria para Dios y para los hombres hubiera llegado á su conclusion!) En un dia, repito, tan memorable, no seria prudente que yo turbase con la amargura de las reprobaciones, la alegría que causa en todos los corazones la presencia de sus amados Monarcas. Y ojalá que mi discurso contribuyese á aumentarla.

¡Dios Eterno! ¡Bondad sin límites! ¡Centro de todas las luces y fuente de todas las gracias! alumbrad mi entendimiento y dirigid mis palabras para que yo acierte á hacer el elogio del padre de nuestra fé, del patron de nuestras Españas, delante de sus Reyes. Este favor os pedimos por la intercesion de la Reina de los Cielos. AVE MARIA.

### Potestis...

No se puede dejar de reconocer que Dios, desde el mismo nacimiento del cristianismo, ha mirado á la España con un particular cariño. Decia, Señor, que no se puede dejar de reconocer que Dios, desde el mismo nacimiento del cristianismo, ha mirado á la España con un particular cariño. Escogida en los eternos consejos de su bondad infinita para ser en la fé una nacion privilegiada, la destina desde luego un Apóstol tambien privilegiado. Santiago, uno de los tres que forman, por decirlo asi, el consejo privado de Jesucristo, es el maestro que la dispensa. ¡O España! ¡O mi querida pátria! ¡Qué atenciones no mereces al Señor! ¡Con cuanta fidelidad no debes corresponderle!

Santiago, este verdadero Israelita, fué hijo del Zebedeo y de María Salomé, y hermano de San Juan Evangelista. Habia nacido en Betsaida, una de las Ciudades mas frecuentadas de Jesucristo, y ejerció el oficio de pescador, como su padre, ó de barquero, segun el sentir de Orígenes. Imbuido desde sus primeros años en las ideas lisonjeras de una nacion fastuosa, esperaba, como los demas judíos, un Mesias conquistador que levantase los muros de Jerusalem, restableciese el trono de David, y sujetase á su imperio todas las naciones del mundo. Mas apesar de estas ideas que habia mamado en la cuna, llamar Jesucristo á Santiago y seguir Santiago á Jesucristo, todo es uno. *Statim secutus est eum.* En un momento se desprende de sus antiguas ideas, y en vez de aquel Mesias conquistador que esperaba, recibe y sigue á un

Mesías pobre y desconocido. ¡Qué fidelidad! ¡qué correspondencia á los llamamientos de la gracia!

Desde entonces ya todos le vieron inseparable de Jesucristo, y le miraron como el mas zeloso discípulo. Era Santiago naturalmente fogoso, y desde este momento cuanto ofende á su querido Maestro, levanta una hoguera en su amante corazon, y si una Ciudad ingrata (1) le cierra las puertas, vivamente picado de esta injuria, provoca al Cielo para que despida rayos sobre ella, no pudiendo sufrir que, donde habia sido castigada pronta y ejemplarmente la injuria hecha á un Profeta (2), no lo fuese en el momento la que se hacia al hijo del Dios de los Profetas. Era ademas intrépido y generoso, y cuando Jesucristo le pregunta: ¿Podrás beber el cáliz que yo tengo de beber? Sí, Señor, responde con viveza. Yo bien puedo. *Possum*. Tal era el carácter que distinguió á Santiago desde el principio de su carrera.

No me detendré yo ahora en hablar de los ensayos de su Apostolado, viviendo Jesucristo, ni de sus peregrinaciones evangelicas por las Ciudades y aldeas de la Judea, unas veces en compañía de su Divino Maestro, aprendiendo el modo de derramar la divina semilla para que fructifique, y otras solo, practicando lo mismo que habia aprendido. Esta parte de su vida ocuparia todo mi discurso, y yo no le presentaria mas que como el Apóstol de Judá. Yo trato de presentarle en un teatro mas basto; trato de presentarle no solo como el Apóstol de Judá, sino tambien y principalmente como el Apóstol de España.

Consumada sobre el árbol de la cruz la obra de la redencion; triunfante de la muerte y del sepulcro el Divino Redentor; aleccionados los Apóstoles por espacio de cuarenta dias en sus continuas apariciones, y llenos del Espíritu Santo, que vino sobre ellos; tratan de repartirse entre sí la conquista del universo. Pero... ¿cuál es la porcion que desea y que en efecto cabe á Santiago? ¿Cuál? Aquella que pide un Apostolado mas trabajoso y, por decirlo asi, mas valiente. Los pueblos de mas dura cerviz y los pueblos mas terribles. Aquel obstinado Israel que despues de haber derramado la sangre de los Profetas en Jerusalem, derramó la de Jesucristo en el calvario, y aquel terrible Español que á manera de leon dormido, yace sepultado en la mas obstinada idolatría. Tales son los pueblos que desea y que en efecto caben á su intrépido zelo.

---

(1) *Samaria*. Cap. 9. V. 53 de S. Lucas.

(2) *Elías*. 4. Reg. 1. 10. 12.

Pero ¡con qué ardor, con qué empeño no emprende este Boanerges su conquista! Impresa en su frente la intrepidez de un Jeremías, desde sus primeros pasos se deja ver como un hombre que lleva en su pecho el honor de Jesucristo y en sus manos el Evangelio eterno. Corre, cruza, ara la Judea... Las Ciudades, los pueblos, los castillos, las aldeas... todos oyen esta trompeta evangélica. Habla, convierte, estirpa vicios, planta virtudes, las riega... pero este hombre de fuego quisiera consumir en un solo día todas las iniquidades de la tierra, y conquistar á Jesucristo todos los pueblos del mundo. Ya no basta la Judea para teatro de sus peleas. La impetuosidad de su zelo no puede contenerse en ella. Abrasado en aquel divino fuego, que su querido Maestro vino á traer sobre la tierra, emprende la conquista más basta y mas difícil. Trata de llevar el nombre de Jesucristo hasta las columnas de Hércules, hasta aquellas famosas columnas que señalaban lo último del mundo conocido con la célebre inscripción del *non plus ultra*. Bien conoce las multiplicadas y enormes dificultades de su agigantada empresa, pero nada le detiene. Deja, como otro Abraham, la tierra que le vió nacer, y se dirige á nuestra España. Se entrega á la inconstancia de las olas, y despues de haber corrido con ánimo tranquilo los riesgos de una navegacion tan peligrosa, particularmente en aquel tiempo, arriba por fin á nuestras hermosas playas y se interna en nuestra patria.

¡O España! ¡O venturosa España! Ya tienes á tu Apóstol en tu seno. Recibe humilde y cariñosa al padre de tu fé. El es la primera luz que viene á disipar las tenebrosas sombras en que te hallas envuelta al cabo de tantos siglos. ¡O mi querida y dulce patria! ¡Qué mudanza tan feliz no va á obrar en ti la diestra del Altísimo por medio de tu Apóstol! Sepultada, acaso desde que te holló la planta humana, en las pavorosas sombras de una grosera idolatría, y ocupada en adorarlo todo fuera de tu Dios, todo hasta aqui ha sido Dios para tí, excepto tu Dios mismo. Sumergida en la corrupcion mas lastimosa, é inundada de delitos, no presentas á tu Apóstol mas que un reino de tinieblas. ¡Qué estado tan lamentable el de nuestra España en aquel tiempo! ¡Qué difícil de remediar! ¡O Apóstol Santo! ¡Cuántos trabajos, cuántas fatigas, cuántos sudores no te habrá de costar el desmontar esta breña impenetrable! ¡Cuántas dificultades no tendrás que vencer para hacerte escuchar en un país enteramente desconocido! ¡Cuántos obstáculos que superar para introducir en una nacion tan terrible y tan zelosa de su culto la religion de un Dios crucificado!

31 Pero nada detiene á Santiago. Emprende y consigue lo que solo parece posible despues de conseguido. Corre la España, penetra hasta los pueblos mas aguerridos de esta nacion valiente, y sujeta al dulce yugo de la fé aquellos Españoles terribles, que no pudieron reducir á su imperio los Romanos, ó que, si lo consiguieron, no fué sino despues de haber dado la ley al universo. Santiago sin mas compañía que su ardiente caridad, sin mas ayuda que su intrépido zelo, sin otras armas que su invencible paciencia, Santiago, este héroe del cristianismo, vence á la valiente Hesperia. Vencimiento feliz, vencimiento lleno de gloria para el vencedor y para la vencida.

32 Sí, mis amados Españoles, Santiago, este hombre incomparable, á manera de una nube cargada de los rayos de la divina palabra y agitada por el Espíritu Santo, segun la bella comparacion de San Agustin, resplandece, brilla, relampaguea, truena y al fin derrama por todas partes una lluvia copiosa y saludable que produce en este hermoso y fértil suelo preciosos y abundantes frutos de religion, de santidad y de virtudes. Santiago hace humildes á los soberbios, sábios á los ignorantes, justos á los pecadores y virtuosos á los que vivian sumergidos en los vicios. Santiago, en fin, se adquiere discípulos ilustres y zelosos, Torcuatos, Segundos... y engendra en Jesucristo, por el Evangelio, esta nacion santa, este sacerdocio real, este pueblo de adquisicion, esta católica España.

33 ¡Quién me diera ahora, Cristianos, que despues de lo que habeis oido, pudiera yo contar aqui los ídolos que este valiente Moises redujo á polvo, los ídólatras que convirtió, los errores que disipó, las virtudes que plantó, las luces celestiales que derramó por esta region dichosa! Pero es preciso confesarlo, aunque con sentimiento. La mayor parte de los prodigios que su Apostólico zelo obró en nuestra España, se hallan escritos solamente en el libro de la vida y encerrados en el Santuario de Dios. ¡Ah! Si me fuera dado correr el misterioso velo que los oculta á nuestra vista ¡qué maravillas no descubriríamos! Pero esto no es permitido á una mano mortal. Respetemos y veneremos estas santas oscuridades de la divina providencia, y esperemos el gran dia de la revelacion de todos los sucesos del mundo; entretanto sigamos á este hijo del trueno en su carrera Apóstolica. Sobrada materia nos queda para llenar y concluir su panegirico.

34 Sembrada la semilla de la divina palabra en nuestra querida patria, Santiago, conducido siempre por el Espíritu Santo, vuela, como un relámpago, segun la pintura de Ezequiel, del occidente al oriente. *In similitudinem fulguris coruscantis.* Era

Santiago á un tiempo el Apóstol de la España y de las tribus de Israel. Había principiado su apostolado en Judea, y allí quería el Señor que tambien le concluyese. Cargado con los trofeos de las conquistas hechas á Jesucristo en nuestro dichoso reino, vuelve á visitar aquel antiguo país que habia regado con sus primeros sudores. ¡Ah! ¡Con cuánto placer no me le represento yo ahora recorriendo la tierra de su nacimiento, visitando y consolando con su vuelta á los fieles que habia dejado en ella, y continuando con nuevo empeño su conquista! Infatigable en su ministerio, intrépido y superior á las mayores dificultades, é inflamado por los mismos obstáculos que se le oponen, nada es capaz de contener su ardiente zelo. Pero... Jerusalem, aquella ingrata Ciudad, que apedrea á los enviados de Dios, irritada al ver la intrepidez de este Apóstol, se conjura furiosamente contra él, y los mismos colonos que tuvieron sus manos en la sangre del Hijo del Señor de la viña, se disponen para volver á tenerlas en la sangre de su siervo.

Había llegado entonces á Jerusalem Herodes Agripa, Rey de la Judea y de la Galilea. Pareció á los conjurados favorable esta ocasion para perder á los discípulos de aquel Divino Maestro, que diez años antes habian sacrificado en la cruz. Acudieron, pues, á Herodes contra ellos, como lo habian hecho á Pilato contra Jesucristo, y Herodes condescendió, como Pilato, con su peticion, y principió á alligir á algunos de la Iglesia. Pero ¿cuál será la primera víctima que destine al sacrificio? ¡Ah! es aquella que mas aborrece la Sinagoga; aquella que ha dado el primer motivo á esta persecucion. Es la víctima mas valiente; es Santiago. Tan amarga y pesada era para los judíos la vida de este Apóstol, que Herodes creyó hacerles un gran obsequio, degollándole el primero. *Sic acer et gravis erat, judoeis, ut magnum munus illis obtulisse, Herodes visus sit.*

Figuraos ya á Santiago conducido por el ódio á la plaza pública de Jerusalem. ¡O Cristianos! ¡Qué víctima tan amable! Con el semblante mas tranquilo, con el ánimo mas sereno, con un espíritu excelso vió, como dice Isaias, los últimos momentos. *Spiritu magno vidit ultima.* Mira en rededor de sí el aparato de la muerte, contempla la tierra que se va á empapar de su sangre, y ofrece y consagra á Jesucristo su vida y su martirio. Extiende su precioso cuello y recibe el mortal golpe. Separa el terrible alfange aquella hermosa cabeza de su cuerpo virginal, y los raudales de sangre, que saltan del tronco, parece que quieren subir hasta el Cielo á decir á su Divino Maestro: he cumplido, Señor,

la palabra de beber el cáliz prometido. *Promissum calicem bibi.* ¡Muere Santiago! ¡O Dios mio! Yo adoro vuestros decretos eternos; pero si es que puedo quejarme amorosamente, mi corazón se resiente de este golpe terrible. ¡Qué muerte tan temprana! ¡Qué vida tan corta! ¡Qué carrera tan abreviada! ¿Mas para qué me lamento? Santiago en una vida tan breve ha corrido espacios inmensos, ha llenado su ministerio y es el primero de los Apóstoles que vuela al Cielo á reunirse y reinar eternamente con su Divino Maestro. ¡Feliz martirio! ¡Preciosa muerte! ¡Dichoso Apóstol!

Pero ¿se olvidará en el Cielo de sus queridos Españoles? No lo temáis, mis amados. Caminando á Jerusalem, los lleva en su corazón; acercándose al martirio, les deja por herederos de su cuerpo virginal; subiendo al reino de los Cielos, se constituye en aquella Côte Soberana su Patron y su Abogado; y sentado en el trono de su Apostolado, les defiende y les protege.

¡Ah! ¡Qué campo tan dilatado y tan hermoso no se presentaba ahora á mi discurso! ¡Qué no podría yo decir en honor de nuestro Apóstol, si entrara á hablar de la traslacion de su precioso cuerpo á nuestra España y de los cultos que siempre ha recibido en ella, no solo de los Españoles sino tambien de los Cristianos de todos los reinos! ¡Qué de la proteccion que ha dispensado á la España en todos los tiempos! Pero estos prodigios piden nuevos panegíricos y son materia de otra festividad con que la Iglesia honra á nuestro Apóstol. Concluyo pues el que corresponde á este dia, uniendo el fin con el principio. Santiago es el padre de nuestra fé. Nada puede decirse, ni mas breve, ni mas glorioso para nuestro Apóstol. Santiago es el padre de nuestra fé. Ningun motivo puede darse, ni mas justo, ni mas poderoso para excitar en los corazones españoles la gratitud, el amor y la ternura que le debemos.

Señor, concluyendo este discurso, es preciso repetirlo, puesto que nunca se dirá bastantemente. La fé es el primer bien de los hombres y de los reinos. V. M. cumpliendo sus ardientes deseos y los de su pueblo, ha fijado la paz, manantial de la felicidad temporal, pero la religion, manantial de la felicidad eterna, apesar de los desvelos de V. M. aun no ha recobrado su antigua tranquilidad. Millares de libros y escritos impíos y blasfemos existen y aun circulan todavia entre la oscuridad, y minan con sus infames doctrinas la religion y el estado. Concluid Señor, vuestra obra. Desaparezcan de sobre nuestro suelo esos restos irreligiosos, revolucionarios é impíos. Señor, la religion es el cimiento

del trono, pero el trono es el protector de la religion... Dios venga á los Príncipes de la impiedad que se revela contra su imperio; pero á los Príncipes toca vengar la religion de la impiedad que se revela contra el imperio de Dios. Haced, Señor, que vuestro reinado sea el de la religion y ley de Dios, y será el reinado mas feliz que pueda haber sobre la tierra.

— ¡Dios piadoso! Oid nuestros votos. Conservadnos los amables Monarcas que nos habeis concedido. Ya son el ejemplo de la piedad y las virtudes que santifican los pueblos y coronan de gloria á los Reyes. ¡Que lleguen! ¡Dios mio! á ser unos grandes Santos, como son grandes Monarcas! Reviva el Rey San Fernando en el Rey Fernando VII. Reviva la Reina Santa Isabel en la Reina María Amalia, y sean estos Reales Esposos compañeros en el Cielo como lo son en el trono.

— ¡Santo Apóstol! Protejed este hermoso reino. Interceded por los Monarcas y el pueblo, para que despues de haber conservado entero y puro el depósito sagrado de la fé que nos confiasteis, y practicado en la tierra las virtudes que ella exige, merezcamos subir á acompañaros en el Cielo por los siglos de los siglos. AMEN.

# SERMON

## SOBRE LA SANTIDAD,

### PARA EL DIA DE LOS SANTOS.

---

*Videns Jesus turbas, ascendit in montem, et cum sedisset, accerserunt ad eum discipuli ejus, et aperiens os suum, docebat eos, dicens: Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum Coelorum, Matth. 5. y 1.*

Mas viendo Jesus las gentes, subió a un monte, y habiendose sentado, se llegaron á El sus discípulos; y abriendo sus divinos lábios, les enseñaba, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los Cielos.

**S**i como sois Vos, mi querido Jesus, quien hablais, fuera el mundo, no usaria ese lenguaje. Bienaventurados, diria, los padres, cuyos hijos lozanean, como plantaciones nuevas en su juventud, y cuyas hijas estan compuestas como simulacros de Templos. Bienaventurados, diria, los pueblos que tienen llenas sus despensas, rebosando sus lagares, fecundas y á millares sus ovejas, y abundantes y gruesas sus bacadas. Bienaventurado, diria, como los impíos del tiempo de David, el pueblo que tiene estas cosas. *Beatum dixerunt populum, cui haec sunt.* Pero, Cristianos, es Jesucristo quien habla y Jesucristo no habla asi.

#### **Bienaventuranzas.**

1.<sup>a</sup> No dice Jesucristo que son bienaventurados los que poseen la sustancia de este mundo y se glorian en la multitud de sus riquezas, sino los que tienen su corazon desprendido del amor

á los bienes de la tierra, y solo anhelan por los que les estan reservados en el reino de los Cielos. *Beati pauperes spiritu; quoniam ipsorum est regnum Coelorum.*

2.<sup>a</sup> No dice Jesucristo que son bienaventurados los que ocupan puestos elevados, dominan á sus semejantes y viven dominados de la soberbia, sino los que sujetan su corazon, le amansan y se hacen dulces y suaves para todos; porque ellos poseerán la tierra (de los vivientes, que es el Cielo). *Beati mites; quoniam ipsi possidebunt terram.*

3.<sup>a</sup> No dice Jesucristo que son bienaventurados los que ahora rien, se divierten y regocijan, sino los que ahora borran con sus lágrimas la temerosa historia de sus culpas; porque ellos serán consolados. *Beati qui lugent; quoniam ipsi consolabuntur.*

4.<sup>a</sup> No dice Jesucristo que son bienaventurados los que se regalan con manjares delicados y beben licores exquisitos, sino los que tienen hambre y sed de justicia, esto es, de que se haga en todo lo justo; porque ellos quedarán satisfechos, cuando vean cumplida toda justicia en el Cielo. *Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam; quoniam ipsi saturabuntur.*

5.<sup>a</sup> No dice Jesucristo que son bienaventurados los que disfrutan solos sus bienes, sino los que los reparten con los pobres y usan con ellos de misericordia; porque conseguirán misericordia. *Beati misericordes; quoniam ipsi misericordiam consequentur.*

6.<sup>a</sup> No dice Jesucristo que son bienaventurados los que tienen una conciencia manchada, sino los que tienen un corazon puro; porque ellos verán á Dios. *Beati mundo corde; quoniam ipsi Deum videbunt.*

7.<sup>a</sup> No dice Jesucristo que son bienaventurados los que por un despreciable interés, por una apariencia de honor, por un mal humor ó mal genio, todo lo turban y trastornan, sino los pacíficos; porque ellos serán llamados hijos de Dios. *Beati pacifici; quoniam filii Dei vocabuntur.*

8.<sup>a</sup> Finalmente, no dice Jesucristo que son bienaventurados los que el mundo ensalza, y cuyas alabanzas resuenan por todas partes, sino aquellos, cuya vida justa y virtuosa es perseguida ó despreciada; porque de estos es el reino de los Cielos. *Beati qui persecutionem patiuntur propter justitiam; quoniam ipsorum est regnum Coelorum.*

Estos son á quienes Jesucristo llama bienaventurados, y el Evangelio Santo no conoce otros sobre la tierra. No, Cristianos, la felicidad del hombre no consiste en las prosperidades del mun-

do. Lo que no le santifica, tampoco puede hacerle dichoso, porque la Santidad es la fuente de donde manan todas las verdaderas felicidades de esta vida, y la felicidad eterna de la otra. Esta verdad fundamental de la religion y de tanto consuelo para el Cristiano es la que nos recuerda hoy la Iglesia, poniendonos á la vista esa multitud de Santos, que, como una nube de testigos, segun la expresion de la Sagrada Escritura, dicen á una voz: que la Santidad y sola la Santidad es la verdadera felicidad del hombre en la tierra, porque es el fundamento de la felicidad del Cielo: y ved aqui ya, respetable y piadoso auditorio, la materia de mi discurso, reducido á haceros ver: que el ejemplo de los Santos os llama á la Santidad para que os hagais merecedores del gran premio que teneis en el Cielo. *Quoniam merces vestra copiosa est in Coelis.*

El asunto es demasiadamente interesante para que no merezca toda vuestra atencion, y el desempeño lo es tambien para que yo no necesite del lleno de las luces y gracias de aquel Soberano Señor Sacramentado que es el origen de todas las luces y la fuente de todas las gracias. Ayudadme á pedir las por la intercesion de la Santisima Virgen. AVE MARIA.

### *Videns Jesus turbas...*

Nada, Católicos, mas apropósito para animarnos á practicar la virtud y conseguir la Santidad que el ejemplo de los Santos. Porque ¿qué fueron en su principio estos Santos que han venido á servir de ejemplo al mundo con su vida y sus virtudes? Fueron, si se exceptua un Bautista, y otros que fueron santificados en el seno de sus madres, fueron, digo, hombres como nosotros. No les consideremos en el fin de su carrera, cuando dueños de su corazon á costa de combates y victorias, eran ya mas Santos que hombres, y ciudadanos del Cielo mas bien que de la tierra; porque asi se consuma la Santidad, pero no comienza asi. Consideremosles tales cuales fueron al primer paso que dieron, y ¿qué veremos en ellos? Veremos unos hombres como nosotros. Veremos unos hombres débiles, ignorantes y sujetos á errores como nosotros. Unos hombres perseguidos de las mismas pasiones y luchando con los mismos enemigos que nosotros. Todo esto veremos, porque todo esto fueron los Santos en su principio.

Y ciertamente convenia que asi fuesen, para gloria de Dios, porque de este modo se ha manifestado el poderio de la gracia,

que fabrica y levanta el prodigioso edificio de la Santidad sobre cimientos tan débiles y ruinosos; para gloria de los Santos, porque los combates que han tenido que sostener les han proporcionado las victorias, que les han merecido coronas inmortales, y para nuestro ejemplo, porque al ver y leer las pelcas y triunfos de los Santos ¿cómo podremos acobardarnos, ni desconfiar de conseguir el reino de los Cielos como ellos?

Vamos, Católicos, á los pies del altar donde la religion ha colocado sus cenizas. Preguntemos á estos restos de su mortalidad ¿qué fueron aquellos hombres de quienes ellas son reliquias? y nos diran: que fueron descendientes del pecador Adán como nosotros, y que recibieron como nosotros una naturaleza corrompida por el pecado. Nos diran: que experimentaron en su corazon el duro y obstinado combate de las pasiones, y que sufrieron la rebellion de la carne contra el espíritu, y la ley de los miembros contra la ley del entendimiento. Nos diran, en fin: que fueron hombres antes de ser Santos, y algunos tambien nos diran que fueron grandes pecadores antes de ser grandes Santos.

¿Quereis, Cristianos, la prueba de lo que acabais de oir? ¿La quereis vosotros ambiciosos? Pues ved aqui la teneis. Esos Apóstoles, cuyas imágenes veneramos en los altares, son aquellos hombres que, al lado del humilísimo Jesús, se disputaban el primer asiento en su reino. De aquellos hombres ambiciosos se han formado esos portentos de abnegacion y humildad que asombraron al mundo, á los Ángeles y á los hombres. ¿La quereis vosotros avarientos? Pues ved aqui la teneis. Ese Mateo es aquel publicano que ejecutaba sobre su mesa á las Provincias. De aquel hombre avariento se ha formado ese Apóstol que derrama todos sus bienes entre los pobres. ¿La quereis tambien vosotros hombres vengativos? Pues ved aqui la teneis. Esos Zebedeos son aquellos hombres impetuosos que pedian fuego del Cielo para abrasar una Ciudad ingrata. De aquellos hombres arrebatados se han formado esos asombrosos modelos de mansedumbre, tan desconocidos antes de Jesucristo, como multiplicados despues. Almas cobardes á quienes cualquiera dificultad desanima para andar por el camino del Cielo. ¿Quiénes pensais que son esos hombres que con tanta firmeza hacen frente á los tiranos hasta dar su último aliento en defensa del Evangelio? Son aquellos discípulos medrosos que no tuvieron valor para acompañar á su Divino Maestro en el tiempo de su pasion. De aquellos hombres cobardes se han formado esos hombres valerosos, que han llevado el nombre del Crucificado hasta los extremos del mundo, á pesar de todo

el mundo conjurado contra ellos. Mujeres extraviadas ¿quién os parece que es esa humilde joven que, con el pelo tendido, y sin otro adorno que su pudor y su modestia, está arrodillada á los pies de Jesucristo, bañándolos con sus lagrimas y limpiándolos con sus cabellos? ¡Ah! Ya vosótras la conocéis por estas señas. Es Magdalena, aquella Magdalena á quien llama el Evangelio pecadora en la Ciudad. De aquella pública pecadora se ha formado esa ilustre penitente, que despues de haber perdido el dia de la Ascension á el amado de su alma, se destierra del mundo y se sepulta en una soledad profunda, donde pasa el resto de su vida, sustentada con pan de lágrimas, entregada á los rigores de la penitencia, desconocida del mundo y solo pesarosa de haberle conocido.

Y no me digais, Católicos, que los ejemplares que acabo de alegar son portentos de una gracia extraordinaria con la que vosotros ni podeis ni debeis contar; porque su Santidad no consistió en lo extraordinario de la gracia, sino en su fiel correspondencia á la gracia. Ahí teneis á Pedro y Judas. Ambos eran Apóstoles, ambos prevaricadores, y sin embargo, el uno es un Santo y el otro es un perverso. ¿Y por qué? Porque Pedro corresponde fielmente á los llamamientos de la gracia, y á la primera ojeada de Jesucristo sale del pretorio, llorando amargamente su culpa. Judas no corresponde, y las amables y repetidas miradas de Jesucristo no son atendidas, ni impiden que salga del Cenáculo á tratar la venta de su Divino Maestro. ¿Cuántas veces, los que alegais esta excusa, habreis sido llamados por la gracia? ¡Ah! Si desde que el Señor os llamó, hubierais correspondido como Pedro, es bien cierto que seriais en el dia, no solo Santos sino grandes Santos.

No nos engañemos, Cristianos. Los Santos para serlo no tuvieron, hablando generalmente, mas auxilios que nosotros, sino mejor correspondencia. Zeloso el Señor de nuestra salvacion, dice San Agustin, se hace sentir en nuestro corazon de un modo admirable, aunque oculto. Ilustra nuestro entendimiento. Inspira en nuestra alma movimientos hácia la santidad, esperanzas que la animan, deseos que la preparan, afectos que la enternecen, vivos remordimientos que la turban y continuos escozores que no la permiten tranquilidad en la culpa. ¿Qué mas hizo con los Santos? Nos franquea como á ellos los tesoros que ha depositado en su Iglesia. Tenemos la misma fé, las mismas promesas, los mismos misterios y los mismos Sacramentos. Se nos aplican, como á ellos, los méritos del hombre Dios. Corre por todos igualmente

la sangre del cordero inmaculado sobre nuestros altares. Somos miembros de un mismo cuerpo. Y la Iglesia dirige al Cielo por nosotros sus ruegos fervorosos, como lo hacia por ellos...

¿Qué han tenido los Santos? ¿qué se ha hecho por ellos, que no tengamos nosotros, que no se haya hecho por nosotros? ¡Pero qué digo! Nosotros tenemos socorros que ellos mismos no tuvieron. ¿Sabeis cuáles? los ejemplos que ellos nos han dejado. Sí, nosotros tenemos los ejemplos de los Santos, esos hermosos reverberos que tanto aclaran el camino del Cielo; esos preciosos modelos que tanto facilitan la obra de la eternidad; nosotros tenemos los ejemplos de los Santos, que vienen á ser para nosotros como unos zelosos maestros, que nos enseñan, que nos animan y que reprenden nuestra cobardía y tibieza. ¡Ah! ¿qué podremos responder á esa multitud innumerable de Santos que nos llaman desde el Cielo, y nos dicen: que hicieron el dichoso viaje de su feliz eternidad con los mismos auxilios y socorros que se nos ofrecen á nosotros? Añadid ahora los socorros que ellos nos prestan con su poderosa intercesion á sus preciosos ejemplos; y decidme, si podréis alegar con razon, que no sois Santos, porque no teneis las gracias que ellos tuvieron.

Pero decís, y esta excusa es general, decís: que eso de ser Santos no se entiende con vosotros: que eso habla con aquellos que han nacido para serlo. Pero esto, Cristianos, es un error, y un error que inutiliza los ejemplos de los Santos. En tal caso seria inútil que la Iglesia nos los presentase por modelos de nuestra conducta, puesto que la Santidad no se entiende con nosotros. Este error tan fatal como comun, trae su origen de la idea equivocada que se forma generalmente de la Santidad y es necesario rectificarla, y aqui pido yo que aumenteis vuestra preciosa atencion; porque acaso será la primera vez para muchos de mis oyentes que oigan explicar lo que es la Santidad, y en que consiste ser *Santo*.

La ignorancia ha sido causa de que crean muchos que ser Santo consiste en vivir en los desiertos; en cerrarse en los claustros; en estar continuamente en los Templos; en repartir todos sus bienes á los pobres; en hacer penitencias espantosas; en tener extásis y raptos; en obrar portentos y milagros y en otras cosas admirables que suelen hallarse en las vidas de los Santos: pero en nada de todo esto consiste la Santidad. No os negaré yo que estas cosas suelen andar juntas con la Santidad y que ayudan grandemente para adquirirla, conservarla y aumentarla, pero no consiste en ellas. La Santidad consiste esencialmente en la

gracia santificante, en aquella gracia que, como dice el catecismo de la doctrina cristiana, es un ser divino, que hace al hombre hijo de Dios y heredero del Cielo. El que tiene esta gracia santificante es un verdadero Santo y si muere en tan dichoso estado, entrará indefectiblemente en el Cielo á aumentar el número de los Santos. Es verdad que no será un Santo canonizado por la Iglesia, mas no por eso dejará de ser un verdadero Santo, y aqui está toda la equivocacion.

No es lo mismo la Santidad esencial, que consiste en la gracia santificante, que la Santidad heróica, que consiste en la excelencia de las virtudes. La Iglesia pide Santidad heróica para colocar en los altares. ¿Y por qué? Porque el Espíritu Santo que la gobierna, no la ha dado hasta ahora otra señal que la Santidad heróica, para conocer quienes son los bienaventurados, cuyas imágenes ha de colocar en los altares, para que reciban en ellas el honor y culto público, y cuyas vidas ha de proponer á las almas por modelos de las suyas: pero Dios, á cuyos divinos ojos está todo manifiesto, solo pide Santidad esencial para colocar en los tronos de la Gloria.

Supuesta esta verdad, distingamos, para mayor claridad entre almas justas, que son todas las que estan en gracia de Dios, y almas Santas, que son todas las que, á mas de estar en gracia de Dios, tienen las virtudes en grado heróico, y digamos: que todos debemos ser justos, viviendo en gracia de Dios, y aspirar á ser Santos, procurando adquirir las virtudes en grado heróico. Sed Santos, nos dice el Señor, por que Santo soy Yo. *Sancti estote, quia Ego Sanctus sum.* Distingamos tambien entre Santidad esencial y Santidad heróica, y digamos: que la Santidad esencial nos colocará en un trono del Cielo y la Santidad heróica podrá colocar ademas nuestra imagen en un trono del Templo. Digamos en fin: que la Santidad esencial, aun de aquellos que canoniza la Iglesia, consiste en la gracia santificante: que esta gracia es propia de todos los estados, y por consiguiente que todos debemos ser Santos en nuestro estado con esta Santidad esencial, y que siéndolo fervorosamente, ó llegaremos á la Santidad heróica, ó nos acercaremos á ella; pero el Cielo será siempre nuestro, si morimos en la Santidad esencial que es la gracia santificante. Asi que la Santidad á que nos convida hoy la Iglesia; á la que nos animan los ejemplos de los Santos, y á la que yo os exhorto, mis amados, con todo el deseo de mi alma, es á esta Santidad esencial, en la que cada uno debemos vivir en nuestro estado y acabar nuestra vida, y que nos merecerá un trono en el Cielo

aunque nó nos le merezca en el Templo. Vivamos, pues, constantemente justos. Este es nuestro deber esencial. Aspiramos á la perfeccion y el Señor nos llevará á la heroicidad porque gusta de ella. *Sancti estote, quia Ego Sanctus sum.*

Buen ánimo, pues, amados míos. Puesto que la Gloria es nuestra pátria, nada debe impedirnos, nada debe estorbarnos, nada debe detenernos hasta avecindarnos en ella. Dejemos al gentil, al pagano, al impío y al mundano que piensen por un instante en las felicidades del mundo. A nosotros no nos importa que los pocos días que nos restan de vida en el destierro sean penosos, con tal que pasemos despues á ser felices por una eternidad en la pátria. ¡Quién fué dichoso jamás, si lo fué solo un momento! Ser dichoso por una eternidad es la verdadera dicha. Suframos, pues, amados míos. Suframos por un instante. Vivamos santamente en este veloz momento, que se llama vida humana, y en el momento siguiente entraremos á descansar eternamente en el reino de los Cielos.

Soberano Señor Sacramentado: ayudadnos con vuestra divina gracia á llevar con paciencia y mérito nuestra cruz, siguiendo vuestro divino ejemplo, como lo han hecho los Santos, para que merezcamos como ellos veros, adoraros y gozaros, no ya oculto como ahora bajo de esos cándidos velos, sino cara á cara y en toda la hermosura de vuestra Gloria por los siglos de los siglos. AMEN.

# OTRO SERMON

## PARA EL DIA DE LOS SANTOS.

---

SOBRE LAS EXCUSAS DE NO VIVIR SANTAMENTE.

---

*Vidi turbam magnam, quam denumerare nemo poterat ex omnibus gentibus, et tribubus, et populis, et linguis, stantes ante thronum. Apoc. 7. 9.*

Vi una gran multitud que nadie podia contar, de todas las gentes, tribus, pueblos y lenguas, que estaban delante del trono (de Dios).

**L**a Iglesia, esta Esposa del Cordero, esta Madre piadosa, despues de haber honrado á los Santos en el discurso del año con fiestas particulares, les honra hoy con una fiesta comun, para imitar, dice San Agustin, aquella fiesta eterna que Dios celebra con ella en el Cielo. Sí, Cristianos, la Iglesia corre hoy el velo de aquel Santuario que vió el amado Evangelista, y nos descubre el Cielo lleno de Santos de todas las gentes, tribus, pueblos y lenguas, no solo para que admiremos las maravillas que Dios ha obrado en sus Santos, y la gloria de que gozan, sino tambien para animarnos con la multitud de sus ejemplos, para enseñarnos con la variedad de sus virtudes, y para recordarnos que tambien nosotros hemos sido llamados á la misma Santidad, y á disfrutar de la misma gloria de que ellos gozan; porque esta es la vocacion general de todos los hombres, y particular de los Cristianos. Sereis Santos, dice el Señor, porque Santo soy Yo. *Sancti eritis, quia Ego Sanctus sum.*

Mas apesar de esta verdad fundamental, sobre la cual debe estribar la conducta de todos los hombres, y particularmente la de todos los Cristianos, no hay cosa mas comun, cuando se trata de Santidad, que alegar excusas sobre excusas para no vivir santamente. Se alega la falta de auxilios y de gracias especiales, la violencia de las pasiones, el genio y el natural, la edad, el estado, la corrupcion del siglo; y se alegan otras muchas cosas, que seria largo referirlas y mas largo refutarlas. Yo me limitaré en este dia á rebatir y destruir las que dejo apuntadas, que son las principales, y por consiguiente quedaran destruidas las demas. Haré ver, y esto sera todo mi asunto, haré ver, que no vivir en la Santidad, á que hemos sido llamados, no consiste ni en la falta de auxilios y de gracias, ni en la violencia de nuestras pasiones, ni en nuestro natural y genio, ni en la edad, sea la que fuere, ni en el estado, ni en la corrupcion del siglo en que vivimos, sino en nuestra poca voluntad, y solo en nuestra poca voluntad. Tengo propuesto.

Soberano Señor Sacramentado: centro de todas las luces, y fuente de todas las gracias, alumbrad mi entendimiento, inflamad mi voluntad, dirigid mis palabras, concededme un santo celo para que pueda desempeñar con acierto y con fruto un asunto tan santo. Para conseguir estas gracias, pongamos por intercesora á la Reina de todos los Angeles y todos los Santos, saludándola con las palabras del Arcángel. AVE MARIA.

### *Vidi turbam magnam...*

El ejemplo es el convencimiento mas poderoso del hombre. Puede interpretarse la ley, puede darse colorido al mandamiento, puede contradecirse un razonamiento con otro razonamiento; pero al ejemplo es necesario rendirse, porque este es un hecho que lleva consigo la prueba y la evidencia. Destruyamos, pues, hoy con el ejemplo de los Santos las vanas excusas y falsos pretextos de los Cristianos; esos pretextos que nos estais oponiendo continuamente para no vivir santamente.

Decis en *primer lugar*; que los Santos, para serlo, recibieron unos auxilios y unas gracias especiales, con las que, ni podeis, ni debeis contar vosotros; pero os engañais grandemente. Los Santos, particularmente en sus principios, no recibieron, si se exceptúa alguno otro, ni mas auxilios ni mas gracias que vosotros. Lo que hubo fue mejor correspondencia. Zeloso el Señor

de nuestra salvacion, dice San Agustin, se deja sentir en nuestro corazon de un modo admirable y oculto, y no habrá uno en mi auditorio que no haya experimentado mas de una vez este sentimiento. Ilustra nuestro entendimiento, inspira santos movimientos en nuestra voluntad, infunde en ella esperanzas, que la animan, deseos que la preparan, afectos que la enternecen, vivos remordimientos que la turban cuando ha caido en la culpa, y continuos escozores que no la dejan vivir en paz con ella. ¿Y qué otra cosa hacia el Señor en el corazon de los Santos? Nos franquea, como á ellos, todos los tesoros que ha depositado en su Iglesia. Tenemos la misma fé, los mismos misterios, las mismas promesas, los mismos sacramentos... Se nos aplican, como á ellos, los méritos del Hombre Dios, y la sangre del Cordero immaculado corre para nosotros sobre el altar con la misma abundancia que corria para ellos. ¿Qué gracias concedió Dios á los Santos que no nos conceda á nosotros? ¿Qué auxilios, qué socorros tuvieron ellos que no tengamos nosotros? Pero ¡qué digo! Nosotros tenemos auxilios y socorros que ellos mismos no tuvieron. ¿Sabeis cuáles? los ejemplos que ellos nos dieron. Sí Cristianos. Nosotros tenemos los ejemplos de los Santos, esos hermosos reverberos que tanto aclaran el camino de la gloria. ¡Ah! ¿Qué podremos responder á esa multitud de justos que nos dicen desde el Cielo, que ellos tambien hicieron el viaje á su feliz eternidad con los mismos y aun con menores auxilios y socorros que nosotros? ¿Qué podrémos contestarlos? ¿Sabeis qué? Que no queremos aprovecharnos de ellos.

Decís en *segundo lugar*; que vuestras pasiones son demasiado violentas para poder sujetarlas y reducirlas al estado que pide la Santidad; pero ¿qué pasiones hay tan violentas que no hayan experimentado y combatido los Santos? Acordaos de un San Pablo. Este Apóstol de las gentes, aun despues de haber estado en el tercer Cielo, se ve acometido de una pasion tan violenta, que no encuentra con quien compararla, sino con un espíritu del infierno que siempre le está aguijoneando. Acercaos á un San Gerónimo, sumido en una gruta, y reducido á un esqueleto, y le oircis gemir y lamentarse de que no puede arrojar de si una imaginacion inquieta, turbulenta y empeñada en representarle las delicias de Roma. Contemplad á un San Benito, á un San Bernardo, á un San Francisco revolcandose desnudos en las zarzas y en la nieve para apagar el incendio de sus fogosas pasiones. Caminad á los desiertos del Egipto y la Tebaida, y hallareis millares de solitarios, que despues de muchos años de peleas y vic-

torias, se ven precisados á combatir hasta la muerte, si quieren completar el triunfo y conseguir la corona. Y qué ¿vuestras pasiones son mas violentas ó porfiadas que eran las suyas? Sin embargo, ellos las vencieron. ¿Por qué, pues, no podreis vencer tambien vosotros las vuestras?

Decís en *tercer lugar*; que por desgracia os ha cabido un mal natural y un peor genio. Pero ¿qué natural hay tan malo, ni que genio tan perverso que con el rocío de la gracia no pueda producir virtudes? No por cierto, almas de mal natural y de peor genio; el camino de la Santidad no está cerrado para vosotras; la gracia se acomoda, por decirlo así, á todos los naturales y á todos los genios. De un genio y natural fogoso la gracia formará almas inflamadas de zelo por la gloria del Señor; formará Pablos y Javieres, que corriendo de region en region, llevarán la luz del Evangelio hasta las extremidades del mundo. De un genio y natural apagado la gracia formará almas recogidas, que serviran con silencio al Señor en el templo y el retiro. Formará timoratos Simeones y piadosas Profetisas. De un genio y natural dulce y amoroso la gracia formará almas fervorosas. Formará amantes Teresas de Jesus y tiernas Magdalenas de Pacis. No, Cristianos, no hay genio, no hay natural tan opuesto á la virtud, del que la gracia, correspondida, no haya formado y no pueda formar Santos y grandes Santos.

Decís en *cuarto lugar*; que vuestra edad no es apropiado para entregaros á la Santidad; pero la Santidad es de todas las edades. Manasés se convierte á los treinta y cinco años, y viviendo despues santamente es un ejemplo de gran consuelo para los pecadores, y Josias, que vive inocente desde su niñez, es, dice el Eclesiástico, dulce como la miel para los inocentes. Eleázaro, resistiendo valerosamente en la edad de noventa años las impiedades del cruel Antioco, deja un admirable ejemplo de veracidad y firmeza á todos los ancianos, y Daniel, tomando la defensa de la casta Susana en la edad de doce años, y confundiendo á los jueces envejecidos en dias malos, hace ver que el zelo santo no es ageno de la niñez. Job, euando ya tenia nueve hijos y tres hijas, es un teatro asombroso de paciencia, y los tres jóvenes del horno de Babilonia lo son de fortaleza; y si los Sixtos y Valerios, las Mónicas y Leocadias son frutos maduros en el otoño de sus años; los Pastores y Justos, las Basilisas y Eulalias son frutos que se encuentran ya sazonados en la primavera de sus dias. El mismo Jesucristo en su vida mortal convidaba á los niños á que se acercasen á Él, y euando multiplicó los cinco

panes en el desierto, alimentó con ellos, no solo á los hombres de todas edades, sino tambien á las mugeres y niños, para que no se creyese, dice San Juan Crisóstomo, que habia alguna edad que no fuese propia para la virtud, habiendo podido seguirla al desierto hasta las mugeres y niños. No, Católicos, no hay edad en que no podamos y debamos vivir santamente. Para los negocios del mundo es necesario esperar muchas veces la edad, mas para la Santidad todas las edades son apropósito, porque la Santidad no pide edades.

Decís en *quinto lugar*; que vuestro estado es incompatible con la Santidad, pero no es vuestro estado el que se opone á la Santidad, sino los desórdenes de vuestro estado. Registrad la historia de la religion y vereis Santos y muchos Santos en todos los estados. Leed sus vidas ¿y qué vereis en ellas? Vereis unos hombres que en su estado fueron respectivamente buenos príncipes, buenos súbditos, buenos padres, buenos amos, buenos hijos, buenos criados, magistrados íntegros y apreciables, esposos apacibles y laboriosos y esposas fieles y amables. Vereis unos hombres que en su estado supieron servir á Dios y al Rey, defender la religion y la pátria, ser la honra del siglo y del Santuario, y los heroes del mundo y del Evangelio. Vereis unos hombres que para ser Santos no necesitaron mas que santificar las obligaciones de su estado, arreglándolas á las leyes de la religion, y elevándolas al órden sobrenatural por la fé. Vereis, en fin, unos hombres que en cierto modo debieron su Santidad á su estado. Abraham se santifica entre las riquezas y Lázaro en la pobreza, San Fernando en las victorias y San Luis en el cautiverio, los Nercos y Aquileos en los palacios y los Isidros y Crispines en la arada y los talleres, las Melanias y Sabinas en el estado de Señoras y las Citas y Serapias en el de criadas, las Florentinas y Escolásticas en los monasterios y las Justas y Rufinas en las plazas. Leed, repito, las vidas de los Santos y vereis que por eso fueron Santos, porque cumplieron bien los deberes de su estado, y por eso cumplieron bien los deberes de su estado, porque fueron Santos; de modo que el buen cumplimiento de los deberes de su estado les adquirió la Santidad, y la Santidad hizo que cumpliesen bien los deberes de su estado. No, no hay verdadero estado que se oponga á la Santidad, ni verdadera Santidad que se oponga á los deberes del estado.

*Ultimamente decís:* que os ha tocado un siglo demasiado corrompido para poder vivir en él santamente, pero en vez de acusar al siglo en que vivis, deberíais quejaros de las pasiones

que os dominan, porque la Santidad no pende de los siglos sino de nuestras costumbres. Los siglos no son malos sino á proporcion que nosotros no somos buenos, y, como decia San Gerónimo, nuestras virtudes ó vicios hacen felices ó desgraciados los siglos. Sin embargo, yo quiero convenir con vosotros en que vivimos en un siglo inmoral, en el que se cruzan los escándalos por todas partes; en un siglo tan criminal que la juventud y aun la niñez disputa la victoria en la carrera de los vicios á los hombres mas viciosos; en un siglo en que séres degradados se han entregado á los excesos de la mas honda corrupcion, poniendo espanto á todos los hombres de bien, y afligiendo profundamente á la Iglesia. Yo confesaré, traspasado mi corazon de dolor y arrasados mis ojos de lágrimas, esa corrupcion horrenda que insulta á la divinidad y ultraja á la humanidad ¡y cómo no confesarlo, cuando por desgracia somos tantos los testigos como los hombres! Mas apesar de todo esto, y por mas que nos rodee por todas partes la corrupcion y libertinaje del siglo, nada podrá excusarnos de ser justos y virtuosos, ¿Sabeis por qué? Porque el hombre jamás puede ser forzado en su querer. El mundo entero con todos sus ejércitos no bastará para obligarle á separarse de la virtud, ni á entregarse al vicio si él no quiere. Podrán quitarle los bienes, los honores, la libertad, la salud y hasta la vida, pero él, sin embargo, morirá diciendo: no, no quiero abandonar la virtud, no quiero entregarme al vicio, no quiero pecar, no, no quiero. Desengañémonos, Cristianos, no hay fuerzas contra el querer, ni excusas para no obrar bien por mas corrompido que sea el siglo en que vivamos.

Registrad sino los tiempos, registrad los siglos y no encontrareis uno tan perverso que no haya producido justos. Noé se conserva puro en un siglo en que toda carne habia corrompido su camino, segun la expresion de la Sagrada Escritura; Abraham es el padre de la fé en medio de un mundo idólatra; Moisés se santifica en el siglo de un Faraon; Samuel en el de los sacrílegos hijos de Elí; David en el de Saul; Elías en el de Acab; Judit en el de Holofernes y Ester en el de un Asuero. El Bautista es un asombro de inocencia en el corrompido siglo de Herodes, y en este mismo siglo los pecadores y los publicanos entran en los caminos de la penitencia, al mismo tiempo que los Escribas y Fariseos permanecen obstinados en sus errores. Pero digámoslo de una vez. ¿En qué siglos se vieron mas reunidos los vicios que en aquellos en que la Roma pagana habia reunido en su capital todos los dioses? Pues en estos mismos siglos en que los Empe-

radores contaban el número de los idólatras casi por el de los individuos que componian su vasto imperio, la Iglesia contaba el número de los Santos por el de los Cristianos que abrigaba en su seno. Millones de mártires, regando la tierra con su sangre; pueblos enteros de solitarios, derramados por los desiertos; multitud de cándidas vírgenes, conservando su pureza en la casa de sus padres; tantos Pontífices, tantos Obispos, tantos Sacerdotes Santos, tantas piadosas viudas, tantas honestas casadas, tantos varones fieles... Ved aquí la multitud de Santos que componia la Iglesia, en aquellos mismos siglos en que la idólatra Roma reunia en su imperio todos los viciosos y todos los vicios.

Almas asustadizas, que, al ver triunfar los escándalos, todo lo juzgais perdido, bien sabeis que los escándalos no pierden á los justos, sino á los escandalosos. Por mas que se multipliquen los crímenes, la ley de Dios no se muda, ni varía, ni cede en una tilde. La justicia divina jamás sale del fiel de la balanza, y castigará á los pecadores de este siglo corrompido, como á los del siglo mas justo. La multitud de los criminales podrá tal vez detener el brazo de la justicia de los hombres, pero ¡quién detendrá el brazo de la justicia de Dios! En su divina presencia la multitud, aunque se compusiese de todo el género humano, desde Adán hasta su último descendiente, es como un solo hombre, y el hombre delante de Dios es como el dia de ayer que ya pasó.

Hombres valientes para la maldad, que os gloriais en vuestras iniquidades, temblad la ira omnipotente que os espera. Vosotros podreis ser perversos un momento, porque esto es la vida mas larga, pero en el momento siguiente entrareis en la horrenda eternidad, en la que no hay ni término ni momentos. El infierno tiene demasiado dilatadas sus horribles fauces para no tragar á todos los reprobos por mas que se multipliquen, y demasiado firmes sus lagos de fuego para no retenerlos en ellos por toda la eternidad. ¡Pero yo me estremezco al pensar en vuestra espantosa suerte! Dejad de obrar la maldad, entregaos á obrar el bien, tratad de salvaros del naufragio eterno que os amenaza, aun hay tiempo, pero es preciso aprovechar los momentos, porque de un momento está pendiente toda vuestra eternidad. Y vosotras, almas cobardes, animaos á vista de esa multitud de justos que nos presenta hoy el Cielo, y no os excuseis ya mas con la corrupción del siglo, puesto que la mayor parte de ellos se han santificado en los siglos mas corrompidos.

Habeis visto, Católicos, que todos estamos obligados á vivir cristiana y santamente, sin que nos sirvan de excusa, ni la falta

de auxilios y de gracias, ni la violencia de nuestras pasiones, ni nuestro mal natural ó mal genio, ni nuestra edad, ni nuestro estado, ni tampoco la corrupcion de nuestro siglo, que fué lo que ofrecí probar en mi discurso.

En vano, pues, procuramos excusarnos con falsos pretextos para no seguir nuestra vocacion que es la Santidad. Esa innumerable multitud de justos, que nos presenta hoy la Iglesia, nada nos deja que responder. A su vista no podemos hacer otra cosa que confundirnos y reconvenirnos á nosotros mismos, diciendo, como otro Agustino. Puesto que estos Santos fueron hombres como nosotros ¿por qué no seremos nosotros Santos como ellos? Ellos tuvieron las mismas pasiones que domar, los mismos apetitos que mortificar, las mismas dificultades que vencer, pero ¿qué digo! Muchos, muchísimos se hallaron en ocasiones mas peligrosas, en estados mas arriesgados, en circunstancias mas críticas que nosotros. Muchos, muchísimos tuvieron que romper lazos mas estrechos, que sacrificar bienes mas preciosos, que atropellar miramientos mas respetables... y no obstante, todo lo superaron, todo lo vencieron, todo lo allanaron y caminaron al Cielo, muchas veces sobre la ruina de todos sus bienes, sobre el despojo de todos sus honores, sobre charcos de su propia sangre. A la verdad, Católicos, que no se nos pide á nosotros tanto en el dia para vivir cristiana y santamente; ¿pues por qué no conseguimos nosotros á menor costa lo que á ellos costó tanto? ¿Por ventura su alma, por quien ellos lo sacrificaron todo, era mejor que la nuestra? ¿Merecía mas atenciones ó mayores sacrificios? ¿Estaba destinada á mejor pátria ó mayor gloria? Nada de eso, mis amados. Si ellos fueron convidados á las bodas del Cordero celestial, tambien lo hemos sido nosotros; si estuvieron marcados con el sello de la adopcion de hijos de Dios, tambien lo estamos nosotros. Las fuentes del Salvador no corren ahora con menos abundancia para nosotros, que corrian entonces para ellos; las bondades y misericordias del Señor no se han abreviado en nuestros dias. ¿Pues qué nos falta para no emprender con empeño como ellos el camino de la gloria? ¿Sabeis qué? Lo que dije en mi propuesta. Nos falta la voluntad, y nada mas que la voluntad, todo lo demas está dispuesto, todo nos está preparado para este gran viaje. Ley, redencion, gracias, sacrificios, sacramentos... todo está pronto; el camino está patente; los Santos que le han andado nos convidan con instancia á que caminemos por él, y nos llaman desde el Cielo. ¿Pues en qué nos detenemos? ¿por qué no entramos en él? exclama aqui San Cipriano: ¿por qué no

andamos? ¿por qué no corremos á ver nuestra hermosa pátria, á vivir con los Santos nuestros hermanos, á pasear entre los coros de los Ángeles, á ver á Dios y gozarle eternamente? *¿Quare non properamus? ¿quare non currimus?*

Soberano Señor Sacramentado: Vos sois el camino, la luz, la fortaleza y la vida. Alumbrad nuestro entendimiento; fortaleced nuestro corazon, inflamad nuestro espíritu, dirijid nuestros pasos... Ayudadnos, Viático Soberano, Compañero Divino... ayudadnos en nuestro viaje al Cielo hasta colocarnos en el Templo de vuestra Gloria para que vivamos y reinemos eternamente con Vos, que vivis y reinais con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. AMEN.

Considerad con qué caridad nos ha concebido el Padre, preguntado que tengamos el nombre de hijos de Dios y que lo seamos.

Christianos: entre todos los prodigios que hacen admirar la conducta de Dios sobre los hombres, ninguno hay, después de la Encarnacion del Verbo, que sea mas sobre nuestras ideas, ni que deba excitar mas nuestro reconocimiento, que esta adopcion gloriosa que nos hace, por explicacion así, en posesion de todos los derechos de la divinidad. ¿Pero qué digo? El mismo mismo de la Encarnacion no puede presentarse á nuestra fe bajo de rasgos que nos puzten mejor la inexplicable bondad del Padre celestial que nos ha adoptado por hijos. En efecto, el portento que tuvo que pasase el Hijo de Dios hasta nosotros, estaba, en cierto modo, subordinado al que debia elevarnos á nosotros hasta Dios, y el Hijo de Dios no se confundió entre los hijos de los hombres sino para elevarlos á los hijos de los hombres la augusta dignidad de hijos de Dios.

No olvidemos, pues, ya, Christianos, el destino que el pecado de nuestros primeros padres hizo en todo el género humano. El tanto de division que se levantó entonces entre Dios y los hombres, ha sido derribado. El abismo que separó al Cielo de la tier-

## SERMON

### SOBRE LA DIGNIDAD DEL CRISTIANO, Y SUS DEBERES.

---

*Videte qualem charitatem dedit  
nobis Pater, ut filii Dei nominemur  
et simus. Joan. ep. 1. cap. 3. y. 1.*

Considerad cual caridad nos ha  
concedido el Padre, queriendo que  
tengamos el nombre de hijos de  
Dios y que lo seamos.

**C**ristianos: entre todos los prodigios que hacen admirable la conducta de Dios sobre los hombres, ninguno hay, despues de la Encarnacion del Verbo, que sea mas sobre nuestras ideas, ni que deba excitar mas nuestro reconocimiento, que esta adopcion gloriosa que nos pone, por explicarme asi, en posesion de todos los derechos de la divinidad. ¿Pero qué digo? El misterio mismo de la Encarnacion no puede presentarse á nuestra fé bajo de rasgos que nos pinten mejor la inexplicable bondad del Padre celestial que nos ha adoptado por hijos. En efecto, el portento que hizo que bajase el Hijo de Dios hasta nosotros, estaba, en cierto modo, subordinado al que debia elevarnos á nosotros hasta Dios, y el Hijo de Dios no se confundió entre los hijos de los hombres sino para asegurar á los hijos de los hombres la augusta dignidad de hijos de Dios.

No lloremos, pues, ya, Cristianos, el destrozo que el pecado de nuestros primeros padres hizo en todo el género humano. El muro de division que se levantó entonces entre Dios y los hombres, ha sido derribado. El abismo que separó al Cielo de la tier-

ra, se ha allanado. La sangre de Jesucristo vertida en el seno de la naturaleza, no solo la ha curado del contagio, de que estaba inficionada, sino que ha derramado sobre ella la salud celestial y el resplandor de la divinidad misma. A los derechos que habia perdido por la rebelion contra su Autor, se la han sustituido otros que ella misma no habia tenido en el día dichoso de su inocencia. Nosotros no eramos entonces sino los súbditos de Dios, y ahora, sin dejar de serlo, hemos venido á ser los hijos de Dios. Nuestro honor no se limita ya á representarle como imágenes suyas, nosotros tenemos la gloria de pertenecerle como sus semejantes. Ya el Señor nos pertenece de todos modos. Es nuestro Criador, nuestro Conservador y nuestro Padre. Es nuestro Redentor, nuestro Salvador y nuestro Soberano Maestro; y el Cielo que no podiamos obtener sino á título de salvacion, le podemos ya conseguir á título de compra, de redencion y de herencia. Y ved ahí, Cristianos, lo que San Juan nos presenta como la obra del amor de Dios para con nosotros, y como el motivo mas tierno de nuestro amor para con Dios. *Videte qualem charitatem...*

Sí, mis amados Cristianos. Su ternura le ha llevado hasta elevarnos á la dignidad de hijos suyos, y nuestro reconocimiento debe llevarnos hasta amarle como el mas tierno padre. Consideremos, pues, Cristianos, cual es nuestra dignidad y nuestras obligaciones. ¿Somos Cristianos? Ved ahí nuestra gran dignidad. ¿Somos buenos Cristianos? Ved ahí nuestro gran deber; y ved ahí tambien la division natural de este discurso. En la primera parte procuraré dar la idea que debe tener el Cristiano de su dignidad; y en la segunda la que debe tener de sus obligaciones.

¡Paracléto Soberano! Venid sobre mi espíritu en esta hora. Alumbrad mi entendimiento; inflamad mi corazon y dirigid mis palabras, para que yo acierte á dar á los Cristianos que me oyen la excelsa idea que ellos deben tener de sí mismos. Ayudadme vosotros á pedirlo por la intercesion de su amada Esposa, saludándola con las palabras del Ángel. AVE MARIA.

## PRIMERA PARTE.

Católicos: nosotros queremos ser grandes. Este deseo es justo. Nosotros buscamos naturalmente la grandeza que perdimos en el paraíso. Esto es bueno, pero el mal está en que la buscamos donde no se halla. La buscamos en las distinciones, en los honores, en la opulencia. La buscamos en las riquezas, en los mue-

bles exquisitos, en el lujo de los vestidos, en una gala, en una moda, y acaso tambien en otras cosas mas frivolas; pero es necesario conocer que todo esto no es mas que una grandeza exterior y aparente. Nuestra grandeza, nuestra verdadera grandeza no consiste en lo que nos rodea, sino en lo que nosotros somos. ¿Somos Cristianos? ¿Somos buenos Cristianos? He ahí, pues, nuestra verdadera grandeza. Porque, Católicos, ¿qué viene á ser un Cristiano? Prevenid vuestra memoria y fijad hondamente en ella los tres caracteres siguientes, que tan gloriosamente distinguen al Cristiano de todos los demas hombres del mundo. Un Cristiano es *un hijo de Dios*, es *un hermano de Jesucristo*, es *un heredero del Cielo*. ¡Títulos augustos! ¡Grandeza inapreciable! Pues tal es la grandeza del Cristiano.

*En primer lugar.* Un Cristiano es un hijo de Dios, adoptado por las entrañas de su infinita misericordia en las sagradas aguas del bautismo. Considerad la gran caridad que el padre celestial ha usado con nosotros, decia San Juan á los primeros Cristianos. Ha querido que nos llamemos hijos de Dios, y que en efecto lo seamos. *Ut filii Dei nominemur, et simus.* Hijos de los Reyes, vosotros naceis en el centro de la grandeza, encontráis una cuna colocada al lado del trono, y no creceis sino para ocuparle y empuñar el cetro; pero sino sois Cristianos, á pesar de toda esa grandeza, sois menos grandes, sois menos nobles, sois menos venerables que el niño Cristiano que nació sobre las pajas en una choza. Su regeneracion en el bautismo le ha dado lo que vosotros no habeis hallado al lado del trono; le ha hecho hijo de Dios. *Ut filii Dei simus.*

¡Niño Cristiano! ¡Niño dichoso! Aun no conoces al padre que tienes sobre la tierra, y ya estás declarado por hijo del Rey del Cielo. Tus ojos no distinguen á los que forman tu humilde familia en el destierro, y tu perteneces ya á la excelsa familia de la patria. Todavía no eres capaz de estampar tus tiernecitas plantas sobre el suelo, que te recibió al nacer, y tu nombre se halla ya estampado en el Cielo, donde debes reinar. Tu no eres hijo de Reyes, pero eres hijo de Dios. ¡O Cristiano! exclama aquí San Gerónimo. Conoce tu dignidad y tu grandeza. *Agnosce ¡o Christiane! dignitatem tuam.*

*En segundo lugar.* Un Cristiano es un hermano de Jesucristo. El Padre celestial se escoge hombres, á quienes adopta por hijos en el bautismo, para que su Hijo eterno sea primogénito en muchos hermanos, dice el Apóstol. *Ut sit ipse primogenitus in multis fratribus.* Sí, Católicos, Jesucristo es el primogénito de todos

los Cristianos. Es nuestro hermano mayor, que está al frente de nosotros que somos sus hermanos menores. ¡Feliz hermandad! ¡Hermandad llena de consuelo! Pues si por la mayor desgracia que puede sucedernos, perdemos por el pecado la amistad de nuestro Padre celestial, tenemos en su divino Hijo, nuestro hermano mayor, un mediador omnipotente, compasivo y cariñoso, que nos reconcilia con Él y nos vuelve á su amistad, presentando nuestro arrepentimiento cubierto con su sangre.

¡O mi querido Jesús! ¡Hermano adorable! ¡Amparo y consuelo de todos vuestros afligidos hermanos! Cuando yo temo haber disgustado á vuestro Padre eterno y mi Padre celestial, en mi aflicción recorro á Vos y en Vos hallo todo mi consuelo. Me aplico vuestra preciosísima sangre, derramada por mi amor, y cubierto con ella, me atrevo á poner en su divina presencia y á suplicarle, que se aplaque y me perdone; y vuestro piadosísimo Padre me mira con misericordia y me perdona por mediar vuestra reverencia y vuestra sangre. ¡O Cristianos! ¡Qué hermandad tan consoladora, tan interesante, tan dulce y tan amable!

*En tercer lugar.* Un Cristiano es un heredero del Cielo. Desde aquel feliz momento en que fuimos reengendrados en las sagradas aguas del bautismo, y declarados allí hijos de Dios, adquirimos un derecho incontestable al reino de los Cielos; derecho del que nadie puede privarnos, si nosotros no le perdemos por nuestra culpa. Desde aquel dichoso instante el Cielo es nuestro, y nosotros no debemos mirarle sino como una herencia que de derecho nos pertenece; pero... ¡qué herencia, Cristianos! Dios nos promete hacernos en él participantes de las inmensas riquezas de su Gloria. Sí, mis amados, aquel torrente de delicias que corre allí sin cesar del seno de Dios al seno de los bienaventurados, aquella felicidad inmensa, cuyo origen es la divinidad; cuya morada es el Cielo y cuya duración es la eternidad; esa misma felicidad será allí nuestra herencia. ¡Cristianos! ¡Qué despreciables son todas las herencias de la tierra comparadas con la herencia que nos espera en el Cielo!

Hombres adoptados por Dios, esta es nuestra riqueza; esta es nuestra herencia. Colocados en el Cielo sobre tronos brillantes, revestidos de los resplandores de los Santos, abismados en las maravillas que la adorable Trinidad renueva allí sin cesar, testigos y participantes del honor del mismo Dios, nosotros gozaremos allí de la gloria de esta adopción celestial, cuya gracia hemos recibido sobre la tierra.

Después de este asombro de la bondad infinita de Dios, yo

no me admiro de los cuidados que su providencia paternal toma por nosotros; no me admiro que los Angeles que rodean su Trono Soberano, sean encargados de velar sobre nuestra conducta; que por sus órdenes caminen delante de nosotros; que vuelen en nuestra defensa; que se interesen por nuestra salud; que recojan de nuestros lábios en el Santuario el incienso de nuestras oraciones, y le lleven á la presencia de Dios. Estas gracias son una consecuencia de la primera; quiero decir: que estos cuidados de los Angeles son una consecuencia de nuestra dichosa adopcion por hijos de Dios. El Señor se porta aqui como un Rey que encarga á sus ministros, que velen sobre el heredero de su trono. Tan queridos le somos y tantos cuidados le merecemos.

Ricos y poderosos del mundo, complaceos euanto querais en vuestro poder y opulencia: mi poder y mi opulencia está en el Cielo. Grandes y Señores de la tierra, embriagaos de lisonjas; haced, si así lo quereis, una ostentacion de toda vuestra grandeza: mi grandeza, toda mi grandeza está cifrada en ser Cristiano. En este solo nombre poseo yo mas grandeza, mas riqueza, mas honor y mas nobleza que euanta encierran todos vuestros títulos. Por él soy un hijo de Dios; por él soy un hermano de Jesucristo y por él soy un heredero del Cielo. ¡Qué nombre tan augusto! ¡Qué título tan precioso! ¡Cuántas riquezas no encierra! Pero al mismo tiempo ¡cuántos deberes no impone! Mas esto ya pertenece á la segunda parte de mi discurso.

## SEGUNDA PARTE.

Para conocer los deberes que los Cristianos hemos contraido en el sagrado bautismo basta saber los beneficios que alli hemos recibido; y para recordar estas obligaciones, basta pronunciar el nombre de *Cristiano*. Nosotros no podemos recordar los beneficios que hemos recibido en el sagrado bautismo sin recordar al mismo tiempo los deberes que en él hemos contraido, y las palabras que hemos dado de cumplirlos. Alli fuimos adoptados por hijos de Dios, y como hijos de Dios estamos obligados á amarle. Alli fuimos alistados en el número de los discípulos de Jesucristo, y como discípulos de Jesucristo debemos imitarle. Alli fuimos declarados templos del Espíritu Santo, y como templos del Espíritu Santo debemos ser puros. Alli se nos declaró con derecho al reino del Cielo, y como herederos del Cielo debemos conducirnos de modo que merezcamos llegar á poseerle. Amar, pues, á Dios;

imitar á Jesucristo; conservar la gracia del Espíritu Santo; merecer el Cielo... Ved ahí, Cristianos, nuestras obligaciones.

Nosotros somos hijos de Dios; pero considerad, mis amados, que lo somos por una adopción gratuita. ¡Hé! ¿Qué habíamos hecho nosotros para merecerla? ¿Qué habían hecho para desmerecerla tantas otras naciones que Dios ha dejado envueltas en las tinieblas de la muerte? ¿Adoremos, Católicos, este profundo misterio! A nosotros no toca sondearle. Mas respetando los arcanos de las disposiciones de Dios sobre los demás pueblos, conozcamos el precio de la distinción que ha hecho en nuestro favor. ¡O Dios mío! Vuestros ojos nos han distinguido entre esa multitud innumerable de hombres que no son menos obra de vuestras divinas manos que nosotros. Vuestras benditas miradas se han fijado sobre nosotros; y no han hecho, por decirlo así, mas que pasar sobre ellos. Vos les habeis dejado á ellos bajo el peso de vuestra justicia, y nos habeis establecido á nosotros en el reino de vuestra gracia. ¡Ah! con cuanto agradecimiento debemos exclamar aquí como el Profeta, y decir: con ninguna nación hizo cosa semejante. *Non fecit taliter omni nationi.*

Nosotros somos también discípulos de Jesucristo y, como buenos discípulos, debemos imitar á Jesucristo. Por consiguiente, la vida del Cristiano debe ser como la de Jesucristo. Una vida de justicia y de virtudes, una vida de combates y de victorias, una vida de padecimientos y de resignaciones; pues si la cruz es un árbol á cuya sombra podemos acojernos, también es un estandarte al que debemos seguir, y una bandera á cuya frente debemos pelear. Miembros de su cuerpo místico, nosotros debemos combatir bajo de una cabeza coronada de espinas. Los pasos de Jesucristo como Salvador deben ser nuestros pasos como Cristianos; como Redentor, nuestro modelo como penitentes; y su vida sobre la tierra debe ser la regla de la nuestra.

Nosotros somos también templos del Espíritu Santo y como templos de la Santidad debemos ser puros, debemos ser Santos. Nada impuro, nada manchado se permitía en el Templo de Jerusalen; en aquel Templo que solo en sombras y figuras ocupaba la divinidad. ¡Cuál, pues, deberá ser la pureza del Cristiano en el que reside como en su Templo por la gracia la beatísima Trinidad! Vendremos á él, dice el Hijo de Dios por boca del Evangelista San Juan. Vendremos á él y moraremos en él. *Ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus.*

Finalmente: nosotros somos herederos del Cielo, y como herederos del Cielo debemos portarnos de modo que merezcamos

ser colocados en el trono que nos está preparado en el Cielo. Los hijos de los Reyes para hacerse acreedores á ocupar algun dia el trono de sus padres, deben portarse siempre como corresponde á un heredero del trono. Nada debe verse en ellos que desdiga de esta grandeza, nada que la deprima, nada que no corresponda al heredero de un trono. ¿Cuál, pues, deberá ser el porte de un Cristiano, que camina, no ya á ocupar un trono en el mundo, aunque fuese el mas augusto y excelso, sino á ocupar un trono en el Cielo? ¡Qué grandeza en sus acciones! ¡Qué decoro en sus palabras! ¡Qué pureza en sus pensamientos! ¡Qué rectitud en sus deseos! ¡Qué santidad en toda su conducta! ¡Qué amor al Padre celestial que le adoptó por su hijo y le hizo heredero de su gloria! ¡Qué deseo de agradarle! ¡Qué empeño en servirle! ¡En cumplir todas sus adorables voluntades! ¡En hacer proezas propias de un hijo de Dios y un heredero del Cielo! Tales son los deberes del Cristiano y lo que prometí hacer ver en la segunda parte de mi discurso.

Si, Católicos, un Cristiano es un hombre que, conociendo su dignidad, la estima y la honra bastante en sí mismo para no querer exponerse á envilecerla. Es un hombre que, recordando todos los dias las augustas ceremonias y sagradas promesas de su bautismo, las renueva en su espíritu y se exhorta y se anima á sí mismo á cumplirlas fielmente. Un hombre superior á sí mismo, que no está unido á la humanidad sino por las victorias que consigue sobre ella. Un hombre que no hace consistir sus riquezas sino en la gracia; que pone sus deberes en imitar á Jesucristo; su gloria en asemejarsele, y su consuelo en no separarse jamás de Él. Un hombre que teniendo puras sus intenciones y sus sentimientos, reprime sus inclinaciones y sus malos deseos; combate sus pasiones y sus vicios; adorna de virtudes el Templo augusto en que Dios quiere residir, y no permite que jamás le ocupe alguna deidad extranjera.

¡Católicos! ¡qué obligaciones tan sublimes, tan sagradas, tan augustas no encierra el nombre de Cristiano! ¿Pero cumplimos con ellas? Mis amados, aqui el corazon se estremece y el alma tiembla. Porque... ¿Quién tendrá valor para hacer el cotejo de lo que somos los Cristianos con lo que debemos ser? ¡Ah! ¿Qué responderiamos si se nos preguntase en este instante lo que al Profeta Jonás en otro tiempo? ¿De qué pueblo sois vosotros? *¿Ex quo populo es tu?* ¿Sois vosotros de aquel pueblo venturoso que se escogió Dios de entre todos los pueblos del mundo para que fuese su pueblo? ¿Sois vosotros sus hijos? ¿Sois vosotros los herederos

de su Gloria? ¿Sois vosotros los Cristianos? Vosotros os llamais así, ¿pero lo sois en verdad? ¡Pues qué! ¿han tratado peor á Dios sus enemigos, que le tratais vosotros, que os llamais sus hijos? ¡Cristianos! ¿Qué tendríamos que responder á unas reconvenciones tan terribles? Es verdad que en Babilonia y Samaría, Ciudades enemigas de Dios, reinaron el fraude, el robo, el adulterio... ¡pero qué! ¿no reinan tambien en las nuestras? Es verdad que se veian en aquellas el lujo, la inmodestia, el escándalo... Mas por desgracia ¿no se ven tambien en las nuestras? Es verdad que se oian en sus calles y sus plazas el lenguaje desenfadado, la desvergüenza pública, la blasfemia horrible... ¿Y no se oyen tambien en las nuestras? Porque de hecho, Católicos. ¿Qué es en el dia cada una de nuestras Ciudades, y aun de nuestras poblaciones? ¡Ah! ¡Vosotros lo sabeis, y acaso mejor que yo! Vosotros por desgracia lo sabeis demasiado. ¡Ah! Pasad, os diré yo aqui con un Profeta, pasad á las Ciudades idólatras de las Islas de Cetin y ved si ha sucedido en ellas cosa semejante. *Transite ad Insulas Cethim... et videte, si factum est hujuscemodi.* Leed las historias de las naciones infieles. Leed... pero no llevemos la comparación mas adelante. Sobrado vergonzosa es para nosotros la que hemos indicado. Sobrado fácil nos ha sido presentar en este discurso la diferencia de lo que somos los Cristianos, de lo que debemos ser y la necesidad que tenemos de enmendarnos. ¡Ojalá que fuera tan fácil la enmienda! ¿Pero qué otra cosa podemos hacer los Ministros del Evangelio para conseguirla? Nosotros enseñamos y advertimos. Nosotros exhortamos y corregimos. Nosotros amenazamos y hasta anatematizamos en nombre de Jesucristo... ¡pero ay! La fé está muy resfriada y la palabra de Dios apenas hace impresion en los Cristianos que nos oyen ¿y qué podremos hacer con respecto á aquellos que jamás vienen á oirnos?

A vosotros tribunales respetables de gobierno y de justicia, establecidos en un reino esencial y eminentemente Católico, no solo para defender los derechos temporales, sino tambien para hacer guardar las buenas costumbres: á vosotros toca corregir y castigar esos pecados públicos, esos escándalos que tanto deshonoran al cristianismo y afligen á la Iglesia. Arreglad, Autoridades cristianas, el exterior de los hombres, y se arreglará su corazon, porque es sin duda que la moral pública conduce naturalmente á la moral secreta.

A vosotros, padres de familia, á vosotros toca reformar esos hijos que Dios ha puesto á vuestro cuidado y de los que os ha de pedir estrecha cuenta. De vosotros pende principalmente la re-

forma del cristianismo. Vosotros sois, según el bello pensamiento de San Agustín, los Obispos de vuestra familia. ¡O cuán fácil es á padres, poseídos del santo temor de Dios, dirigir y pastorear bien un rebaño tan pequeño, y por otra parte tan amable! Reformad padres y madres de familia á vuestros hijos é hijas, y luego se verá reformado el cristianismo, porque de ellos se va á formar, ó por decirlo mejor, se está formando el sucesivo cristianismo.

Y vosotros, Cristianos, que me escucháis, de cualquiera condición, clase ó estado que seáis, reformaos cada uno á vosotros mismos y contribuireis cada uno á hacer esta reforma. Id en nombre del Señor á meditar las verdades que habeis oído. Id á comparar vuestra conducta con vuestra fé, vuestras obras con vuestra religion, y lo que sois con lo que debéis ser, como Cristianos. Preguntaos á vosotros mismos: Yo soy un hijo de Dios ¿pero me porto con Dios como buen hijo? Yo soy un hermano de Jesucristo ¿pero sigo é imito á mi querido y adorable hermano? Yo soy un heredero del Cielo ¿pero camino por la senda de la virtud á tomar posesion de mi dichosísima herencia? Repetíos, Cristianos, muchas veces estas interesantes preguntas, y meditadlas mucho. Ellas serán un freno que contengan vuestras desordenadas pasiones; una espuela que despierte vuestra desidia... serán, en fin, un recuerdo saludable que os anime á vivir como hijos de Dios y hermanos de Jesucristo; y que os prepare á morir como herederos del Cielo, ¡que á todos os deseo. AMEN.

## SERMON

### SOBRE LA EDUCACION DE LOS HIJOS.

*Educate filios in disciplina, et  
correctione Domini, Ep. Cath. cap.  
6. Y. A.*

Educad los hijos en disciplina y  
correccion del Señor.

**E**n unos tiempos en que la inmoralidad corrompe tan lastimosamente, no solo la juventud, sino tambien la niñez; en unos tiempos en que la educacion se halla tan abandonada; los Ministros del Evangelio no pueden hacer otra cosa que clamar contra los Padres de familia que la abandonan, haciendoles ver que la desmoralizacion, que corrompe á sus hijos, proviene de este abandono, y que ellos solos pueden y á ellos toca principalmente remediarle.

Sí, Padres de familia, vosotros, cuya autoridad es la mas antigua del mundo, y la imágen mas viva de la autoridad de Dios; vosotros á quienes los libros santos llaman dioses visibles de vuestros hijos; vosotros sois principalmente los que podeis y debeis remediar la desmoralizacion de la niñez y juventud; vosotros sois los que podeis y debeis remediar este mal terrible, que tiende á desterrar la religion y destruir la sociedad; este mal espantoso que principia por privar al hombre de las virtudes, que progresa aumentando sus vicios, y que concluye sepultándole para siempre en los abismos. Educad vuestros hijos en la disciplina y correccion del Señor. *Educate filios in disciplina et correctione Domini.*

Sí, Padres de familia. En la buena educacion está el remedio de este gran mal. De ella pende la reforma de vuestros hijos y la felicidad de vuestros hijos...; dije poco...; de ella pende la reforma de todos los estados y la felicidad de todos los estados, porque todos los estados se compondrán muy luego de vuestros hijos. Pero lo

que sobre todo pende de la buena educacion es la salvacion de vuestros hijos; asi como de la mala educacion procederá su perdicion.

¿Y por qué asi? Porque es dificultoso que dejen de salvarse vuestros hijos, si les dais una educacion cristiana y virtuosa. La prueba de esta verdad ocupará la primera parte de mi discurso. Porque es mas dificultoso que dejen de perderse vuestros hijos, sino les dais una educacion cristiana y virtuosa. La prueba de esta ocupará la segunda.

Entendedlo bien, Padres de familia. Es dificultoso que se pierdan para siempre vuestros hijos, si les dais una educacion cristiana. Primera verdad. Es mas dificultoso que dejen de perderse para siempre, si no les dais una educacion cristiana y virtuosa. Segunda verdad. Eijad bien estas dos verdades en vuestra memoria, porque conviene que jamás se borren de ella, y porque van á hacer todo el asunto de mi discurso.

¡Soberano Señor Sacramentado! centro de todas las luces y fuente de todas las gracias, alumbrad mi entendimiento y encended mi voluntad para que desempeñe con acierto y con fruto un asunto tan importante. Esta gracia os pedimos por la intercesion de vuestra querida Madre. AVE MARIA.

### *Educate filios...*

Dichosos aquellos hijos á quienes el Señor ha concedido el beneficio de unos padres cristianos y virtuosos. Con vuestra licencia Soberano Señor Sacramentado. Dichosos, repito, mil y mil veces dichosos aquellos hijos á quienes el Señor ha dispensado el inestimable beneficio de nacer en el seno de una familia cristiana y virtuosa. Las primeras palabras que oyen ya son palabras de salud y de vida. Apenas abren los ojos para ver la luz del dia y ya ven al rededor de sí ejemplos de virtud. Aun no forman sino confusos sonidos y ya invocan el Santo nombre de Dios, ni llegan á saber hablar sino aprendiendo á suplicarle.

Figuraos estos niños en rededor de una madre cristiana y virtuosa. ¡Cuántas veces, enjugando ya á uno ya á otro las lágrimas, les dirá: no hijo mio, no hija mia, no queráis llorar vosotros; sólo el pecado pide lágrimas, y vosotros sois inocentes. ¡Cuántas veces sentándoles sobre sus rodillas ó estrechándoles con su pecho les repetirá como otra Macabea: Dios, hijos mios, Dios es vuestro verdadero padre. Dios os ha dado este ser que tenéis y os ha formado. De Dios habeis venido, á Dios vais; no

os aparteis jamás del camino de la virtud; solo por él se llega al Cielo. *Peto nate ut aspicias Coelum.*

Pero cuando la razón, saliendo de entre los albores de la infancia, comienza á despedir sus primeros rayos, entonces es cuando estos padres cristianos, conociendo aquellos preciosos momentos en que la gracia del bautismo va á preparar con su eficacia unas almas inocentes para recibir las semillas de la virtud; entonces es cuando estos padres zelosos se aplican con particular empeño á la instruccion de sus hijos. Ya les pintan con los más vivos colores la magestad infinita del Ser Supremo; ya les hablan de su inmensidad que todo lo llena; ya de su sabiduría que todo lo ve; ya de su omnipotencia que todo lo puede; ya de su justicia que todo lo castiga, y ya de su bondad que todo lo premia.

Unas veces les enseñan en el retiro de sus casas las verdades de la religion, sus misterios, sus sacramentos, sus leyes, sus preceptos, sus promesas, sus amenazas, sus castigos y sus premios; otras les conducen á los Templos y haciendo que fijen la curiosidad de su niña vista en el espectáculo de las augustas ceremonias que alli se celebran, les llaman la atencion á los misterios que ocultan. Sobre este altar santo, les dicen, corre todos los dias la sangre del Cordero de Dios que nos redimió con su muerte. Aqui se ofrece el sacrificio mismo que se ofreció en el calvario por nuestros pecados. En su dorado y Santísimo Sagrario reside continuamente el Dios de la Gloria, bajo los velos débiles de una hostia. ¡O qué santo y que terrible es este lugar, hijos míos! Esta es la casa de Dios y la puerta de los Cielos.

A esta parte está la pila del bautismo, donde recibisteis la gracia que os hizo hijos de Dios y herederos del Cielo. ¡O hijos míos! Quered perder todas las cosas antes que perderla. Sobre esta pila sagrada prometisteis á Dios por boca de vuestros padrinos una fidelidad eterna. Aqui renunciasteis al mundo con todas sus pompas y vanidades, al demonio con todas sus tentaciones y malignas sugestiones, y á la carne con todas sus concupiscencias y desordenados apetitos. Aqui prometisteis ser hombres de Jesu-  
cristo, profesar sus misterios, guardar sus mandamientos y seguirle por el camino de la cruz al reino de los Cielos. Los Angeles, que velan en la custodia de este Templo, fueron testigos de vuestras renunciaciones y de vuestras promesas, y las escribieron en el libro de la vida. *Tenetur vox tua in libro viventium.*

¡O hijos míos! Jamás deis motivo para que se borren de este divino libro. Inclina, hijos míos, vuestros ojos hácia el pavimento que pisais. Bajo de esas losas frias reposan las cenizas de

nuestros ascendientes. De aquí á un momento iremos tambien nosotros á hacerles compañía; y vosotros tardareis poco en seguirnos, si acaso no vais primero. Amad, hijos míos, la virtud; escuchad sus lecciones, seguid sus sendas: todas las cosas se acaban, sola la virtud no muere. ¡Qué impresion tan profunda no deberán hacer esas verdades eternas, pronunciadas por unos padres tiernos y virtuosos en el corazón de sus queridos hijos!

Jamás pudieron borrarse del corazón de San Luis aquellas lecciones y exhortaciones patéticas, que tantas veces le repetía en su infancia su virtuosa madre Doña Blanca. Tu sabes, hijo mío, le decía, la ternura con que te amo. Sin embargo, preferiría la pena de verte muerto ante mis ojos, á la de verte cometer un solo pecado mortal. Sí, hijo de mi alma, me sería menos doloroso derramar tristes y copiosas lágrimas sobre tu sepulcro enlutado, que sobre tu inocencia perdida; y la muerte, que privándome de un hijo tan querido, me robaría lo que mas amo en el mundo, me sería menos cruel que un solo pecado mortal que, privándote de la gracia y amistad de Dios, te haría esclavo de Satanás y reo del infierno. El jóven monarca se penetró profundamente de que nunca podia temer demasiado lo que una madre tan tierna temía mas que su muerte. Así es que en la flor de su edad, en el bullicio de las armas, entre las delicias de la Corte y sobre los resplandores del trono, el hijo practicó virtudes increíbles, á quien ignorase la piedad y santo zelo de la madre.

Porque no lo dundeis, padres de familia, unos niños que no oyen hablar del pecado sino para aborrecerlo, ni de la virtud sino para desearla, ni de la religion sino para bendecirla, ni de Dios sino para adorarle y amarle... Unos niños que no saben mas que su Dios, su religion y sus obligaciones ¿podrán resistirse á la virtud? Tened presente que esta tierna edad recibe el lenguaje, las ideas, los modales, todo su porte y conducta de las personas que la rodean. ¿Cómo pues podrá resistirse á vuestras lecciones de religion y de virtud autorizadas con vuestros ejemplos?

Pero me direis aquí: es verdad que en los primeros años es fácil gobernar y dirigir nuestros hijos por el camino de la virtud, ó al menos, no es muy difícil preservarles de los vicios, pero llegan á cierta edad que parece les exime de nuestra jurisdiccion, y entonces ocurren pasos tan resvaladizos, ocasiones tan peligrosas y lances tan fatales, que echan por tierra las esperanzas de la crianza mas esmerada y no hay cosa mas comun que ver destruidas las virtudes de la niñez por las pasiones de la juventud. ¿Con que, padres de familia? ¿con que la educacion mas cris-

tiana y esmerada no basta muchas veces para preservar las virtudes de la niñez de las pasiones de la juventud? ¿Pues qué será si estas pasiones impetuosas en aquella edad, é irritadas por multitud de objetos seductores, encuentran á vuestros hijos sumergidos en la ignorancia de la religion, desamparados de la virtud y desprovistos del amor y temor de Dios, que habia de sostenerles entre tantos y tan grandes peligros? ¡Ah! Si una educacion cuidadosa deja tanto que temer ¿una educacion descuidada, el abandono de la educacion dejará algo que esperar?

Yo bien se que á una niñez virtuosa puede seguirse una juventud desarreglada; pero tambien se que un corazon acostumbrado á la virtud desde niño, no se determina á cometer el delito sino despues de muchos combates; que no le cometerá sino temblando, y que despues de haberle cometido, experimentará tantos escozores, que nó podrá permanecer en él mucho tiempo. Ha impreso Dios en nuestras almas unos principios de rectitud, de bondad, de pudor y de virtud, que no se borran sino despues de repetidas acciones pccaminosas, y si una educacion verdaderamente cristiana llega á desenvolver estos principios y á hacer que brote la virtud, es bien dificil que el alma se determine á pecar, y mucho mas que pueda permanecer por mucho tiempo en pecado.

Consolaos, pues, padres de familia, vosotros los que despues de haberos desvelado tanto en la educacion cristiana de vuestros hijos, les veis extraviarse, hacerse sordos á vuestros llamamientos y entregarse al desarreglo de sus pasiones. Consolaos, porque algun dia vereis que esa hija extraviada vuelve al seno de su amada madre, y que ese hijo pródigo se prostra á los pies de su buen padre. Consolaos, porque aun cuando parece que ese hijo ingrato y esa hija fugitiva se han olvidado de vuestras lecciones, no es asi; presentes las tienen en lo más íntimo de su alma, y donde quiera que van, llevan consigo el dardo que les clavasteis. Se apagará el primer fuego de la edad, entrará la reflexion, y entonces la buena crianza os volverá unos hijos que os habian robado las pasiones. Consolaos, porque una desgracia, un contra-tiempo, una muerte repentina, un Sermon, la lectura de un buen libro, la conversacion de un buen amigo, y sobre todo, la educacion virtuosa y temerosa que les disteis, os volverán esos hijos que contabais por perdidos. Consolaos...

¡Pero qué digo! Antes bien no querais consoláros hasta ver convertidos al Señor esos hijos extraviados. Corran en abundancia vuestras lágrimas á los pies del allar santo; suban vuestros gemidos hasta el trono del Altísimo; pedid y no os causeis de pe-

dir. El Padre de las misericordias no será insensible á las súplicas de unos padres que, bañados en lágrimas, le piden la conversión de sus hijos. El los convertirá, El los salvará, no tanto por ellos, como por la buena crianza, por las oraciones y por las lágrimas de sus padres. No, no perecerán unos hijos bien educados, por cuya conversión claman al Cielo las tiernas lágrimas de sus padres. *Non peribunt filii istarum lacrymarum.*

¡A qué estado tan lastimoso no se hallaba reducido un Agustín! ¡Qué desvaríos! ¡Qué excesos tan vergonzosos! Cada día nacían en su alma nuevas pasiones y abortaban nuevos delitos. A la corrupción del corazón seguía la del entendimiento, y el número de sus errores correspondía al de sus vicios. ¿Qué esperanza podría quedar de un hijo que no solo había desamparado la virtud, sino también la religión? Pero Agustín había recibido una educación cristiana, había sido criado al lado de la virtud. Yo veo á su piadosa y tierna madre llorando sin cesar la perdición de su querido hijo; y yo no puedo creer que deje de ser atendida y consolada. En efecto, doce años de gemidos, de súplicas y de lágrimas de su madre santa, llegaron á conseguir el mas feliz resultado; porque Agustín, de un insigne pecador pasó á ser un ilustre penitente, y de un apóstata de la religión, un defensor de la fé y uno de los primeros doctores de la Iglesia. ¡Pasó á ser San Agustín!

Desengañaos, padres de familia. Es dificultoso que se pierdan vuestros hijos, si les dais una educación cristiana y os ocupais de salvarlos. *Primera verdad.* Pero será todavía mas dificultoso que dejen de perderse vuestros hijos, sino les dais una educación cristiana y os ocupais de salvarlos. *Segunda verdad,* que voy á hacer ver en la segunda parte. Continuada vuestra piadosa atención.

¿Me detendré, para probar esta verdad, á pintar los peligros que corre la juventud? ¡O juventud! exclamaba San Agustín en sus tiempos sin comparacion mas cristianos que los nuestros. ¡O juventud! Dánte el nombre de bella edad, de primavera de la vida, de flor de los años, de sazón de los placeres, y frecuentemente no eres sino el tiempo de las pasiones y de los desórdenes presentes y un manantial fecundo de pesares y sentimientos para las edades venideras. ¡O jóvenes! La mas fria vejez debiera preceder á esa edad fogosa, que con tanta frecuencia os precipita en los peligros y aun en los delitos.

¡O jóvenes! Todo está sembrado de lazos para vosotros. El mundo que os embelesa y engaña, y cuyas alevosías vosotros no conocéis todavía; la edad que os promete una série de años para disfrutar los placeres y otra para entregaros á la virtud y que

frecuentemente os arroja en el sepulcro al medio ó antes de mediar vuestra carrera; los hombres que os adulan é irritan vuestras pasiones como sino bastasen ellas solas para precipitaros; el infierno que se conjura contra vosotros para manchar la pureza de vuestras costumbres; los compañeros peligrosos; los amigos corrompidos; los libros impíos; las pinturas escandalosas... ¡O jóvenes! Para resistir á tantos y tan poderosos enemigos es necesario un gran fondo de amor y temor de Dios; es necesario un grande aborrecimiento al pecado y una grande afición á la virtud; es necesario que hayais recibido una educacion sólidamente cristiana; es necesario que tengais profundamente grabadas en vuestra alma las verdades de la religion; es necesario que os hayais ejercitado desde luego en la virtud, en vencer vuestras pasiones, en venceros á vosotros mismos; y aun asi, acaso no sabreis sosteneros, acaso no os sostendreis, acaso vendreis á caer cuando os juzgueis mas seguros.

Y yo pregunto ahora, padres de familia, si los jóvenes instruidos en la religion y ejercitados en la virtud desde sus primeros años corren tantos peligros ¿qué será de un jóven criado en una familia que apenas tiene de cristiana mas que la apariencia? ¿Qué será de un niño que apenas sabe el nombre del Dios que adora? ¿Qué será de un jóven á quien unos padres desidiosos han dejado en manos de sus pasiones y de su pobre corazon? ¿Qué será de un niño que no ha tenido otra educacion que los ejemplos de un padre, ó voraz, ó destemplado, ó colérico, ó blasfemo, ó jurador, ó borracho, ó lascivo, ó impío... de un padre que ha tenido parte ó todos estos vicios reunidos?

¿Qué será de una jóven á quien una madre mundana solo ha cuidado de inspirar el deseo de agradar, de lucir, de hacer figura en el mundo, y cuya vanidad ha fomentado con indignas condescendencias, con atavíos escandalosos y con adulaciones emponzoñadas? ¿Qué será de una niña, cuya razon frágil todavia y cuyos pies vacilantes no tienen el arrimo de una vigilancia cristiana y los ejemplos de una madre virtuosa en quien fijar sus inocentes miradas? Esta pobre niña, esta desgraciada jóven ¿resistirá por mucho tiempo á sus pasiones y á las pasiones ajenas? ¿Qué será de estas débiles barquillas, expuestas á la bravura de las olas, enmedio de un mar alborotado y á merced de las borrascas? ¿Tardarán mucho en naufragar? Y despues de haber naufragado ¿qué arbitrio podrá quedarles para no perecer en el naufragio? ¿Sabrán asirse á la tabla de la penitencia para volver al puerto de la salud?

Pero ¿qué podrán hacer en este caso unas criaturas, sepultadas en la ignorancia de la religión? ¿Qué podrán hacer unas criaturas que ni conocen el lastimoso estado de una alma, despojada de la gracia y abismada en el pecado, ni los medios de salir de tan lastimoso estado? ¿que solo tienen unas ideas confusas y superficiales del fin para que han nacido, del término adonde van y del camino que deben llevar? ¿que no cuentan con las virtudes, y que en su estado de ignorancia solo pueden contar con vicios y delitos? ¡O Dios mio! Para sacar á estas almas de su lastimoso estado no bastaria un golpe de vuestra gracia, seria necesario un portentoso de vuestra gracia.

Si, padres de familia, la vida de estos desgraciados hijos no será regularmente otra cosa que una cadena de vicios y delitos; los de la niñez preparan los de la juventud, estos abrirán un camino mas ancho á los de la edad madura, y los de la edad madura prepararán los de la vejez. La maldad crecerá con los años, inficionará todas las edades de su vida, penetrará hasta los huesos de sus huesos, y entonces dejarán de pecar, cuando dejen de vivir. La maldad bajará con ellos al sepulcro, me equivoco, bajará con ellos al abismo. Carrera terrible pero consiguiente á la mala crianza. Paradero espantoso, pero paradero adonde conduce la mala crianza. Es, pues dificultoso, padres de familia, es muy dificultoso que dejen de perderse esos hijos, á quienes no dais una educacion cristiana y de cuya salvacion no os ocupais. Segunda verdad de mi discurso.

Pues bien, ahora hagamos aplicacion de estas dos verdades á la crianza y educacion de nuestros dias. ¡O Cielos! ¡Me atreveré á hacer su pintura en la casa del Señor y en su divina presencia! Pero ¿cómo expresar aqui, en este lugar Santísimo, las deshonestidades de la niñez, las desenvolturas de la juventud, los escándalos y las blasfemias de la edad madura en la maldad, corrupción y podrida!!! ¿Pues qué haré? Callaré: y que hablen por mi las plazas, las calles y las casas; y mientras que ellas claman contra las deshonestidades, las desenvolturas, los escándalos y las blasfemias... y mientras que ellas se quejan amargamente de la mala crianza, y acusan á los padres que descuidan la educacion de sus hijos, yo me iré á su corazón y me las habré con su amor.

Padres de familia, vosotros particularmente los que descuidais, los que abandonais la crianza de vuestros hijos, permitidme que, dejando ya de combatir vuestro entendimiento, hable á vuestro corazón. Vosotros decís que amais á vuestros hijos y creéis

que nadie podrá dudarlo; pero me permitiréis decir que yo no lo creo, que lo dudo y que lo dudo mucho. Decís que amais á vuestros hijos; pues si les amais ¿cómo no les proporcionais su verdadero bien? porque las pruebas del amor son hacer bien al amado. Decís que amais á vuestros hijos; pues si les amais ¿cómo no les dais una educacion cristiana? ¿cómo no les instruís en la religion? ¿cómo no les animais á la virtud con vuestro ejemplo? ¿cómo no les procurais su salvacion que es su bien verdadero?

Decís que amais á vuestros hijos ¿y cómo componeis ese amor con el abandono que haceis de ellos? Un caballo, un asno que falte de vuestra cuadra, un perro que está comiendo la limosna del pobre, turbando el silencio de los Templos, cometiendo indecencias aun en presencia del tremendo sacrificio, y que merecia un cordel, estos y otros animales aun más despreciables os quitarán vuestro reposo, correreis calles y plazas y no sosegareis hasta encontrarlos; pero falten de vuestra casa vuestros hijos, no importa; ellos vendrán; no hay cuidado; Y con todo eso decís que amais á vuestros hijos de quienes cuidais menos que de un perro!

Todos los sábios convienen en que el medio mas eficaz para conservar la inocencia de la niñez y las virtudes de la juventud, es no perder de vista á los niños y á los jóvenes, en cuanto sea posible ¿y podrá haberle mas seguro para que pierdan su inocencia y sus virtudes que ese fatal abandono? Hablad sino por mí vosotros mismos, Padres y Madres de familia. ¿Quién, decid, quién ocasionó en vuestra niñez la pérdida de vuestra inocencia?

¿No fueron los descuidos y las condescendencias de vuestros padres que os permitian concurrir á esas reuniones de niños, al parecer inocentes, pero en realidad las mas propias para perder la inocencia? ¿Á esas reuniones de chicos y de chicas, ó lo que es peor, á esas mezclas de chicos y de chicas, donde nunca ó casi nunca faltan algunos ó algunas maleados ya, ó maleadas y que malean á los demas; particularmente sino tienen otros testigos de sus dichos y sus hechos que, ó la soledad, ó la oscuridad, ó las tinieblas de la noche?

¿Quién destruyó las virtudes de vuestra juventud? ¿No fueron los descuidos, la indiferencia y el abandono de vuestros padres? ¿cuando os permitian las compañías arriesgadas, las concurrencias peligrosas, las reuniones de que acabo de hablar...! ¿cuando os dejaban andar por donde queriais sin otra guía que vuestras pasiones...! ¿cuando os disimulaban las entradas en casas de juego, de sospecha!!! ¿Qué otra cosa hacian que destruir vuestras virtudes y entregaros á los vicios? ¿Y no bastará á desengañaros vuestra

propia y desgraciada experiencia? ¿Quereis que perezcan la inocencia y las virtudes de vuestros hijos como perecieron las vuestras?

Sin embargo, aun decís que amáis á vuestros hijos ¿pero cómo les amáis? Yo lo diré. Les amáis como aman los paganos á los suyos. Les amáis para el mundo; pero no les amáis para el Cielo. Sus intereses temporales ocupan vuestros cuidados; pero sus intereses eternos no figuran entre ellos. Sus cuerpos corruptibles y mortales absorven todo vuestro amor; pero sus almas incorruptibles y eternas os son indiferentes. Diré mas, y vosotros no os escandalizareis. Hay padres que aman á sus hijos como les amaría el diablo, si se encargase de su crianza. Les aman para pervertirlos, para corromperlos, para condenarlos, para sumergirse con ellos en los tormentos eternos.

¡Sí, ¡padre indigno de este respetable nombre! cuando comunicas á tu hijo ese espíritu de inmoralidad, de libertinaje, de impiedad y de corrupcion de que estás poseído!!! ¡O Padre sin fé!!! ¡Pluguiese al Cielo que jamás hubieras tenido hijos á quienes amar de un modo tan funesto! ¡Madre desalmada! ¡cuando comunicas á tu hija ese espíritu de orgullo que te domina! ¡cuando la adornas á manera de un simulacro y la conduces coronada de flores, como las víctimas del paganismo á esas funestas reuniones donde reina la seducción, la lujuria!! ¿A dónde vas? ¿Vas á disimular el sacrificio de su inocencia, ó vas á ofrecerla su ruina? ¡O madre sin piedad! ¡Cuánto méjor habría sido que no llegarás á ser madre! Sin embargo, aun estos padres y estas madres se atreven á decir que aman á sus hijos. ¡Extraña contradicción! ¡Inaudita paradoja! ¿Pues qué mas podrian hacer si les aborrecieran de muerte? ¿Podrá darse un ódio mas cruel que su amor?

¡Sí, padres criminales, amáis á vuestros hijos; pero es para perderlos y perderos con ellos. Porque desengañaos, padres de familia, seais quien fuereis; si vuestros hijos se pierden por vuestra culpa, vuestra alma será el precio de las suyas. Vosotros habeis de responder y dar cuenta, no solo de vosotros, sino tambien de vuestros hijos. Su virtud está unida en cierto modo con la vuestra y no entrareis en el Cielo sino habeis procurado que entren tambien vuestros hijos. Para conseguirlo, dadles una educacion cristiana y virtuosa; velad su conducta; apartadles de los peligros; animadles á la virtud con vuestro ejemplo; orad mucho á Dios por vosotros y por ellos. El Señor os ayudará, para que, caminando unos en pos de otros por la senda de la virtud, os reunais padres é hijos, y vivais eternamente reunidos en el reino de los Cielos, que á todos os deseo. AMEN.

# SERMON FÚNEBRE

Á LA MUERTE DE LA REINA

DOÑA MARIA JOSEFA AMALIA DE SAJONIA.

---

*Mandata Dei in corde mulieris  
sanctae. Eccli. 26. v. 24.*

Los mandamientos de Dios en el  
corazon de la muger santa.

**V**alladolid: ¡Ya no existe! ¡qué dolor! ¡ya no existe aquella piadosa Reina que, aun no ha hecho un año, vistes entrar en este sagrado Templo al lado de su Real Esposo, postrarse á los pies de ese altar santo, ocupar el trono que allí la habias preparado, y bajar de él para asistir en la postura mas humilde y reverente al divino sacrificio! ¡Ya no existe aquel modelo de virtud que te enseñó con su compostura, te edificó con su piedad y te asombró con su modestia! ¡Ya no existe aquella hija primogénita de la Iglesia, aquel Ángel tutelar de la España, aquella santa muger que tenia en su corazon los mandamientos de Dios! ¡Ya no existe el consuelo de los pobres, el amparo de los huerfanos y las viudas, la protectora de la humanidad doliente y afligida... ¡qué desconuelo! No existe. La muerte, la inexorable muerte, sin atender á nuestras súplicas, ni querer escuchar nuestros gemidos, nos la ha arrebatado en lo mas florido de sus años, y nos la ha arrojado en el sepulcro. ¡Dios Eterno! Yo adoro, pegado mi rostro con el polvo, vuestros impenetrables juicios: yo espero de vuestra bondad infinita, y de su vida virtuosa que, despues de haber reinado sobre nuestros corazones en la tierra, reinará con Vos en el Cielo; pero nosotros la amabamos mucho,

y la necesitabamos demasiado para acertar á consolarnos de su perdida.

Mis amados Valisoletanos: ¿quién os diría á vosotros cuando, poseidos de una alegría sin límites, la obsequiabais á porfía, y la victoreabais con tanto alborozo? ¿quién os diría que antes de un año se mudarían con motivo de su muerte vuestros trajes en lutos, y en llanto vuestra alegría? ¿Y quién me diría á mi, cuando tenía el honor de predicar en su real presencia, que había de tener tan pronto el desconsuelo de predicar su oración fúnebre á la vista de su tumba? Pero no nos admiremos, Cristianos. Tal es la condicion de todas las cosas humanas. Ayer, por decirlo así, vimos en una tribuna de este santo Templo á nuestra querida Reina, y hoy la lloramos ya sumergida en un sepulcro. Apenas hemos acabado de retirar los adornos que sirvieron para su obsequio, y ya nos vemos precisados á levantar un túmulo para honrar sus cenizas.

¡Grandes y poderosos de la tierra! ¡Hombres de todas clases y estados! la pompa fúnebre á que asistís, os anuncia ya de antemano vuestro inevitable paradero. ¡Un monumento lúgubre! ¡unas cenizas frias! ¡unas pálidas luces! ¡unos lutos! ¡un sepulcro...! ¡Esclavos del mundo! ved ahí el término de vuestro ídolo, y la escuela de todos los mortales. Pero... ¡qué escuela, Dios mio! En el sepulcro, el primero de los Reyes se encuentra como el último de los hombres, sin títulos que le distingán, sin trono donde sentarse, sin Corte que le rodee y... sin sentimientos que le honren en la tierra, ni méritos que le coloquen en el Cielo, si por desgracia su reinado no ha sido el de la justicia. Y en este desdichado caso yo pregunto ¿quién será el predicador que se encargue de su elogio? Porque bien sabido es, que la mayor dificultad para formar una oración fúnebre se encuentra en aquellas vidas, de las que es necesario entresacar algunas pocas obras buenas de entre mil desórdenes; puesto que en este caso es muy difícil no confundir la verdad con la mentira, no desairar al difunto con su mismo elogio, y no dejar caer sobre el vicio algún grano de aquel incienso que solo es debido á la virtud.

Confieso, Católicos, que siempre había temido encontrar con este escollo; y rindo mil gracias al Cielo porque me ha puesto á cubierto de estas dificultades en la primera oración fúnebre que voy á predicar. No por cierto, yo no tengo necesidad de usar en este dia otro lenguaje que el de la sencillez. ¡Qué consuelo para mi! Yo no necesito, como Samuel, honrar al ungido del Señor en presencia del pueblo para excusar sus prevaricaciones, ni cubrir con un manto á la muger del Rey Jeroboan, para que no

la conozca el Profeta. Yo voy á hablar de una Reina, prevenida desde sus primeros años con las dulces bendiciones del Cielo; de una Reina, cuya vida no ha sido otra cosa que un modelo de virtud; de una Reina *sábía, caritativa y piadosa*. Voy á hablar de la Serenísimá Doña María Josefa Amalia de Sajonia, Reina de España y de las Indias, y Esposa muy amada de nuestro augusto Monarca el Señor Don Fernando el VII (Dios nos le guarde). El Cielo me favorezca con sus divinos auxilios, y vosotros con vuestra respetable atencion.

### *Mandata Dei in corde mulieris sanctae.*

Cuando Dios, por un rasgo de su bondad infinita, quiere presentar á todo un Reino un modelo de virtud, le coloca sobre la altura del trono para que todos puedan verle, contemplarle é imitarle. Ya vosotros conoceis, mis amados Españoles, el modelo de que quiero hablaros. Ya conoceis que este modelo es la Reina, esa inapreciable Reina que con tanto sentimiento acabamos de perder, y cuya pérdida acaso no conocemos todavía bastante-mente (1).

Nacida de una familia virtuosa, mamó con la leche la virtud, creció con ella, la llevó al trono y bajó con ella al sepulcro. Entremos en la historia de su vida, y ella nos dará de esto una cumplida prueba. Entremos, digo, en la historia que sabemos de su vida, ya por la publicidad de los hechos, y ya por las noticias que personas informadas por si mismas (2) y de una veracidad irrecusable han tenido la bondad de comunicarnos.

La augusta María Josefa Amalia de Sajonia (Dios la haya coronado de Gloria) hija de los Serenísimos Príncipes Maximiliano de Sajonia y Carolina de Borbon, nació el día seis de Diciembre de mil ochocientos y tres. Su ilustre casa, una de las mas antiguas de Europa, ha dado á esta parte del mundo muchos Reyes y Reinas, y cuenta por su primer testa coronada al Rey Witkingo, que vivió en el siglo octavo. A principios del siglo diez y seis tuvo esta real casa la desgracia de ser envuelta en los errores de su tiempo y trastornos de Alemania; pero tambien ha tenido la gloria de ser una de las primeras que con tanto consuelo de

---

(1) ¡Qué anuncio tan terrible y tan tristemente cumplido!  
(2) Principalmente por su confesor el Ilmo. Señor Don Pedro Manuel Ramirez, Obispo de Ciudad-Rodrigo.

los fieles ha vuelto al seno de la Iglesia, y una de las mas virtuosas que se conocen en el cristianismo. ¡Plugiése al Cielo que este hermoso ejemplo fuese imitado por otras casas ilustres de aquella parte de Europa, que aun yacen sumergidas en las tinieblas del error y de la muerte!

La ilustrada y virtuosa educacion que ha reinado en esta augusta casa desde su gloriosa vuelta al seno de la Iglesia, ha sido causa de que muchos Príncipes y Reyes hayan ido á buscar en ella sus Princesas y Reinas. Amalia recibió desde luego esta dichosa educacion, y creció sobre el modelo de los ejemplos que la daba continuamente su virtuosa familia. La lectura de los buenos libros, la oracion, la frecuencia de Sacramentos y otros ejercicios de sólida piedad, que veia en la casa de sus padres, y que ella procuraba imitar fielmente, iban formando en Amalia un modelo de virtud y de piedad. Los conocimientos, que su claro entendimiento adquiria de dia en dia acerca de los verdaderos bienes y males del hombre, llegaron á hacer que mirase con entera indiferencia el mundo, y que solo anhelase por el Cielo. El ejemplo de su tia la Serenísimá Princesa Doña María Cunegunda, Religiosa y Abadesa de Effen, habria decidido sin duda su inocente corazon á servir á Dios en el cláustro, segun los sentimientos que ella misma manifestó alguna vez; pero Dios la tenia destinada para servirle en el trono; no queriendo que su virtud se ocultase en el retiro, sino que sirviese de ejemplo á todo un reino. Asi es que, cuando esta segunda Abisag estaba mas descuidada, y vivia mas entregada á la virtud, otro segundo David la llamó para compañera del trono.

Escogida la inocente y virtuosa Amalia á la edad de quince años por nuestro amado Monarca para ocupar el trono Español ¿qué impresion pensais que hizo en su jóven corazon una eleccion tan superior? ¡Ah! La que se debia esperar de la virtuosa Amalia. Se la felicitaba de su soberanía, y ella no veia en su soberanía otra cosa que grandes obligaciones que cumplir, y estrecha cuenta que dar. Se la presentaba una corona temporal en la tierra, y ella temia perder una corona eterna en el Cielo; y mas espantada que lisonjeada por el trono que iba á ocupar, solo pensaba en el modo de huir ó vencer sus peligros. Acordaos sino, mis amados Españoles, de lo que oisteis, ó acaso visteis, el dia veinte y cuatro de Octubre de mil ochocientos diez y nueve, cuando hizo su entrada solemne en la Côte. Acompañada de su Augusto Esposo, y de los Serenísimos Infantes sus hermanos, y rodeada de toda la nobleza Española, entra en Madrid, y entre

los vivos de un pueblo inmenso, camina bajo de arcos triunfales á tomar posesion del trono que la espera. Pero... ¿qué visteis en ella desde este primer momento que se presentó entre nosotros? Lo mismo que hemos visto despues siempre. ¿Y qué hemos visto despues siempre? Hemos visto una Reina dirigida por la sabiduría, entregada á la piedad y ocupada en hacer bien. Mas breve. Hemos visto una Reina *sábía, piadosa y caritativa*. Estos son los caracteres por los cuales se ha distinguido principalmente nuestra virtuosa Reina. Aumentad vuestra atencion mientras que yo os presento las pruebas.

— La Reina *sábía*. Su instruccion era muy estensa y cultivada, y su pasion dominante era la lectura, en cuanto se lo permitia el temor de encontrar con algun libro nocivo, que ella misma quemaba luego que advertia su veneno. Estaba muy versada en las lenguas; particularmente en la sagrada, y poseia otros muchos conocimientos profundos y variados. Su entendimiento era penetrante, su imaginacion viva, y su memoria prodigiosa. Formaba composiciones en verso, á veces muy largas, sin escribir ni una sola línea, reteniéndolas en la memoria y no entregándolas á la pluma, sino despues de concluidas. Ha dejado muchos, muy bellos y muy piadosos escritos, de los que unos se han publicado ya, y otros deben publicarse. Y en fin, su instruccion era tal, que aun sin la cualidad de Reina, la colocará siempre en un grado muy alto entre las de su sexo. Amalia, en expresion de su ilustre director, era *la Reina sábía de Europa*.

Pero no era esta la sabiduría que hacia principalmente sábía á nuestra Reina. Esta era una sabiduría de entendimiento, y la que la hacia sábía, era la del corazon. Llamo sabiduría del corazon aquella rectitud de sentimientos y aquel amor á la verdad que tanto elogiaba San Agustin y que es tan raro entre los hombres, y aun entre los mismos sábios. Llamo sabiduría del corazon aquella conducta cristiana que tiene por norte la ley y por basa la conciencia. Llamo, en fin, sabiduría del corazon aquel santo temor de Dios que dirige al justo en todos los pasos de su vida.

Esta sabiduría que no es la de este mundo, como dice San Pablo, sino la sabiduría de Dios, era de la que estaba llena nuestra Reina, y la que la dirigia en toda su conducta. Ella no sabia discurrir sobre una moda, ni sobre la elegancia de un traje; pero, cuando se trataba de las maneras de amar y servir á Dios, era una sábía, y sus discursos admiraban y edificaban á cuantos la oian. Ignoraba el tono y la etiqueta de un recibimiento; pero sabia recibir á todos con afabilidad, y siempre en presencia de su

augusto Esposo, ó en la pieza que el designaba; y nunca sola, sino acompañada de sus damas para dar ejemplo del recato con que deben conducirse siempre las mugeres. No sabia hacerse superior al estado sacerdotal, como nuestros desprecupados, pero sabia recibirle en pie, siempre que no ocupaba el trono, considerándole muy superior por su sagrado carácter y augustas funciones. En el mundo se miente por cualquier cosa; por diversion, por entretenimiento, por intriga, por interés... pero la Reina aborrecia en tanto grado la mentira, que se manifestaba dispuesta á morir antes que mentir deliberadamente. Los discursos que esta sábia Cristiana formaba sobre la gravedad de cualquiera ofensa de Dios, hacian estremecer, y era para ella una cosa incomprensible, era un misterio, que un Católico pudiese vivir en pecado mortal. El tocador es un mueble que ocupa muchas horas á las mugeres del gran mundo, y aun á los hombres afeminados; pero la Reina, cuando tenia que adornarse, se dejaba enteramente en manos de sus camareras, que, conociendo la violencia que esto la costaba, procuraban componerla pronta y sencillamente. Entretanto la virtuosa Reina tenia en su mano por espejo un libro en donde contemplaba la vanidad de todas las cosas humanas. Estos rasgos de nuestra virtuosa Reina, que no hago mas que insinuar y otros muchos que podria referir, todo esto para el mundo es una fatuidad, como dice San Gregorio, es no saber vivir, pero la Reina no vivia segun la sabiduria del mundo, sino segun la sabiduria de Dios, y esto era lo que la hacia ser una Reina *sábia*, y tambien una Reina *caritativa*.

11 Su caridad era extremada. Al nombre solo de familias desgraciadas se enternecia toda su alma, y luego hacia sentir el interés que tomaba por ellas. Las casas mas desconocidas, las habitaciones mas ocultas, los Hospitales, los Hospicios, las Religiones pobres, las Casas de Beneficencia, todos los establecimientos de piedad y misericordia... Este era el anchuroso campo de su reinado. Los ancianos, los impedidos, los huérfanos, las viudas, los pobres de todas clases... Ved ahí el amado pueblo de su gobierno. Aun aquellos que habian tenido la desgracia de ofenderla, encontraban en su alma compasiva el verdadero amor á los enemigos. Oraba por ellos y les socorria con limosnas. ¡O alma generosa! Pero no nos admiremos, Cristianos. La Reina era una verdadera discípula de Jesucristo, digna de haber reinado en tiempo de los Apóstoles, ó de que los Apóstoles hubieran vivido en su reinado.

Los medios pobres, mas pobres por serlo á medias, quiero

decir, los pobres verdaderamente vergonzantes, á quienes ni sus medios pueden sostener, ni su clase ó estado permite pordiosear hasta no llegar á cierto extremo de necesidad, esta clase de pobres era de mucha consideracion para la Reina. Recibia con afabilidad sus continuos memoriales, que siempre eran bien despachados, en cuanto lo permitian sus medios de socorrerlos; pero su caridad era tan ingeniosa, que al mismo tiempo que todo lo daba en limosnas, decia: que á ella nada la costaban, pues las hacia por no gastar el dinero en vanidades. ¡Qué leccion para esas personas de tan pobre entendimiento que ponen todo su mérito en un vestido á la moda, en una gala, en una vanidad!

La caridad de la Reina no se ocupaba solamente en el alivio de la humanidad pobre y enferma; se ocupaba tambien, y muy particularmente, en la instruccion de la humanidad desvalida é ignorante. Como estaba tan instruida en la religion, conocia que la ignorancia, que generalmente reina en el cristianismo, era la causa de casi todos los males que turban los reinos y condenan las almas; y deseaba con ansia que se desterrase. Luego que se instruyó en la lengua Española, su primer cuidado fué estudiar de memoria el catecismo en Español, para poder preguntar la doctrina cuando fuese conveniente, y en efecto, la preguntaba á las personas de su servidumbre y procuraba que estuviesen bien instruidas. Siempre que visitaba el Colegio de la Paz la preguntaba á las niñas; y nunca salia de él sin haber empleado una buena parte del tiempo en esta ocupacion que la era tan gustosa. Era tal su deseo de que se desterrase la ignorancia, que hacia reunir en su Palacio los niños y niñas de los pobres, y rodeada como una tierna madre de esta desvalida é ignorante niñez, preguntaba á todos la doctrina, y premiaba mas abundantemente á los que mejor la respondian. Y no contenta con esto, mantenía diariamente cuarenta niños pobres para que fuesen bien instruidos y recibiesen una educacion verdaderamente cristiana. Estos breves rasgos hacen entrever el interés que su caridad tomaba por la instruccion de la pobreza ignorante. ¡Y qué caridad mas hermosa!

La Reina no limitaba esta preciosa virtud á los vivos; pasaba mas adelante. La ejercia tambien con los muertos. Mandaba celebrar mensualmente un número considerable de misas con el doble objeto de aliviar con el santo sacrificio á los difuntos, y socorrer con el estipendio á los Sacerdotes pobres; y en fin, su caridad era tal, que se habria visto muchas veces sin las ropas necesarias para su uso, si el Rey, que conocia bien su despren-

dimiento, no hubiera cuidado de que se la proveyese por otra parte de mudas y demas ropas.

La Reina no se contentaba con derramar cuanto tenia entre los pobres, les dispensaba tambien sus servicios personales. Visitaba los establecimientos piadosos, y particularmente en los dias de comunion pasaba al hospital de las incurables. Allí depuestos sus adornos reales, se ceñía un delantal de las hijas de la caridad, y hacia con ellas el servicio de las enfermas, prefiriendo aquellas que estaban mas postradas y necesitaban mas compasion y mayores servicios. Una Señora de la Junta de Damas, encargadas del establecimiento, pareciéndola que ya esto era demasía en una Reina, se determinó á decirla: V. M. con ese traje y ese porte se iguala y confunde con las hijas de la caridad; y la Reina la contestó: que no era digna de un estado tan feliz, y que sus pecados la alejaban mucho de poder imitarlas. Tales eran los sentimientos y la humildad de la Reina. En las visitas de estos establecimientos se informaba de todo; de la asistencia, alimentos, ropas y cuanto podia contribuir al alivio y bienestar de las dolientes. Las sábanas de los enfermos, decia en una de ellas, no deben tener remiendos, porque les lastiman las costuras. Nunca salia de estos asilos de la humanidad afligida sin dejar preciosas señales de su caridad inagotable. Retirada á su Palacio trabajaba el tiempo que tenia libre, y sus labores estaban destinadas para el decoro de los Templos y el abrigo de los pobres. Allí preparaba, como otra Paula, adornos para los altares, y como otra Tabitha, vestidos para los desnudos. En fin: la caritativa Amalia deseaba socorrer, si la fuera dado, todas las necesidades del Reino, pero queria (y este era un estrecho encargo que siempre hacia) queria que, en cuanto fuera posible, se guardase un absoluto secreto.

A vosotros venturosa y afligida Familia de la augusta difunta, que todos lloramos, á vosotros Directores de los establecimientos piadosos, á vosotros enfermos y pobres de todas clases, á vosotros toca principalmente dar testimonio de su ardiente caridad. Ya no se quejará de que la faltais al secreto. Ya no levantará su cabeza del sepulcro donde yace, para reprenderos... Pero ya tambien es tiempo de que vosotros la honreis, publicando su *caridad. Lauda post mortem.*

Mas si fué grande su caridad, no fué menor su *piEDAD*. Amalia era una Reina piadosa, pero de una piedad noble y modesta. España la vió, como la habia visto Sajonia. Siempre sin fausto, siempre con dignidad, tan acomodada al retiro, como si no hu-

biera subido al trono, y tan humilde en el trono, como si estuviera en el retiro. Obligada á presentarse bajo el dosel, se dejaba ver, no con aquella grandeza mentida que tanto degrada á la verdadera, ni con aquella ostentacion soberbia, que cree honrar la grandeza y la envilece, ni con aquella gravedad afectada que exige con imperio respetos, y solo consigue adulaciones, sino con aquella sencillez que ennoblece, con aquella modestia que impone, con aquella humildad que encanta. Valladolid, tu la has visto y no necesitas pruebas.

Era una Reina piadosa; pero de una piedad sólida y bien dirigida. ¡Ah! Los mandamientos de Dios estaban profundamente grabados en el corazón de esta muger santa. *Mandata Dei in corde mulieris sanctae*. Era exactísima en el cumplimiento de todas sus obligaciones, y no conocía devoción, por santa que fuese, que pudiese anteponerse á la menor de todas ellas. Sabía que Dios no la habia colocado sobre el trono, sino para que, como primera cristiana del Reino, fuese la primera que cumpliera con todos los deberes de cristiana y diese el primer ejemplo. Yo he vivido, decia en los últimos dias de su preciosa vida: Yo he vivido bien persuadida de que, como Reina de España, estaba estrechamente obligada á dar á mis vasallos todo el buen ejemplo que pudiese; y en efecto, Católicos, nada omitía de cuanto miraba al cumplimiento de las obligaciones cristianas. La mas pequeña práctica era para ella de consideracion. En nada se dispensaba. Aun aquellas leyes, de las que parecia estar exenta por sus cualidades, cumplia con la mayor exactitud para dar ejemplo. Siendo una Reina y una Reina sabia, se presentaba todos los años la primera á su Párroco para ser examinada en doctrina cristiana, y hacia presentar á toda su servidumbre. ¡Que ejemplo tan bien dado por la Reina, y tan mal seguido por sus súbditos! No se hable de obediencia y sumision á su augusto Esposo. Ella no tenia voluntad propia. Dios era el Supremo Dueño de su voluntad y despues su amado Esposo. Jamás deseo alguno del Rey dejaba de ser cumplido por la Reina con una humildad que confundia á cuantos lo presenciaban. Jamás salia de lo que hasta con importunidad le pedia que la ordenase. Jamás se decidia á cosa alguna sino tenia antes su beneplácito. Ya vimos de esto una reseña en este Santo Templo. Nosotros la vimos en pie, á la puerta de su tribuna, esperando en esta respetosa postura el beneplácito de su Esposo para dar solamente algunos pasos y acercarse un poco mas á oír la palabra divina. ¡Qué ejemplo para las casadas!

Era una Reina piadosa; pero de una piedad tierna y fervorosa, de una piedad retirada, y, si se quiere, escondida. ¡Ah! ¡Qué no pudiera yo, en prueba de esto, poner á vuestra vista aquel oratorio santo que ella se habia escogido, como casa de su habitacion y lugar de su refugio! Allí la encontrariais con mas frecuencia que en otra parte alguna. Allí la hallariais sola con Dios solo, gustando en aquel silencioso retiro el placer puro que no se encuentra en los tabernáculos de los pecadores. Allí la oiriais lamentarse, como otra Ester, de la dura ley del trono, que obliga á una cristiana á la magnificencia y las galas. Allí la veriais arrodillada á los pies del Crucifijo, y anegada en lágrimas al comparar su corona de oro con la corona de espinas, su manto real con la púrpura de escarnio, y la brillantez de su trono con las ignominias del calvario. Allí la oiriais gemir inconsolable al verse tan elevada y á su Dios tan abatido. Allí, en fin, la veriais tan humilde, tan tierna, tan fervorosa, y tan ocupada con Dios, que no podriais teneros sin exclamar, como aquellas personas que disimuladamente alcanzaban á verla alguna vez en su oracion: *Verdaderamente esta Señora es un Angel.*

Era, en fin, una Reina piadosa, pero de una piedad silenciosa y sosegada. Lejos de su corazon ese espíritu de inquietud por el cual se ha visto á tantas Reinas ambiciosas turbar la paz de los pueblos, introduciendo en el corazon de los Reyes las inquietudes del suyo. Yo no deseo mezclarme en nada, decia la sábia y pacífica Amalia: yo no quiero tocar al cetro, aunque le ponga sobre mí mi amado Asuero; y en efecto, ella nunca se mezclaba en los negocios del reino, apesar de toda la condescendencia que hallaria en un Monarca que la amaba tiernamente.

Pero aunque no se mezclaba en los negocios del reino, no por eso dejaba de interesarse en ellos, y acaso mas que nadie. Es verdad que no los trataba en el trono, pero los trataba en el Templo y á los pies de los altares. Allí, y solamente allí, era Reina de negocios... Allí se interesaba con Dios por la sagrada persona del Rey, por la paz y prosperidad del reino, por la conservacion y aumento de la fé, y por la pureza de la religion y santidad de las costumbres. Allí sostenia estos grandes intereses con mas acierto y firmeza que los hombres de Estado en los consejos y los Generales al frente de los Ejércitos. Allí como otro justo Lot, contenia la mano airada del Señor para que no redujese á cenizas las ciudades criminales. Allí como otro fervoroso Moisés levantaba sus manos puras al Cielo para conseguir el triunfo y la victoria. ¡Alli!!! pero ¡quién sabe lo que era alli este

Ángel tutelar para la afligida España y el perseguido Monarca!!! ¡Quién sabe si debemos principalmente á esta Justa la conservacion de la religion y el reino!!! Mas no adelantemos los juicios que Dios ha puesto en su potestad. Bástanos saber que Amalia era un alma verdaderamente justa y que la oracion de esta clase de almas penetra el Cielo y hace bajar, como otro Elías, las lluvias saludables sobre la tierra.

Habeis visto, mis amados Españoles, en Amalia una Reina *sábía*, una Reina *caritativa*, y una Reina *piadosa*. Pero Amalia era demasiado virtuosa para no ser probada en el horno de las tribulaciones. Lo fué, y lo fué casi desde el principio de su reinado, y lo fué del modo mas terrible. ¡Pero qué os diré yo en este punto que vosotros no sepais? ¡Oh! Borremos de nuestra memoria, si es posible, los terribles dias de su tribulacion. Borremos aquellos insultos hechos á su real Palacio; aquellos roncós y furibundos gritos que no parecian ser otra cosa que bramidos del abismo; aquellas execrables amenazas, que se hicieron tantas veces á su augusto y querido Esposó; aquellos continuos sobresaltos, que tanto debieron alterar la salud de esta tierna y sensible Reina, aquellos temerosos peligros en que vivió anegada por espacio de tres años... ¡Cuántas tribulaciones! ¡Cuántas angustias! ¡Cuántas penas! ¡Cuántas pruebas!

¡Ah! ¡Qué no sepan los siglos venideros el violento y azaroso viaje de nuestros amados Monarcas y toda la Real familia llevados prisioneros á Sevilla! ¡el horroroso atentado de su destronamiento en aquella afligida Ciudad! ¡su bochornosa jornada á la de Cádiz! ¡Qué no sepan...! Pero el corazon palpita de nuevo, y los ojos vuelven á su llanto. ¡Dios mio! ¡Vos solo sabeis, si el trono de los Recaredos, Alfonsos y Fernandos habria quedado debrocado para siempre, la España borrada del mapa de las naciones, y la religion confundida entre las sectas, á no haber mediado esta Reina angelical, este Ángel Rafael que enviasteis al lado del afligidísimo Monarca para que le acompañase, le consolase y le defendiese del enorme pez que le esperaba á las orillas del Guadalquivir para devorarle!

¡Reina querida! ¿Por qué no habeis vivido mas tiempo? ¿Por qué no habiais de vivir siempre con nosotros? ¡Ángel tutelar de la España! ¿Por qué no habeis de continuar siendo nuestro amparo y defensa? ¡Escudo del trono! ¿Por qué habeis de retirar vuestra preciosa égida y dejarle expuesto á los ataques furiosos de sus enemigos? Yo no sé ¡Dios mio! si esta temprana muerte va á ser un nuevo castigo que merecen nuestras culpas, ó un

colmado premio que piden ya, como de justicia, sus virtudes y sus padecimientos. Lo que sé es, que esta virtuosa Reina fué probada en el horno de las tribulaciones y apuró el cáliz de las amarguras con una resignacion y una constancia nunca desmentida. Lo que sé es, que este ejemplar de todas las virtudes nos era sumamente provechoso y nos es sumamente necesario. Lo que sé es... pero tambien sé que es ya tiempo de dar fin á mi discurso.

Un reino en la tierra habia sido el premio de la inocencia y tiernas virtudes de Amalia á la edad de quince años, y un reino en el Cielo va á ser, como lo esperamos, el premio de su constancia á la edad de veinte y cinco. El que perseverare hasta el fin, ese será salvo, dice Jesucristo. Así lo habia procurado siempre nuestra virtuosa Reina. Sus breves dias se habian empleado, como hemos visto, en el ejercicio de las virtudes, pero su principal cuidado habia sido conservar, como cimiento de todas, una conciencia siempre pura. Este cuidado se aumentó muy notablemente en el último período de su preciosa vida, que no vino á ser otra cosa que una última preparacion para comparecer ante el Soberano Juez con la vestidura del bautismo, tan purificada, como pura la habia recibido. Su oracion se habia hecho mas frecuente, y sus confesiones y comuniones mas continuas. En la última semana Santa fué extraordinario su porte y su retiro. Redobló la oracion mental y los demas ejercicios de piedad, y el Jueves Santo, aunque era dia de córte, y aunque todas las Señoras Infantas asistieron adornadas de galas y pedrería, la Reina asistió sin adorno y sin compostura alguna en la cabeza, y oyó todo el sermón de rodillas, y en una aptitud tan humilde que á todos enternecia. ¡O Reina singular, digna de haberos hallado en el cenáculo! ¡O Reina querida! Vos debiais vivir siempre. La religion os pide, el trono os clama, el Rey se aflige, los justos lloran, los pecadores temen su desamparo... los enfermos, los pobres, los huerfanos, las viudas... pero concluyamos este lastimoso y tierno cuadro. Yo no puedo sostener por mas tiempo su pintura.

Sus limosnas en los últimos dias llegaron á ser un género de profusion que parecia anunciar que ya de nada necesitaba, y que se la iba á acabar el tiempo de trasladar al Cielo su tesoro. Aun no se descubrian las sombras de la noche y ella estaba ya anunciando el fin del dia. ¿Son del agrado de V. M. estas obras que se estan haciendo? la preguntaron en la última jornada del Pardo, y la Reina contestó: Estan buenas, pero yo no las veré concluidas ni las disfrutaré. La imágen de la muerte que ella

habia bajado á contemplar tantas veces al panteon de los Reyes, siempre que iba al Escorial, parece que estaba ya presente continuamente á su espíritu; y en efecto, ella se acercaba. Apenas habia pasado un mes despues de esta ocurrencia, cuando se halló asaltada de su última enfermedad en el real sitio de Aranjuez. No tardó en conocer su peligro; pero este no fué una sorpresa para la Reina. Ella habia renunciado ya á todo lo que debia acabarse con la vida. Todas las disposiciones estaban hechas para el gran sacrificio, y la angusta víctima estaba ya preparada para el golpe mortal. Recibió los Santos Sacramentos con un fervor y una serenidad al mismo tiempo, que manifestaban la pureza de su alma, y la tranquilidad de su conciencia. Los Ministros de la religion ningun sacrificio tuvieron que pedirla. Todo en ella estaba ya sacrificado. Ningun sentimiento de resignacion tuvieron que inspiarla. Todo en ella estaba ya sometido á la voluntad del árbitro Soberano de los dias y los años de los mortales.

Y la Reina despues de habernos enseñado á vivir, nos enseñaba á morir... ¡á morir!!! ¡O Dios mio! Conservad esta preciosa vida, conservadla para gloria de vuestro Santísimo nombre, para honor de la religion, para consuelo de su querido Esposo y nuestro amado Monarca, para apoyo del altar y el trono, para ejemplo de la Côte y el reyno, para felicidad de los pueblos y consuelo de los pobres... pero la enfermedad se agrava, el mal se apresura, la muerte llega, y la Reina espira en el seno de la virtud para ser trasladada al reino de la Gloria, como lo esperamos de su preciosa vida. *Requiescat in pace. AMEN.*



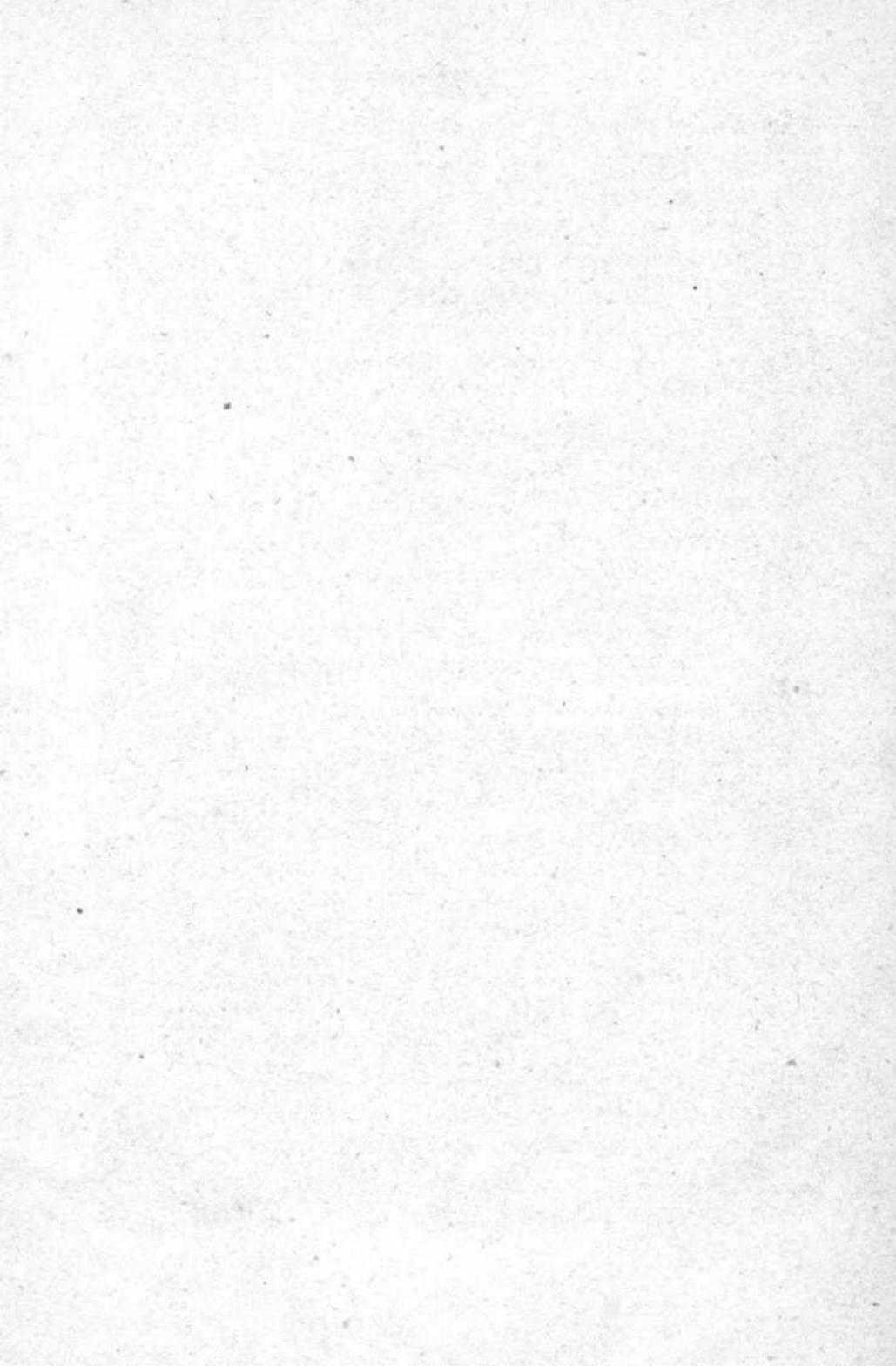
# ÍNDICE

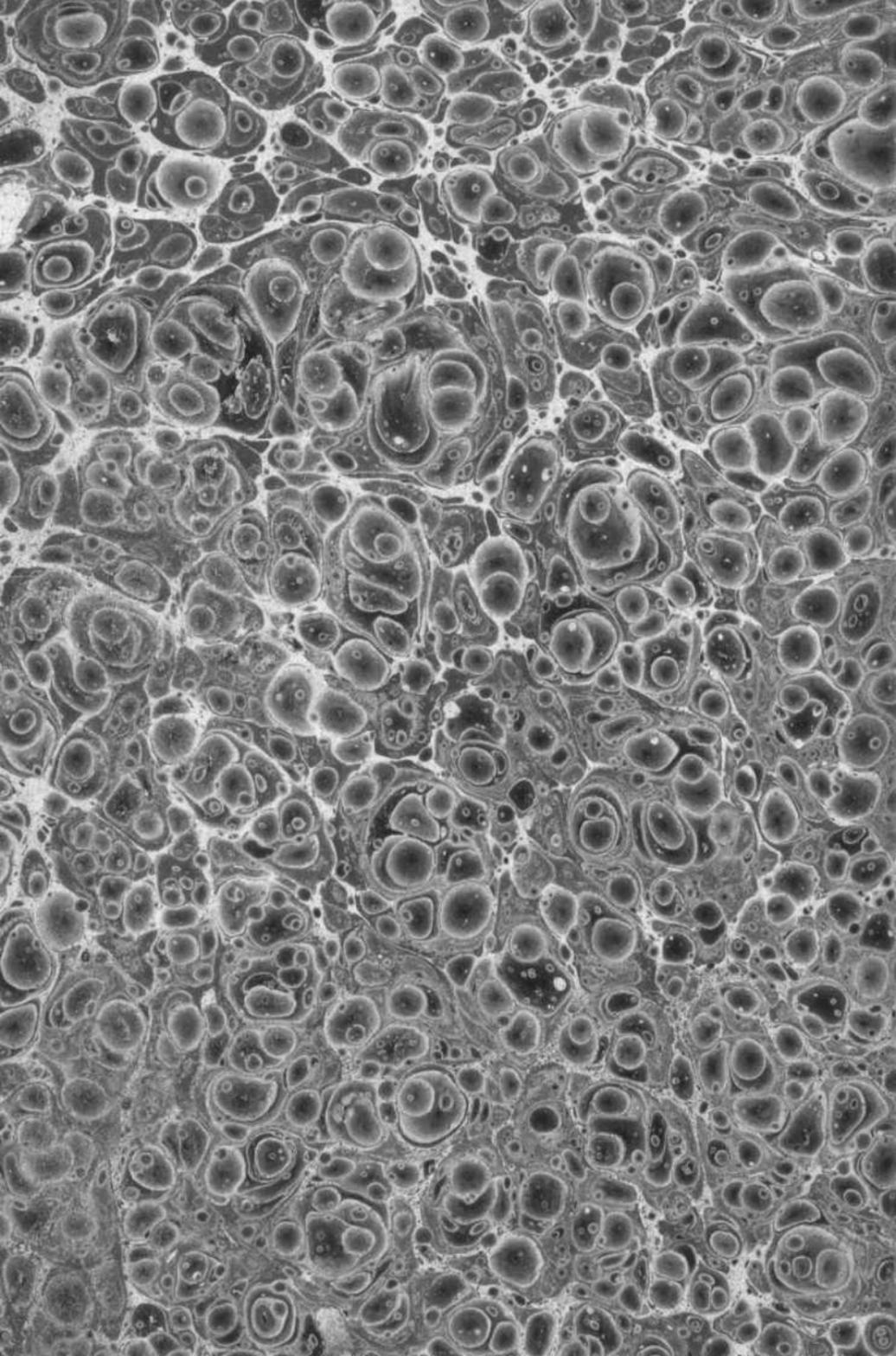
## DE LOS SERMONES QUE CONTIENE ESTE TOMO.

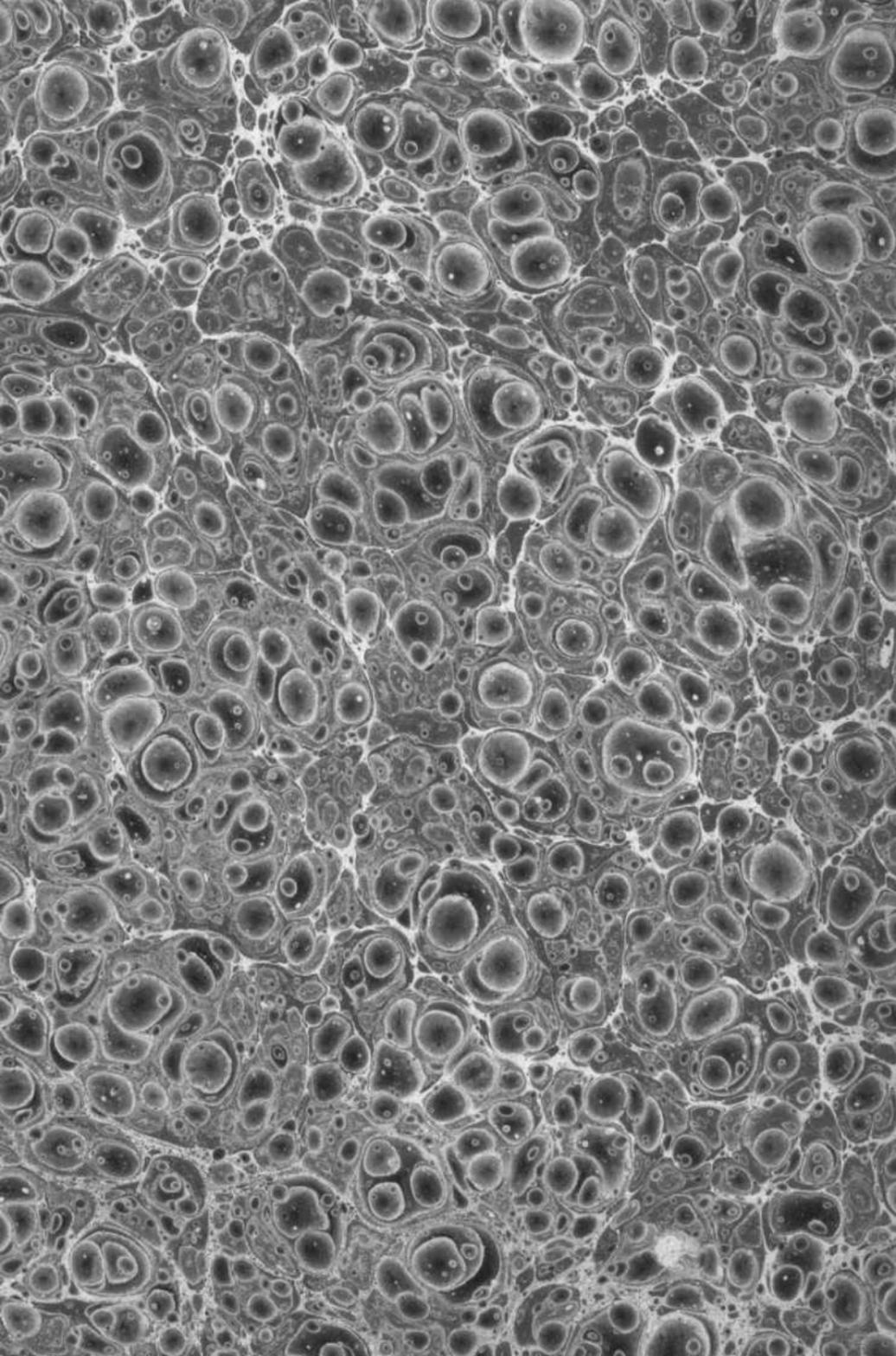
---

	<i>Fólios.</i>
<i>Sobre la Muerte.</i> . . . . .	1
<i>Sobre el Juicio particular.</i> . . . . .	10
<i>Sobre el Juicio final.</i> . . . . .	19
<i>Sobre el Infierno.</i> . . . . .	33
<i>Sobre la Gloria.</i> . . . . .	43
<i>Sobre la Eternidad.</i> . . . . .	51
<i>Sobre el Pecado mortal.</i> . . . . .	58
<i>Sobre la Vigilancia.</i> . . . . .	69
<i>Sobre el corto número de los escogidos.</i> . . . . .	79
<i>Sobre la Salvacion.</i> . . . . .	89
<i>Sobre la corrupcion de costumbres.</i> . . . . .	97
<i>Sobre la verdadera felicidad.</i> . . . . .	106
<i>Sobre la Limosna.</i> . . . . .	114
<i>Otro sobre lo mismo.</i> . . . . .	124
<i>Sobre las riquezas de la fé.</i> . . . . .	133
<i>Del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.</i> . . . . .	141
<i>Sobre el amor al prójimo, sin excluir los enemigos.</i> . . . . .	148
<i>De la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo.</i> . . . . .	158

<i>De su Resurreccion.</i> . . . . .	183
<i>De su Ascension.</i> . . . . .	192
<i>Sobre el establecimiento de la Religion.</i> . . . . .	199
<i>Del Santísimo Sacramento.</i> . . . . .	208
<i>De Nuestra Señora de la Candelaria.</i> . . . . .	216
<i>De los Dolores de Nuestra Señora.</i> . . . . .	223
<i>De la Asuncion de la Santísima Virgen.</i> . . . . .	232
<i>Del Patrocinio de María Santísima.</i> . . . . .	238
<i>De la Purísima Concepcion.</i> . . . . .	247
<i>De San Felipe Neri.</i> . . . . .	255
<i>De San Juan Bautista.</i> . . . . .	266
<i>De San Pedro Apóstol.</i> . . . . .	274
<i>De Santiago el mayor.</i> . . . . .	283
<i>Otro de Santiago el mayor.</i> . . . . .	292
<i>Sobre la Santidad.</i> . . . . .	301
<i>Otro para el dia de los Santos.</i> . . . . .	309
<i>Sobre la dignidad del Cristiano y sus deberes.</i> . . . . .	318
<i>Sobre la educacion de los hijos.</i> . . . . .	327
<i>Sermon fúnebre á la muerte de la Reina Doña María Josefa Amalia de Sajonia.</i> . . . . .	337
16 . . . . .	
58 . . . . .	
69 . . . . .	
79 . . . . .	
89 . . . . .	
97 . . . . .	
106 . . . . .	
114 . . . . .	
124 . . . . .	
133 . . . . .	
141 . . . . .	
148 . . . . .	
158 . . . . .	









**G 25601**